

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



DOSSIER

España en los orígenes de Canadá.
Por Juan Francisco Maura, Nicolás
Toscano, Tania Arias y María Barreto

ENTREVISTA

Héctor Abad Faciolince

PUNTO DE VISTA

Ensayos de Blas Matamoro y Juan
Arnau sobre los últimos libros de
Compagnon, Mancuso y Viola

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Avda. Reyes Católicos, 4
CP 28040, Madrid
T. 915838401

Director
JUAN MALPARTIDA

Redactor
Carlos Contreras Elvira

Administración
Magdalena Sánchez
magdalena.sanchez@aecid.es
T. 915823361

Subscripciones
M^a Carmen Fernández
mcarmen.fernandez@aecid.es
T. 915827945

Diseño de portada
Marta Martín-Sanz

Imprime
Estilo Estu Graf Impresores, S.I
Pol. Ind Los Huertecillos, nave 13
CP 28350- Ciempozuelos, Madrid

Depósito legal
M.3375/1958
ISSN
0011-250 X
Nipo digital
502-15-003-5
Nipo impreso
502-15-004-0

Edita
MAEC, Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación
AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

Ministro de Asuntos Exteriores y de Cooperación
José Manuel García-Margallo
Secretario de Estado de la Cooperación Internacional
Jesús Manuel Gracia Aldaz

Directora de Relaciones Culturales y Científicas
Itziar Taboada
Jefe del Departamento de Cooperación y Promoción Cultural
Jorge Manuel Peralta Momparler

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, fundada en 1948, ha sido dirigida sucesivamente por Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, José Antonio Maravall, Félix Grande, Blas Matamoro y Benjamín Prado.

Catálogo General de Publicaciones Oficiales
<http://publicaciones.administracion.es>

Los índices de la revista pueden consultarse en el HAPI (Hispanic American Periodical Index), en la MLA Bibliography y en el catálogo de la Biblioteca

La revista puede consultarse en:
www.cervantesvirtual.com

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



DOSSIER

ESPAÑA EN LOS ORÍGENES DE CANADÁ

- 4 *Juan Francisco Maura* – El mito de «John Cabot»: construcción británica para reclamar la soberanía de Norteamérica
- 26 *Nicolás Toscano Liria* – España y Portugal en la exploración de la costa atlántica de Norte América. Compilación de datos sobre Esteban Gómez
- 47 *Tania Arias Vink* – El testamento de Adán: una panorámica sobre la política de indias de Francisco I
- 59 *Maria Barreto Dávila* – De las Azores a la Terranova: las navegaciones portuguesas del s. XV en el Atlántico Norte



PUNTO DE VISTA

- 72 *Blas Matamoro* – ¿Qué hacemos con la literatura?
- 84 *Juan Arnau* – Bajo las ramas de un olmo



ENTREVISTA

- 94 *Beatriz García Ríos* – Héctor Abad Faciolince: «La literatura pone a combatir las distintas versiones de la realidad»



BIBLIOTECA

- 110 *Juan Ángel Juristo* – El léxico de la tribu
- 114 *Toni Montesinos* – En la guerra y en el amor
- 118 *Juan Vico* – Cibernética y fantasmas
- 122 *Eduardo Moga* – El otro, yo
- 126 *José María Herrera* – Cuando la vida no vale la pena
- 130 *José Luis Gómez Toré* – Ida Vitale: nada de pronto es todo
- 133 *Julio Serrano* – Remedios Varo: La música de los astros
- 137 *Carmen de Eusebio* – Un diálogo interminable



España en los orígenes de Canadá

Coordina Juan Francisco Maura



MARE HYPERBOREVM

HYPERBOREI MONTES

GERMANIA FLADRIA POLONIA

SARMATIA EUROPE

SARMATIA ASIATICA

FRANCIA TOMBAR

HUNGARIA

PONTVS EVXIVS

HISPANIA

GRETIA

ASIA MINOR

ARMENIA

MEDIA

MESOPOTA

MAVRITANIA

MARE MEDITERANEV

SIRIA

SYRIA

SCITIAESIS NVMDIA

IVDEA

ARABIA DESERTA

AFRICA

GETVLIA

EGPTVS

ARABIA PETREA

GVINEA

DESERTA LIBE

ETHIOPIA SVB EGIPTO

LIBIA INTERIOR

ETHIOPIA

NILVS FLVMVS

REGIO ETHIOPV

MARE ETHIOPICVM

Nota que en egypto se cria el elefante...

PALVDES NILI

MONTES LYNAE

INSVLA DIVILA

PROMOTORIV BONA SPEI



EL MITO DE «JOHN CABOT»

Construcción británica para reclamar la soberanía de Norteamérica

I

History is a pack of lies about events that never happened told by people who weren't there.

JORGE SANTAYANA

«John Cabot», según la historia oficial hasta el presente, fue un navegante que en 1497, bajo los auspicios del rey Enrique VII de Inglaterra, descubrió partes de Norteamérica. Se le considera el primero en llegar a la tierra firme del continente norteamericano después de que los vikingos lo hicieran en el siglo XI.

Las pretensiones inglesas al descubrimiento de Norteamérica se basan en documentación secundaria, sobre todo en la «carta de John Day», convertida prácticamente en acta fundacional de la llegada de este personaje. Para desmentir dicha teoría, pasaremos primero a analizar la figura de «John Cabot» para seguidamente pasar al estudio de la «carta de John Day» y comentar el «mapa de Juan de la Cosa».

Juan Caboto Montecalunya, personaje que con el tiempo vendría a llamarse «John Cabot», es uno de los navegantes más conocidos, dado que, gracias a sus «descubrimientos», los británicos reclamarán posteriormente sus derechos sobre la América del Norte¹. La nula información que de esas tierras y gentes dejó y los pocos minutos que presuntamente pasó la tripulación en la única parada que hicieron en todo el viaje, haciendo provisión de agua para el *Mathew* en Terranova un 24 de junio de 1497, fueron suficientes

para que la historiografía de tinte anglófilo y protestante justificase la soberanía, explotación económica, presencia militar inglesa y colonización de las tierras de Canadá y Estados Unidos². Tiene mérito, sin duda, que con tan frágil y prácticamente inexistente base científica, histórica y documental Inglaterra reclamase la posesión de ese territorio y comenzase dos siglos más tarde su andadura como primera potencia naval pasando por alto o, si se prefiere, eliminando de forma quirúrgica y sin ningún rubor, la presencia más que documentada, tanto cartográfica, histórica, lingüística y arqueológica, de portugueses y españoles por esas aguas canadienses desde finales del siglo XV³. Panfletos ingleses publicados en los siglos XVII y XVIII denigrando la presencia española en América y justificando la inglesa, se multiplicarán. Desgraciadamente, el legado de dicha propaganda geopolítica hispanófoba ha seguido viva hasta el presente. Un ejemplo de dichos panfletos, publicado en Londres y Westminster en 1740, contiene en seis capítulos la exposición de las «sólidas» razones por las cuales Inglaterra justifica sus derechos para señorearse del recientemente descubierto continente, reclamando así la soberanía inglesa en el Nuevo Mundo. Entre otras, la de que los ingleses ya hubiesen estado en América mucho antes de Colón: «it appears that the *English* were long before settled in that Part of the World» (26)⁴. El título del panfleto inglés es muy significativo: «Old England for Ever, or Spanish Cruelty display'd; Wherein The Spaniards Right to AMERICA is impartially Examined and found Defective; their Pretensions founded in Blood, supported by Cruelty, and continued by Oppression». Rezan así los títulos de algunos capítulos:

- I. A Complete History of America from the first Discovery thereof to the present Time; with an Account of its ancient Inhabitants, and the shoking and tragical Methods used by the Spaniards to deprive them of their Country, and possess themselves of their rich Mines, Etc.
- II. Great Britain's Right to America prior to that of Spain fully proved to be some Hundred years before Christopher Columbus conducted the Spaniards thither.
- III. The Spaniards inveterated Hatred of the English; their constant Treachery, Perfidy, and unfair Practices in all their Dealings with them, proved to be the Effect of their Jealousy; that Britain not only rivals them in the Trade, but will one Day resume her ancient Claim to that New World.

V. Spanish Tyranny, exemplify'd in the intolerable Oppression and barbarous Treatment of the poor Indians, which is so severe and inhuman, that they would gladly subjects of the British Crown⁵.

«John Cabot», un individuo que salió huyendo de Venecia perseguido por sus acreedores, que ni siquiera era marino, ni explorador, y que además tenía antecedentes como embaucador, promotor de mega proyectos que nunca llegó a realizar, como puentes o puentes en ciudades como Valencia o Sevilla o incluso el mismo proyecto de querer ir a Asia a través de Norteamérica, tomado de otros (Colón, Cisneros) y cuyo final ya conocemos, no merece mucha o, mejor dicho, ninguna credibilidad. Como escribe la investigadora Consuelo Varela en referencia al puente que prometió construir para unir las orillas de Sevilla y Triana: «Desengaño mayúsculo para la ciudad de Sevilla que debió de sentirse timada por el extranjero a la vista de la lectura del Acta Municipal. De Sevilla, si hemos de creer al embajador Pedro Ayala habitualmente muy informado, salió Caboto para Inglaterra tras pasar por Lisboa» (Varela 6)⁶.

Juan Caboto tampoco fue navegante, ya que apenas pasó dos años en Portugal donde debió aprender sus escasos conocimientos náuticos que, por otra parte, fueron suficientes para convencer a un ávido Enrique VII de Inglaterra que veía como España y Portugal surcaban el mundo por Este y Oeste. Después del Caboto «affair», tuvieron que pasar muchos años para que Inglaterra volviese a entrar en la carrera de las exploraciones transoceánicas. ¿Pero qué conocimientos cartográficos y de navegación tenía Juan Caboto? Podemos colegir que muy escasos, por el sinnúmero de errores en distancias, fechas, descripciones, etc., que aparecen en el documento más importante que de él tenemos, la carta de John Day, y que otros investigadores ya han puntualizado⁷. A ello se unirán las sospechas de falsedad que aparecen en sus informes y que puntualmente transmiten los representantes diplomáticos españoles en Londres a los Reyes Católicos, afirmando que tanto la esfera como el mapamundi que enseña Caboto al monarca inglés no pasan de ser una burda copia de lo ya hecho con anterioridad por los portugueses. Como escribía el embajador español a los Reyes Católicos sobre el mapamundi de Caboto: «a mi ver bien falso por dar a entender no son de las islas dichas»⁸.

Nuevas transcripciones de la documentación de Caboto han ayudado enormemente a esclarecer antiguos errores de interpretación transmitidos por muchos años. La transcripción de Luis Robles Macías de la carta del embajador Pedro Ayala es importante, entre otras cosas, porque, poniendo un punto después de «las siete ciudades», desconecta a los navegantes de Bristol del personaje de Caboto y deshace definitivamente la idea de que Caboto estuvo en Inglaterra antes de 1495⁹:

«Los de bristol ha siete annos que cada anno an armado dos, tres, quatro caravelas para ir a buscar la isla del brasil y las siete ciudades. Con la fantasia deste ginoves, el rey determino de enbiar porque el anno passado le truxo certinidad havian hallado tierra» (Robles 635).

También se sobreentiende que los de Bristol, pese a haber armado por varios años seguidos pequeñas flotas para encontrar la legendaria isla del Brasil y las siete ciudades, todavía no habían encontrado nada.

«Frente a la búsqueda de Brasil, cantinela de todos los descubridores ingleses, Caboto proponía alcanzar directamente la Trapobana. Como también demostró Gil, copiaba el veneciano el proyecto que en Sevilla ideara el doctor Cisneros precisamente el año de 1494. Así pues, fue en Sevilla donde Caboto descubrió nuevas posibilidades para su vida futura con una teoría prestada que no consiguió vender a Juan II de Portugal pero sí, en cambio, a Enrique VII. En Inglaterra Caboto encontraría, por fin, la fortuna que ansiaba. Los viajes de descubrimientos ingleses habían fracasado estrepitosamente y, por ello, a Enrique VII no debió de resultarle difícil entusiasmarse con el proyecto del extranjero que como vimos más arriba, proponía un camino distinto» (Valera, «Juan Caboto...» 6).

Sebastián, hijo de Juan Caboto, piloto mayor que fuera de la Corona española, que una y otra vez intentaba atribuirse los presuntos méritos de su padre y que abandonó la expedición española a las Molucas, pensando encontrar riquezas en la «Sierra de la Plata», tenía aún menos credibilidad, como ya demostró el investigador chileno José Toribio Medina en su magistral obra, *El Veneciano Sebastián Caboto*¹⁰. Juan Caboto, a pesar de todo, ha contado con el respaldo de buena parte de la comunidad académica hasta hace poco tiempo. Tiene más interés todavía, desde el punto de vista universitario, la creación de un aparato heurístico con tintes propagandistas, creado desde la aparición del imperio británico

en su rivalidad y pugna por esos territorios septentrionales de América con otros imperios rivales, léase, portugueses, españoles y más tarde franceses. Los principios pseudocientíficos aparecidos sobre todo en los últimos años para hacer querer ver de un acto insignificante y sin ninguna trascendencia histórica, apoyado en una base documental que no incluye un solo documento realizado por el protagonista veneciano, y que ha pasado a convertirse en un hecho de una envergadura colosal, merece considerarse¹¹. Sin duda, las suspicacias y reservas sobre la llegada de tan inexperto navegante a las tierras de los Bacalaos ha existido desde el primer cronista de Indias. Pedro Mártir de Anglería, que conoció a su hijo Sebastián escribe: «No faltan entre los castellanos quienes nieguen haber sido Cavoto el primer descubridor de *Bacalaos*, y no reconocen que haya caminado tanto hacia el Occidente» (Mártir de Anglería (251).

Con toda la humildad que supone dar un rizo más a un tema anteriormente tratado por inminentes investigadores, creo que es necesario dejar claro, de una vez por todas, que toda la evidencia con la que contamos sobre esta empresa es prácticamente nula¹². Eso no quita que el personaje en sí, Juan Caboto, cobre más interés, si cabe, por su capacidad de embaucar a hombres de negocio y monarcas para poder llevar adelante sus empresas, como posteriormente hiciera su hijo Sebastián¹³. Nada nuevo, por cierto, en este mundo a caballo entre el Medievo y el Renacimiento donde estos exploradores y navegantes prometían riquezas sin fin, fuentes de eterna juventud, Dorados, sierras de plata, mitos del rey blanco, y nuevas rutas para llegar antes a los tesoros y especias que esas tierras lejanas prometían. Los ejemplos de estos individuos «fantasiosos» son múltiples, y entre ellos nos vienen a la cabeza Marco Polo, Sir John Mandeville, Cristóbal Colón, Americo Vespucci, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Fernão Mendes Pinto y otros; sin embargo, fueron muy pocos los conquistadores que sí encontraron tesoros inimaginables¹⁴. Nuestra obligación como investigadores es acercarnos todo lo posible a lo ocurrido durante estos últimos años del siglo XV, ya que cada imperio de turno intenta, si no borrar por completo las huellas del imperio anterior, al menos llevar dicha evidencia a su mínima expresión, y esto es exactamente lo que han realizado los ingleses con las expediciones contemporáneas portuguesas, españolas e incluso francesas, en tiempos de «John Cabot». ¿Pero qué ocurre cuando encontramos evidencia documental de viajes coetáneos a Terra-nova? El más obvio y mejor documentado es el viaje del portu-

gués João Vaz Cortreal que aparece mencionado en la crónica del historiador y humanista portugués Gaspar Frutuoso, *Saudades da Terra*. En su libro, escrito en 1570, Frutuoso afirma que João Vaz Cortreal fue recompensado con tierras en las Azores por los descubrimientos que había realizado en las «Terras do Bacalhau»¹⁵. Entre otras cosas, la infanta Beatriz dio en donación la capitanía de Angra (la isla Tercera en las Azores) a João Vaz Corte-Real que, según Frutuoso, descubrió América en 1474. En el texto se afirma que mandó naves en dirección a Occidente y que éstas descubrieron las Antillas y Terranova antes de Cristóbal Colón. Recuérdese que sobre el año 1427 comienza el contacto portugués con ese archipiélago, aunque éste apareciese en mapas del siglo XIV. «Dizem alguns que Jácome de Bruges, primeiro capitão da ilha Terceira de Jesus Cristo, era framengo e que veio povoar a ilha, da parte da Praia, por mandado do infante Dom Anrique, e, estando-a povoando, veio ter ali João Vaz Corte-Real, que dizem alguns que era francês, outros que era genoês de nação, e vinha do descobrimento da Terra Nova do Bacalhau,» (Frutuoso, Libro 6, cap. 9, 36). ¿Cuál ha sido la respuesta académica a esta evidencia? Sencillamente se ha pasado por alto, se ha negado o se ha despreciado. Si miramos lo que queda hoy de la toponimia española y portuguesa desde la península del Labrador en Canadá hasta la Florida veremos que es prácticamente inexistente, aunque durante buena parte del siglo XVI todos o casi todos los nombres de bahías, ríos y cabos de esas costas estuvieran escritos en español y portugués. Como escribía el presidente de la sociedad geográfica británica en el cuarto centenario de Caboto, magnificando todo lo inglés:

«There was great activity in English seaports, increasing commercial enterprise, and even voyages of discovery, long before the ventures of John Cabot, which were merely episodes in the history of the maritime progress of our country [...] It is clear, then that not only trading voyages were habitually made by English sailors over stormy seas out of sight of land, but that numerous voyages of discovery were despatched while the Portuguese were still cautiously creeping along the African coast... (Markham 605-606)».

Comparación poco acertada la de querer equiparar a Inglaterra con la nación con más experiencia transatlántica durante el siglo XV como fue Portugal. Poca información tenía sin duda este geógrafo inglés de los más de cinco mil viajes que los portugueses hicieron por el Atlántico antes del descubrimiento de América.

No solamente «creeping along the African coast» («arrastrándose por la costa africana») como dicho autor dice, sino haciendo el tornaviaje, metiéndose en el profundo Atlántico para coger los vientos y corrientes y de esa manera llegar en la mitad de tiempo a Lisboa. Son de sobra conocidos los viajes portugueses a las islas de Madeira y Azores desde principios del siglo XV. Como escribe Jaime Cortesão: «podemos calcular que até à data da primeira viagem de Colombo à América os navios portugueses cruzaram por 4000 ou 5000 vezes as paragens em que podiam ser impelidos pela força anormal o normal dos ventos e das corrientes para as costas americanas» (138). Aún así, Sir Clements Robert Markham (1893-1905) recibirá todo tipo de honores en su país, entre los cuales se incluyen el de presidente de la Hakluyt Society (1889–1909), un doctorado por la universidad de Cambridge y el haber sido reconocido como una gran geógrafo, autor de más de 50 trabajos en su mayoría libros de viaje y biografías, entre ellos *The Incas of Peru* (1910). No obstante, como se puede apreciar en sus escritos y conferencias, más que erudición, profundidad crítica y científica, se observan un gran entusiasmo y la defensa de un nacionalismo a ultranza por dar una primacía y altura a los marinos y viajeros ingleses de los siglos XV y XVI que nunca tuvieron¹⁶.

Se rechaza todo lo realizado por los pueblos ibéricos con argumentos de falta de evidencia y especulación, como si el viaje realizado por Caboto a Terranova o la documentación periférica que sobre éste personaje tenemos ofreciese muchas más garantías. Por otro lado, nos encontrarnos con trabajos de investigación muy buenos y bien documentados escritos en inglés, pero observamos como son frecuentes los errores geográficos o incluso históricos, muchas veces provocados por la falta de dominio de las lenguas de algunos transcritores y traductores de estos documentos que están escritos en lenguas que no son la inglesa¹⁷. Las limitaciones en conocimiento paleográfico y, en algunos casos, lingüístico de muchos críticos e historiadores para poder trabajar con material localizado en archivos con documentos escritos en letra manuscrita de los siglos XV y XVI son muchas¹⁸.

Pero para poder desmontar el mito de «John Cabot» de una forma rigurosa hace falta apoyarse, ni más ni menos, que en los eruditos e investigadores más documentados y preparados que sobre este individuo han escrito y siguen escribiendo hasta el presente. Gracias a la digitalización de buena parte de los archivos españoles, ahora es mucho más fácil cotejar y comprobar la

calidad de transcripciones y traducciones llevadas a cabo por algunos investigadores¹⁹. No es una sorpresa, desgraciadamente, que algunos de los más renombrados y respetados, hayan cometido errores de bulto en una traducción o transcripción que nos han llevado a interpretaciones erróneas²⁰.

La transcripción descifrada por Luis Robles Macías de la carta mandada por el embajador Pedro de Ayala a los Reyes Católicos es uno de los trabajos más serios sobre uno de los documentos relacionados con nuestro personaje. El autor se queja de las transcripciones e interpretaciones realizadas en el pasado se han realizado de tan importante documento: «Se discuten asimismo en detalle algunas frases particularmente difíciles del texto que, debido a su malinterpretación en ediciones anteriores, condujeron a conclusiones probablemente erróneas sobre la biografía de Juan Caboto, el itinerario de su viaje de 1497...» (Robles 623). Algunas de estas cartas que manda Pedro de Ayala, embajador español, al secretario de los Reyes Católicos, Miguel Pérez de Almazán, se conservan hoy en el Archivo General de Simancas²¹.

II

*¡Oh mundo insano, cómo tus glorias son perecederas,
pues vendes burlas, pregonando veras!*

CERVANTES, *Laberinto de amor*

El documento más importante con el que contamos sobre el «descubrimiento» de Caboto es la carta del comerciante inglés Joan Day, o «John Day», donde se nos cuenta básicamente que Juan Caboto no encontró nada²². No sabemos en qué fecha fue escrita y tampoco sabemos si la escribió «Joan Day» o, lo que es más probable, un escribano español al que se le dictó o tradujo la carta del inglés. En el primer folio del documento está escrito en letra del siglo XVIII o XIX: «Joan Day dá noticias de un viage y descubrimiento de tierras por los Ingleses a la parte del Brasil». En la carta tampoco aparece el nombre de Juan Caboto, aunque por las descripciones del itinerario y de los peces se presupone que es el Atlántico norte. La carta está escrita, en términos generales, en un español correcto y con un uso preciso de los tiempos verbales, incluidos los subjuntivos y condicionales, etc. Difícilmente habría sido escrita por una persona cuya primera lengua no fuera el español, lo cual hace pensar, como reza el encabeza-

miento de la carta, que fue dictada y pasada al papel por el «criado de Vuestra Señoría...» o por un escribano al servicio de John Day, en este caso un castellano. Pero esto, igualmente, son sólo especulaciones. Hasta el presente no se sabe quién fue el destinatario de dicha carta. La crítica en general, salvo honrosas excepciones, sin siquiera hacer una investigación a fondo, repite y da por hecho que el destinatario, «el magnífico y virtuoso Señor, Almirante Mayor», no pudo ser otro más que el almirante del Mar Océano, don Cristóbal Colón. Descartando, de plano, al no tan conocido almirante mayor de Castilla don Fadrique Enríquez de Velasco, uno de los hombres más ricos de España. Es más, desde su primer viaje (1492), Colón ya estaba familiarizado con el libro de Marco Polo, así como con los nombres que en dicho libro aparecen, como el «Gran Kan» y el reino de «Catay»²³. Dice el texto de la carta de John Day: «El libro de Ynbençio Fortunati²⁴ no le hallo y crey que le traya con mis cosas y displazeme mucho no le hallar porque le quisiera mucho servir. El otro de Marco Paulo y la copia de la tierra que es fallada le enbio» (Folio 1, Carta de John Day). Entonces, ¿por qué seis años antes de su muerte tendría Colón que encargarle dicho libro a este comerciante inglés? Además, en las primeras líneas de su *Diario*²⁵ y antes de partir para América en 1492, podemos leer como Colón, que ya estaba familiarizado con Marco Polo, escribe: «y luego en aquel presente mes, por la información que yo había dado a Vuestras Altezas de las tierras de India y de un príncipe que es llamado *Gran Can*, que quiere decir en nuestro romance Rey de los Reyes...». La otra posible razón de la familiaridad de Colón con estos nombres es que los hubiese sacado de la lectura de la carta y el mapa de Toscanelli²⁶.

En dicha carta de John Day, se menciona una copia de una carta de marear, «y la copia de la tierra que es fallada le enbio» que pudo haber llegado a España, por conducto del embajador de España en Inglaterra, Pedro de Ayala, pero éste dice «aquí la ay, y a mi ver, bien falsa...» (Ballesteros 50).

¿Qué testimonio de humanos y fauna se describen en la carta?: Solo sombras, quién sabe si de personas o de animales y excremento de «alimañas que se jugaban ser campesinas». Todavía, sorprendentemente se siguen usando transcripciones y traducciones de esta carta que no son exactas. En su traducción, James Williamson traduce esta frase como por «which they thought to be farm animals». Hasta el día de hoy no se ha corregido tan importante error del sentido de la palabra «campesina», que no

es otro, tanto ayer como hoy, que el de «silvestre», «campestre», «salvaje» y no «domesticada» o de «granja», como defiende su traducción al inglés. La diferencia es importante, dado que no es lo mismo encontrarse a naturales de esas tierras que ya conocían la ganadería, que a grupos más primitivos que desconocían esta práctica. En cuanto a la flora, se mencionan grandes árboles con los que se podían hacer mástiles: «i fallaron arboles grandes de que facen los mastiles de las naos», y un tipo de ellos con nombre propio, el «texo» o tejo: «i otros arboles de texo i la tierra muy gruesa de erbajes»²⁷.

Entonces, siguiendo con la carta de John Day, ¿qué descubrió realmente Juan Caboto además de «sombras» y «excrementos»? Tan dudosa como la aparición de la palabra «América» en una conocida crónica bristolense sobre el viaje de «Cabot», y que generó agrias disputas, son las descripciones que ofrece²⁸. En la carta de John Day se afirma que Caboto encontró un palo, «el qual palo hera pintado con brasil, e por estas señales se jusga ser tierra poblada». ¿Palo pintado con brasil en Canadá? No existe ni ha existido ese tipo de madera por esa zona, a no ser que fuese una flauta traída por un portugués o un pescador español desde otras regiones. Todo para dar a entender que esa tierra estaba poblada. Más bien me inclino a pensar que la mención del «palo brasil», una de las maderas más buscadas en esa época, y a falta de oro, plata y piedras preciosas, sea un recurso para despertar interés comercial en futuras expediciones por ese territorio. Continúa la carta:

«[Y] sabra Vestra Señoria que no deçendio en tierra syno en solo un lugar de la tierra firme que es cercano dél donde vieron la primera vista, en el qual lugar deçendieron con un crucifitio y alçando banderas con armas del Padre Santo y con las armas del Rei de Yngalaterra mi Señor, y fallaron arboles grandes de que fazen los mastiles de las naos y otros arboles de texo y la tierra muy gruesa derbajes; en el quai lugar, segund que reconte a Vestra Señoria, hallaron un camino estrecho que entraba per la tierra, y vieron un lugar donde se avia fecho fuego, e fallaron estiercol de alemañas que se jusgaban ser campesinas, e fallaron un palo de longor de un codo, foradado en cada cabo y labrado, el qual palo hera pintado con brasil, e por estas señales se jusga ser tierra poblada» (Carta de John Day).

En tres meses de viaje solo descendieron una sola vez a tierra. ¿Tanto miedo tenían los 18 tripulantes de Juan Caboto o sólo

recibían órdenes de él?, ¿qué clase de exploradores eran que no pudieron ver ni a un solo indígena, ni siquiera describir un solo animal en tres meses que estuvieron navegando por esas costas americanas para bajar en una sola ocasión a tierra? Es francamente raro, y sobre todo difícil, no ver nada más que sombras en tanto tiempo, sobre todo cuando comparamos las relaciones de Jacques Cartier, Samuel de Champlain, incluso las menos fiables de Giovanni de Verrazano por esas aguas, en que nos cuentan una y otra vez cómo los indígenas siempre salían en su busca para intercambiar mercancías. Se menciona igualmente el manido mito medieval de las siete ciudades de Cíbola, no de manera fortuita sino totalmente premeditada, al igual que unos años más tarde hiciera Alvar Núñez cabeza de Vaca, despertando así una enorme sed de oro, curiosidad e interés por esas tierras²⁹. Continúa la carta: «parecioles que beyan tierras labradas donde crey an que avia poblaziones». Realmente a eso se limita toda la carta: a humo, suposiciones, a nada en concreto³⁰. Lo único que se acerca a la realidad son las descripciones de la cantidad de pescado que encontraron, el «estoquefis», probablemente, bacalao. Una aguda observación de David Quinn, es la de preguntarse cómo es posible que en la carta de John Day no se mencionen ni una sola vez ni los *icebergs* ni las nieblas, tan comunes en esas tierras por esas fechas: «The one great question mark which lies over this reconstruction is the absence of reference to floating ice, and even more striking, the fog which so often sorrounds these coast» (Quinn 104-105). Para colmo, el «gran navegante veneciano» se pierde volviendo a casa y echa la culpa a los marineros bristolenses que «le fizieron desconçertar».

«[T]raya el viento a popa y allego en Bretaña porque los marineros le fizieron desconçertar³¹, diziendo que tomaba mucho del norte, y de alli se vino a Bristol e se fué al Rey a le recontar todo lo susodicho, y el Rey le hizo mercedes de XX libras desterlinas cada ano para repararse fasta, el tiempo andando, que se sepa mas del negoscio, porque se espéra poner diligencia con dies o doze nabios para descubrir la dicha tierra mas largamente el año venidero» (Carta de John Day, fols. 1r. y 1v.).

Pese a todas las contradicciones que podemos encontrar en las descripciones, los errores de fechas, lugares, distancias y fantasías recogidos por este documento fundacional, «John Cabot» pasará a ser para el mundo anglosajón el legítimo descubridor

de la Tierra Firme del continente americano. No sabemos ni cuándo, ni quién, ni para quién se redactó esa carta, pero como escribe Carl Sauer en su libro *The Early Spanish Main*: «The John Day letter is our best information about the earlier voyages of Cabot...» (8).

En términos contemporáneos podríamos decir que es como si ahora la primera potencia o imperio económico emergente, entiéndase China, intentase fabricar una nueva historiografía para justificar su primacía histórica tanto en América como en otros lugares del mundo. Por lo que estamos viendo, parece que todo va por ese camino y ya son varios los libros, artículos y documentales que nos hablan de descubrimientos chinos de América antes de la llegada de Cristóbal Colón³². Los habitantes de los territorios de lo que hoy es China llegaron a América miles de años antes de que el concepto de China existiese, pero esa es otra historia...

Volviendo al tema que nos ocupa, pese a la abundante bibliografía, en realidad todavía no tenemos certeza de dónde desembarcó Caboto, ya que no existe ninguna base científica que confirme dónde plantó la bandera inglesa, si es que alguna vez la plantó, tomando posesión de esos territorios³³. Lo que sí sabemos, como hemos visto, no es únicamente que Caboto errase el camino de vuelta, yendo a parar a Francia en vez de al punto de partida (Bristol), echando la culpa de ello a los marineros bristolenses, sino que en ningún momento supo dónde se encontraba. Mal navegante, sin duda, aquel que ni supo volver directamente al puerto de partida ni posteriormente al lugar que teóricamente descubrió, perdiéndose para siempre su rastro en este último viaje (1498). A los que defienden que los marineros de Bristol ya habían llegado con anterioridad a las tierras por donde anduvo Caboto, Ballesteros Gaibrois les responde:

«Si así hubiera sido y el Rey de Inglaterra sabía que «sus» bristolenses ya habían llegado a ellas, resulta inexplicable que diera amplias y pormenorizadas autorizaciones en la primera patente, verdadera acta de nacimiento del descubrimiento cabotiano en el primer viaje, que comentamos, y el Rey no le hubiera autorizado a un extranjero, y pobre, si ya los navegantes de Bristol habían llegado a la «isla» de Brasil. Por otra parte, como vamos a ver, al regreso del primer viaje, en cuya identificación nos hallamos ahora, todos los tripulantes –como observa Sencino– dieron fe de que habían llegado a tierras no conocidas». (Ballesteros 105)³⁴.

Traducciones no fehacientes de la «Carta de John Day» a otras lenguas tampoco han ayudado a aclarar la situación. La única explicación para que el fenómeno Caboto haya conseguido casi tanta publicidad como Cristóbal Colón, sobre todo en el mundo anglófilo, no puede ser otra que la extraordinaria propaganda que se ha hecho de tan insólito comerciante. Pero la historia de «John Cabot» no es sino un eslabón más dentro de las reivindicaciones inglesas de presuntos descubrimientos y exploraciones realizados por todo el mundo por navegantes archiconocidos, como Francis Drake o James Cook (1728-1779), apropiándose de descubrimientos portugueses y españoles anteriores como los de la costa de Australia o el descubrimiento de las islas de Hawaii y otras partes del Pacífico³⁵. La investigadora Consuelo Varela, probablemente la persona con más conocimiento archivístico sobre las relaciones entre mercaderes ingleses en España, escribe que cuando Enrique VII decidió visitar el oeste de Inglaterra en 1487, en su primera salida oficial, no se imaginaba el recibimiento que le iban a dar los habitantes de Brístol, que en vez de vitorearle se quejaron de la decadencia y hundimiento económico de la ciudad. En aquella villa marinera los barcos apenas salían a navegar y para subsistir necesitaban subsidios y mercedes. Se habían agotado los caladeros de Islandia, donde habitualmente faenaban, y no tenían bancos alternativos de pesca.

«La situación daría un giro radical pocos años más tarde, cuando las autoridades municipales se decidieron a contratar a marineros portugueses (principalmente azorianos) y castellanos (sobre todo vascos)³⁶. Fueron ellos, con su experiencia y con sus barcos, los primeros que se aventuraron a faenar en las costas de Terranova, siendo los artífices del nuevo auge de la ciudad. Tal fue el cambio experimentado que, 10 años más tarde de aquella visita regia, no había en Brístol un solo barco disponible cuando Juan Caboto, que acababa de descubrir oficialmente la costa norteamericana, obtuvo permiso para zarpar de nuevo hacia la Newfoundland. Durante siglos, españoles, portugueses e ingleses han faenado juntos en los bancos de bacalao, robalos y ballenas de Terranova (Varela, «Siglos de pesca en Terranova»)».

John Allen, en su artículo «From Cabot to Cartier: The Early Exploration of Eastern North America, 1497-1543», al igual que Demetrio Ramos, nos dice que aunque se infle mucho la

historia de los navegantes de Bristol y de sus viajes transatlánticos, estos no contaban con más de cinco o seis naves en su haber:

«While the Day letter stipulated that the land Cabot discovered was “called the Island of Brasil and it is assumed and believed to be the mainland that the men of Bristol found [in 1480?]”, Soncino’s letter makes it clear that Cabot’s own geographical imagination had extended beyond the discovery of Hy-Brasil to “even greater things” viz., the discovery of a water route from Bristol to the Orient. Indeed, the reward granted Cabot by Henry VII was “to hym that founde the new Isle” (Quinn 1979, 95), suggesting that the English believed Cabot’s discovery was new land rather than the illusory Isle of Brasil or even the old Isle of the Seven Cities (Antilia). In 1498, Cabot was given a second letter of patent by King Henry to further explore this new land and, with a fleet of five ships, departed Bristol for the northwest. Virtually nothing is known of this third westward voyage, except that, according to the words of a contemporary chronicler, Cabot was “believed to have found the new lands nowhere but on the very bottom of the ocean, to which he is thought to have descended together with his boat, the victim himself of that self-same ocean; since after that voyage he was never seen again anywhere” (Hay 1950, 117). John Cabot’s death did not destroy English interest in pursuing the tantalizing glimpse of a route to Asia his first voyage had offered» (Allen 507-508)³⁷.

John L. Allen también nos informa que no fue Colón el único en pensar que había llegado a Asia, sino que ingleses y portugueses habían creído lo mismo: «It may well be that the English assumed that John Cabot’s first landfall was a promontory of Asia; certainly the Portuguese understood that to be the case, and early cartographic representations of the English and Portuguese voyages to North America portrayed such beliefs» (Allen 511)³⁸. David O. True, por otro lado, afirma que el conocimiento que los ingleses tenían del Atlántico fue un regalo de sus aliados portugueses: «It is evident that the discoveries in North America from Europe were initiated by the Scandinavians, according to present evidences. But Vaz Corte Real was with Scolvus in his visitation to Labrador in 1472, and the knowledge of the route was a Portuguese gift to her ally, England, in the person of John Fernandez, who was John’s Cabot’s pilot, from 1491» (True 11).

El mapa más antiguo que se conserva de la costa americana es el de Juan de la Cosa, presumiblemente dibujado en parte o en su totalidad en el año 1500. Fue encontrado en una tienda de París por el naturalista francés Charles Athanase Walckenaer en 1853. Uno de los argumentos que se han esgrimido para confirmar el viaje de Juan Caboto por tierras norteamericanas son las cinco banderas inglesas que aparecen en el mapa de Juan de la Cosa a lo largo de la costa de lo que hoy serían los Estados Unidos y que reza con la siguiente leyenda: «tierra descubierta por inglese [*sic*]»³⁹. Ningún castellano, en este caso montañés de Santoña como Juan de la Cosa, usaría la palabra «inglese» para el plural de «inglés». Más bien esa palabra correspondería al plural de «inglés» en lengua italiana o en su caso a la pronunciación andaluza, y es extraño que nadie lo haya mencionado hasta el presente. Una de las personas que ha estudiado más a fondo la toponimia de este mapa ha sido el marino e historiador Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, que tiene mucho más que decir sobre el mapa de Juan de la Cosa y que sí menciona la incorrecta nomenclatura de ciudades españolas que aparecen como «Serbilla» por Sevilla, o «Balensia» por Valencia: «El mapamundi está enriquecido con 1485 nombres y cinco leyendas mayores. Un total de 349 nombres aparecen originalmente incompletos, el copista de la toponimia no solo carecía de conocimiento propio del tema, sino que fue únicamente capaz de interpretarlos, mejor o peor, en un porcentaje que no supera el setenta por ciento de lo transcrito» (O'Donnell 108). Termina escribiendo el historiador español: «la conclusión a la que llegamos es la de que los nombres que incluye la Carta de Juan de la Cosa fueron escritos por un amanuense que no supo interpretar los planos de los que se valió para llevar a cabo su trabajo, en parte debido al mal estado de conservación de los originales y en parte a su desconocimiento geográfico» (O'Donnell 107)⁴⁰. Por lo tanto, la fecha del año 1500 solo correspondería a las líneas delineadas por Juan de la Cosa de la costa que visitó en sus primeros viajes con Colón, y tanto los dibujos como la toponimia son posteriores. No obstante, no todos los investigadores están de acuerdo a la hora de poner en tela de juicio la «integridad» de la joya del Museo Naval de Madrid.

Luisa Martín Merás, jefe de la sección de cartografía del Museo Naval de Madrid, escribe:

«Por su parte Hugo O'Donnell, también vinculado al Museo Naval, ha hecho un estudio para acompañar al facsímil de la editorial Egeria. Este autor mantiene la tesis, con la que estamos en absoluto desacuerdo, de que Juan de la Cosa hizo un simple bosquejo mudo e incompleto de la parte americana, que luego fue completado y enriquecido con el resto del "mapamundi" por otro cartógrafo en España ya que la competencia científica de Juan de la Cosa era muy deficiente y el verdadero cartógrafo de estos primeros viajes era Colón, a cuyo descendiente dedica este trabajo» (Martín-Merás 84).

Pero son varios los investigadores que encuentran «anormalidades» en dicho mapa y uno de ellos es Illaria Luzzana, que escribe: «El error de más de 12° por su latitud [de Cuba] y por la de Haití constituye un arcaísmo difícil de justificar en la fecha de esta carta, incluso teniendo en cuenta la diferencia de escala adoptada entre la parte oriental y la parte occidental del planisferio» (179)⁴¹. Algunos historiadores han puesto en duda que la carta date de 1500 porque estiman que parte de la información cartográfica contenida en ella no había sido descubierta aún en aquel año. El primero en formular esta teoría fue George E. Nunn en 1934, que afirmaba que Cuba no fue circunnavegada hasta 1509 y que por ello de la Cosa no podía saber que era una isla, que es como correctamente la muestra el mapa (O'Donnell 106). O'Donnell, igualmente afirma que «el mapa fue «mutilado» de la misma manera que Hernando Colón mutiló el texto original del «Libro de la Navegación» colombino en algunos pasajes concernientes al concepto del Almirante sobre la continentalidad de Cuba y su condición de región asiática, porque la experiencia posterior había demostrado su falsedad...» (91). Sus argumentos han sido rebatidos desde entonces, mostrándose por ejemplo que Pietro Mártir ya escribió en 1501 que muchos afirmaban haber navegado alrededor de Cuba. Otra teoría, más ampliamente aceptada, afirma que el mapa que se conserva es una copia del original preparado por Juan de la Cosa: «Henry Harrisse, llegó a la conclusión, puesto que aparecen en la Carta muchos nombres a los que no se puede dar significado, incluso en regiones que se sabe que fueron visitadas por Juan de la Cosa, se trata de una copia realizada por un tercero, postura a la que se suma George Nunn» (O'Donnell 106). Sin duda, muchos topónimos son ilegiti-

bles, como si el copista no hubiese sido capaz de descifrar la letra del autor original.

Además de las fuentes escritas acerca de los primeros descubrimientos y de las primeras descripciones del *Diario de a bordo*, de Cristóbal Colón o *Las Cartas de Hernán Cortés*, etc., contamos con la cartografía, muchas veces más exacta y precisa que las fuentes escritas. Dejando aparte el más que controvertido mapa de «Vinland», los primeros mapas de América, esto es, los realizados a partir del año 1500-1520, hacen nula mención de «John Cabot». En el mapa de Contarini, que fue el primer mapa impreso en recoger el Nuevo Mundo (1506), no se encuentran referencias a «John Cabot»; lo mismo ocurre con el libro-mapa-mundi de Alonso de Chávez, uno de los más antiguos españoles, en los que igualmente se pasa por alto cualquier mención a dicho navegante⁴². Otros mapas importantes, tempranos en referencia a estas tierras nórdicas como son los de Cantino y Caverio, así como el portugués King-Hamy de 1502 (nombre dado por sus antiguos propietarios Richard King y Jules Hamy), el de Pedro Reinel (1504), o el de Contarinni-Rosselli de 1506, tampoco incluyen mención alguna de Juan Caboto. El mapa de Contarinni-Rosselli, uno de los más antiguos con los que contamos sobre el Nuevo Mundo, fue descubierto en 1922 y se conserva en la Biblioteca Británica. Pero lo más importante de este mapa es la mención de que Groenlandia y Terranova fueron descubiertas por navegantes al servicio del rey de Portugal y tampoco en este caso se hace ninguna alusión a John Cabot. Lo mismo ocurre con el Planisferio Ruysch de 1507, donde aparece el nombre de Terra Nova y Bacallaos en referencia a los viajes de los portugueses Corterreal.

Es cierto que en el mapa de Juan de la Cosa aparecen cinco banderas inglesas en algunos puntos, pero si este mapa, o parte de él, son añadidos posteriores al año 1500, como indican Morison, HARRISSE NUNN y O'Donnell⁴³, Juan de la Cosa difícilmente pudo incluir la información mandada por el embajador Pero de Ayala sobre los presuntos descubrimientos realizados por Juan Caboto de 1497 y 1498 bajo bandera inglesa (donde no aparece ninguna bandera veneciana ni papal por otra parte). El embajador castellano en Londres, Pedro de Ayala, debió de enviar una copia del mapa dibujado por Caboto, hoy desaparecido, pero avisando de la «falsedad» del mismo. Con todo ello, entonces, la pregunta que nos planteamos es la de ¿quién fue «John Cabot»? Ballesteros Gabrois incide en el hecho de que todavía no sabemos

casi nada de este presunto descubrimiento cabotiano de la tierra firme norteamericana: «La gran erudición como han derramado los expertos, tanto para el primero como para el segundo viaje, que acabamos de comentar, no ha servido, ‘sensu extricto’ para mucho, ya que seguimos ignorando qué fue lo que descubrió o exploró, más que de un modo vago, y en conjunto para los dos viajes» (Ballesteros 125-126). Solo tenemos, escribe Ballesteros, referencias colaterales, informes de extraños, que a veces dicen haber hecho amistad con él y, por el contrario, no existe, como de otros personajes históricos, una biografía, sino retazos de su paso por la vida, ni restos oseos, ni tumba, ni nada» (133). Debido a la falta de pruebas corroborantes, las pretensiones inglesas del descubrimiento de Norteamérica por parte del veneciano Caboto no pasan de mantenerse en una fase totalmente especulativa. Sobre todo si buena parte de la información aparecida en la «carta de John Day» es espuria, al igual que lo fueron sus proyectos anteriores en Valencia y Sevilla, con el único fin de despertar el interés del ávido monarca Enrique VII por su proyecto y así hacerle creer que podría encontrar una ruta más rápida hacia el continente asiático y de esta manera competir con sus rivales europeos en proyectos transoceánicos.

¹ También conocido como «Giovanni Caboto» o «Zuan Cabotto». Véase, Albardaner i Llorens, Francesc. «John Cabot and Christopher Columbus Revisited».

² Sobre el nombre de «John Cabot», escribía el académico Ballesteros Gaibros: «Es curioso que tanto HARRISSE como WILLIAMSON, pese a que reproducen cantidad de textos en que los contemporáneos, con las variantes que veremos luego en este estudio, en que aparece con una clara resonancia mediterránea, ya sea Gaboto, Caboto, etc., insisten en hablar de él como Cabot, cuando proporcionalmente, en la documentación que concierne [sic] a padre e hijo –Juan y Sebastián– hay cientos de documentos en que el apellido se escribe con una vocal latina o y no termina en una t anglosajona. el por qué de esta reincidencia en el error no nos lo explicamos...» (40).

³ En 1997, la reina Isabel II de Inglaterra fue a Terranova a celebrar el Quinto centenario de la llegada de «John Cabot» donde se presentó una réplica del *Matthew*, barco en el que realizó dicho viaje.

⁴ Los franceses harán lo mismo durante el reinado de Francisco I, justificando así los viajes de Cartier y Roberval en 1534-1541 a la «Nueva Francia» y reclamando, por supuesto, esos territorios. En otras razones se menciona la ancestral presencia de bretones por esas tierras.

⁵ *Old England for Ever or Spanish Cruelty display'd* [Panfleto] (London: Printed and sold by booksellers of London and Westminster, 1740), i.

⁶ Véase, Archivo General de Simancas, Patronato Real, Leg. 52, Doc. 166, fol. 861v. «Hace años que M. Ballesteros demostró que Caboto, antes de pasar al servicio del rey de Inglaterra, había permanecido por lo menos desde 1490 a 1493 en la ciudad de Valencia empeñado en hacer un puerto en la playa de Grao. Desde entonces hasta 1496, fecha en que el monarca inglés le concedió la licencia para descubrir, su pista se perdía y tan solo conocíamos una referencia del embajador de los Reyes Católicos en Londres que, de pasada, refería en uno de sus despachos que Caboto, antes de instalarse en Inglaterra, había pasado por Sevilla y Lisboa. Gracias a la afanosa búsqueda de Juan Gil en el Archivo Municipal de Sevilla hemos podido rellenar ese hueco. Los tres documentos descubiertos por Gil nos encajan a Caboto residiendo en Sevilla desde fines de 1493, o principios de 1494, hasta comienzos de 1495» (Valera, «Juan Caboto, Sevilla y el descubrimiento de América del Norte», 6).

⁷ Véase, HARRISSE, Medina, Ballesteros, etc.

⁸ Carta del embajador Pedro de Ayala en referencia a las expediciones inglesas. Documento localizado en el Archi-

vo de Simancas, Patronato Real, legajo 52, 166, fol. 861r. Parte del documento está cifrado y gracias al minucioso descifrado realizado por Robles Macías podemos ver como ya desde un primer momento (1498) los embajadores españoles califican de «fantasioso» a Caboto: «yo he visto la carta que ha fecho el inventor que es otro ginoves como colon que ha estado en sevilla y en lisbona procurando haver quien le ayudasse a esta invencion [...] con la fantasia de este ginoves ...[la] carta o napamundi que este ha fecho yo no la le enbio aora que aqui le ay y ami ver bien falso...». Los únicos que defienden la condición de navegante del veneciano son sus amigos italianos, Raimondo de Raimondi de Soncino, Pasqualino, etc., Caboto ya había prometido a varios de ellos prebendas, regalarles islas e incluso obispos, en el «Nuevo Mundo». (Ballesteros 212-216).

⁹ Desde los trabajos de Manuel Ballesteros Gaibrois y Juan Gil sabemos que desde 1490 a 1495 estuvo en Valencia y Sevilla respectivamente.

¹⁰ Ballesteros Gaibrois califica a Sebastian Caboto de «mentiroso desvergonzado» (116). También se pregunta por qué el historiador, capellán y secretario de estado de Isabel I y Jacobo I de Inglaterra, Richard Hakluyt dió tanto crédito a las afirmaciones de Sebastián: «¿Por qué Hakluyt admite la introducción del hijo de Juan como protagonista de este viaje? En otros textos el director de *Divers Voyages* hace referencia a sus contactos con Sebastián, que sin duda atribuyó a sí mismo las expediciones. Si como dice el adagio 'no hay peor mentira que la mitad de la verdad', esto fue lo que ocurrió, ya que si suponemos que Sebastián acompañó a su padre en los dos viajes, es cierto que Sebastián tomó parte de ellos, pero no que era el promotor, el jefe de la expedición...» (36). La opinión de HARRISSE sobre Sebastián tampoco es muy halagüeña: «He had a son, called Sebastian, who arrogated to himself the merit of the achievement and lived and prospered, in England as well as in Spain, to an extreme old age, upon this mendacious boast. Nay, during several centuries nearly every one believed that he had been the sole discoverer of Labrador, Newfoundland, Nova Scotia and Canada, although authentic documents tend to prove that he was not even on board when these discoveries were made...» («Did Cabot return...» 440).

¹¹ Después de Cristóbal Colón, «John Cabot» es el explorador con más entradas bibliográficas.

¹² «Desde HARRISSE (1882), el verdadero sintetizador de las noticias que sobre los Caboto se tenían, hasta WILLIAMSON (1962), el tema se ha desarrollado en el terreno de la alta erudición y crítica de fuentes; sin abandonar el espinoso camino de las suposiciones y las interpretaciones de lo que «pudo ser», a veces sin demasiado apoyo documental» (Ballesteros 10). Pese a existir cada vez mayor número de documentos ingleses colaterales, solo han podido tocar de manera tangencial conexiones con este viaje.

¹³ Este tipo de actitudes nos resulta familiar a los que trabajamos con estos personajes de siglo XV y XVI.

¹⁴ Promesas, por otra parte, muy parecidas a las que hacen los políticos cuando quieren ganar elecciones, o los investigadores que piden becas cuyos términos saben de antemano que no van a poder cumplir.

¹⁵ La presencia de pescadores vascos y de otras partes del norte, es un tema muy poco tratado por la crítica conven-

cional, no obstante, en lo venidero dará mucho que hablar sobre estas tempranas exploraciones.

¹⁶ Nadie pone en duda que en siglos posteriores Inglaterra tuvo un papel predominante. Véase también: Bailey W. Diffie y George D. Winius (1977). *Foundations of the Portuguese empire, 1415-1580*, 212.

¹⁷ Véase la reseña de M.C. Ricklefs sobre el trabajo de Bailey W. Diffie y George D. Winius, en el *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 42 (1): 1979: 177.

¹⁸ La transcripción y traducción de un manuscrito es tarea muy difícil y aún teniendo un buen conocimiento de otra lengua no es suficiente para hacer un buen trabajo.

¹⁹ Véase el excelente trabajo de Luis A. Robles Macías, (2014). «Transcripción revisada del informe de Pedro de Ayala de 1498 sobre las expediciones inglesas de descubrimiento». *Revista de Indias*, 74(262): 623-660

²⁰ En cuanto a los escritores que con más autoridad han escrito sobre este tema en los últimos 150 años nos encontramos a Cesáreo Fernández Duro, Enry HARRISSE, José Toribio Medina, J. A. Williamson, H. P. Biggar, L.A. Vigneras, David Quinn, Manuel Ballesteros Gaibrois, Juan Manzano, Juan Gil y Consuelo Varela, entre otros. Algunos de los citados con un conocimiento paleográfico en lengua castellana de estos siglos difícilmente superable. Entre los investigadores más destacados que recientemente han escrito sobre este tema, nos volvemos a encontrar con Consuelo Varela, especialista a su vez en los comerciantes ingleses que estuvieron en España y Portugal en el siglo XVI, así como con el excelente trabajo de Luis Robles Macías sobre la carta de Pedro de Ayala. Hoy sabemos que algunas de las transcripciones relacionadas con las cartas del embajador español Ayala transcritas por HARRISSE y Biggar son erróneas y han dado paso a numerosas interpretaciones. También encontramos excelentes trabajos escritos en otras lenguas como los de Armando y Jaime Cortesão, Marienne Mahn-Lot o Peter Pope. Los libros escritos en inglés sobre «John Cabot», son obviamente, la mayoría.

²¹ Véase, Carta de Pedro de Ayala a Miguel Pérez de Almazan, Secretario de los Reyes Católicos, sobre asuntos de Inglaterra, Flandes, Francia y Escocia; Archivo General de Simancas, Patronato Real, Leg. 52, Doc. 166. Al final aparece una transcripción realizada al parecer por H.P. Biggar. En el trabajo de Robles, se destacan los errores de la transcripción de HARRISSE sobre esta carta así como el contagio de los mismos a otros investigadores: «HARRISSE no lo tomó directamente de los papeles de Bergenroth sino que se basó en una copia enviada por «M. Kingston», del Public Record Office. Ello podría explicar la gran cantidad de erratas que contiene la transcripción de HARRISSE» (631).

²² Fue descubierta por Hayward Keniston y L. A. Vigneras en 1955 en el archivo de Simancas. La carta de John Day ha sido transcrita y traducida en diferentes ocasiones. En el presente trabajo sigo la transcripción ofrecida por Ballesteros Gaibrois en su libro *Juan Caboto* que dice: «Vigneras en su artículo de la *HAHR* (1956) inserta el texto castellano, paleografiado por él, con errores –no importantes– de lectura. Por ello obtuve una copia fotoestática del Archivo de Simancas, y la transcripción que incluyo en el APÉNDICE citado la debo a la gentileza y competencia del catedrático de Paleografía de la Universidad de Madrid, Prof. Dr. D. Tomás Marín, ya fallecido» (28). Por mi parte, agradezco a Isabel

Aguirre y en su nombre al Archivo General de Simancas las copias digitales de dicha carta.

²³En el *Diario de Colón*, desde su primer viaje, se emplea la nomenclatura de Marco Polo: «Catay» o «Catayo» (30 de octubre, 13 de mayo, etc.), «Gran Can» (21, 28 y 30 de octubre, 1, 12 y 26 de noviembre, 11 de diciembre). David Quinn, no obstante, hace hipotéticas lucubraciones de que dicho libro de Marco Polo podía haberlo prestado anteriormente Cristóbal Colón a John Day o a un tercero: «It might be argued that since Columbus already owned a copy of Polo this mention might weigh against Columbus being Day's correspondent. But this is not so: if Columbus lent his copy to Gorrício he could lend it to Day, and the fact that it is still in the Columbian library indicates that it was returned by its borrowers» (Quinn 207). Sería mucho suponer.

²⁴De este libro no se conserva ninguna copia en la actualidad. Se dice que fue escrito en el siglo XIV por un monje para el rey de Inglaterra Eduardo III y describe una navegación más allá de Islandia por legendarias tierras cercanas a Groenlandia.

²⁵Compendiado por Fray Bartolomé de las Casas.

²⁶Esa es la opinión de Juan Manzano que dice que toda esta nomenclatura asiática le vino a Colón de Toscanelli: «que el genovés no había leído el famoso libro de viajes del veneciano, pues de haber tenido conocimiento de él no habría podido pensar lo que pensó en estos primeros años de actividad descubridora. Si las tierras estaban unidas formando un inmenso continente asiático, ¿dónde se encontraba el estrecho por donde navegó Polo al regresar de su largo viaje a los reinos del Gran Khan?» (220). Sobre la autenticidad de la carta y el mapa de Toscanelli también hay mucho que decir. Véase: Henry Vignaud, *La carta y el mapa de Toscanelli*. Traducida del francés por Juan Enseñat. Madrid: Biblioteca de la Irradiación, 1901.

²⁷En la transcripción que nos proporciona Tomás Marín escribe «texto» en vez de «texo»; teniendo el documento presente y el contexto me inclino por esta última.

²⁸Sobre la disputa entre Henry Harrisse y Mr. G.E. Weare, en cuanto a la palabra América, véase, Weare, Mr. G. E. «Cabots Discovery of North America», London: Privately printed by the author, 1897. La palabra «América», que aparece en un documento de Bristol, jamás se usó en ningún documento del siglo XV. La maestría con la que se han falsificado crónicas y mapas para el beneficio, nombre y gloria de países que quieren más relevancia de la que tienen, se epitomiza en la elaborada y sofisticada creación de mapas, como el famoso «Vinland map», localizado en la universidad de Yale, cuya más que dudosa autenticidad sigue en entredicho.

²⁹La isla de las Siete Ciudades, según el tratado portugués de Francisco de Souza (1570), también era conocida como isla de San Francisco: «[E] os antigos lhe chamão a esta Ilha as sete Cidades; mas outros por via de França lhe chamão a Ilha de S. Francisco» (Souza 4).

³⁰Añadiría que se podría hacer extensivo a toda la historia de «John Cabot».

³¹El énfasis en negrita es mío. Es patente la falta de experiencia marinera de Juan Caboto en todo momento. Un capitán no sigue las órdenes de los marineros sino al revés, porque en último término él es el responsable.

³²El más notorio ejemplo es el libro del marino británico Gavin Menzies, 1421, *The Year China Discovered America*.

Después de escribir su obra, los chinos le hicieron profesor honorario de la universidad de Yunnan. Su libro fue un *bestseller* por varias semanas. No obstante, la comunidad científica no reconoce ningún valor a sus teorías, por no respaldarse con documentación. Dicho autor, tampoco habla chino y buena parte de sus teorías son especulaciones.

³³Algo parecido a las disputas y especulaciones sobre la ruta realizada por el explorador español Alvar Núñez Cabeza de Vaca por Norteamérica unos años después. Son solo elucubraciones hasta el momento. Es importante tener en cuenta que la distancia entre Groenlandia y Labrador es inferior a 150 millas, dado que desde principios del siglo XV, tenemos mapas de Groenlandia.

³⁴Teniendo en cuenta que las relaciones entre Portugal e Inglaterra eran buenas, sobre todo entre marinos azorianos y bristolenses, no se debe descartar alguna expedición conjunta, como fue el caso de João Fernandes Labrador. Los portugueses, los azorianos en particular, eran los que mejor conocían las aguas septentrionales de Terranova, exceptuando los vascos que, según documentación portuguesa, ya andaban faenando por esas aguas... Véase mi trabajo, «Nuevas aportaciones al estudio de la toponimia ibérica en la América Septentrional en el siglo XVI». *Bulletin of Spanish Studies* 86. 5 (2009): 577-603. La afirmación de que navegantes bristolenses se habían aventurado en busca de las «siete ciudades» por el Atlántico antes de la llegada de Caboto es posible, pero si hubiesen encontrado algo, o hubiesen llegado a Tierra Firme, Caboto, pobre, extranjero y desconocido, no habría recibido ninguna patente ni apoyo del rey Enrique VII de Inglaterra. En cuanto a los conocimientos náuticos de Caboto, escribe Ballesteros: «El paso por Portugal 'se colige', pues cuando fracasa su propósito de construir un puente entre Sevilla y Triana, no hay ni rastro ni suposición de veleidades náuticas, que debió concebir en Portugal, de donde se piensa que procedía al llegar a Inglaterra, portando un globo terráqueo, similar al de Behaim, lo que había aprendido –a no dudar– en Portugal» (Ballesteros 164).

³⁵Véase, Jesús García Calero, «Un naufragio pone en evidencia la historia oficial de los viajes de Cook».

³⁶El énfasis en negrita es mío.

³⁷Demetrio Ramos recoge esta información en su artículo, «Los contactos transatlánticos...»: «Por otra parte, es increíble que Bristol (donde únicamente estaban registrados seis barcos) pudiera mantener tal ritmo, sin combinar la pretensión descubridora con las actividades de pesca o comercio (Ramos 48).

³⁸El mapa de Contarini, impreso en 1506, fue el primer mapa en incluir el Nuevo Mundo, donde tampoco se encuentran referencias a «John Cabot». Véase igualmente el *Islario* de Alonso de Santa Cruz. <http://archive.org/stream/islariogeneralde00sant#page/n5/mode/2up>

³⁹El primero en querer ver una conexión entre la carta de John Day y el mapa de Juan de la Cosa fue L.A. Vigneras: «John Day in his letter mentions sending to the Grand Admiral of Castile a map showing *los cabos de la tierra firme y las islas*. This may be the map Juan de la Cosa used for drawing his own map of 1500, on which are shown the *mar descubierta por Inglese, the cavo de Inglaterra, and the cavo de San Juan*» (Vigneras 504-505). Sorprende la total

credulidad de Vigneras en esta «carta», que ni siquiera fue redactada por John Day.

⁴⁰Para Hugo O'Donnell, Juan de la Cosa tendrá una actuación poco honrosa, no solamente por ser el culpable de perder la nao Santa María en el primer viaje de Colón, sino por ser de los primeros en salir de ella: «Negligente y traidora fue pues la actuación del maestro, según sus contemporáneos, y mancha imborrable para cualquier marino de todos los tiempos» (32).

⁴¹Véase, Illaria, Luzzana Caraci, «Algunas observaciones sobre la primitiva cartografía americana», 179.

⁴²Se conserva una copia manuscrita en la Real Academia de la Historia de Madrid, (9/2791).

⁴³Véase, Manuel Lucena Salmoral. *El Descubrimiento y la fundación de los reinos ultramarinos: hasta finales del siglo XVI (Historia General de España, tomo 7)*. Madrid: Rialp, 1982. p. 110.

BIBLIOGRAFÍA

Manuscritos

Archivo General de Simancas

- «Carta de Johan Day». Archivo General de Simancas. Estado, Legajo 2, fols. 1-6.
- «Carta de Pedro de Ayala a Miguel Pérez de Almazan, Secretario de los Reyes Católicos, sobre asuntos de Inglaterra, Flandes, Francia y Escocia»; Archivo General de Simancas, Patronato Real, Leg. 52, Doc. 166. fols. 857r-862r.

Real Academia de la Historia

- Manuscrito original restaurado de Alonso de Chaves (9/2791), *CUATRI PARTITV*: en *Cosmographia pratica i por otro nombre llamado Espejo de Navegantes*.

Libros y artículos

- Albardaner i Llorens, Francesc. «John Cabot and Christopher Columbus Revisited» *Northern Mariner*, vol. 10. 2 (July 2000): 91-102.
- Alguns documentos do Archivo Nacional da Torre do Tombo acerca das navegações e conquistas portuguesas publicadas por ordem do governo de sua Magestade fidelissima ao celebrarse a comemoração quadricentenaria do descobrimento da America. (Lisboa: Academia das Ciencias, 1892): 123-27, 131-32, 150-52
- Allen, John. «From Cabot to Cartier: The Early Exploration of Eastern North America». *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 82, 3, *The Americas before and after 1492: Current Geographical Research* (1992): 500-521.
- Ballesteros Gaibrois, Manuel. *Juan Caboto. Cuadernos Colombinos*, 21. Valladolid: Casa Museo de Colón, 1997.
- Baudry, René. «D'où viennent les noms 'Bras d'Or' et 'Labrador?'» *RHAF*, VI (1952-53), 20-30. Precursors (Biggar).
- Castañeda, P. et al. *Alonso de Chaves y el Libro IV de su «Espejo de Navegantes»*. Editorial Deimos, Madrid: 1977.
- Cerezo Martínez, Ricardo. *La Cartografía Náutica Española en los Siglos XIV, XV, XVI*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1994.

- Cortesão, Armando, *Cartografia e cartôgrafos portugueses dos seculos XV y XVI*. Lisboa: Seara Nova, 1935.
- Cortesão, Jaime. *Os descobrimentos pré-colombinos dos portugueses*. Lisboa: Portugalia Editora, 1966.
- Davies, Arthur. «João Fernandes and the Cabot voyages,» Congreso internacional de historia dos descobrimentos, Actas, II (1961).
- Denys Hay, «The manuscript of Polydore Vergil's 'Anglica Historia',» *EHR*, LIV (1939), 240-51.
- Day, Johan. «Johan Day al Muy Magnifico y Virtuoso Señor El Señor Almirante Mayor», *The Hispanic American Historical Review* Vol. 36, No. 4 (Nov., 1956), pp. 507-509.
- Diffie, Bailey W. y George D. Winius, *Foundations of the Portuguese empire, 1415-1580* (2 ed.). Minneapolis: University of Minnesota Press, 1977.
- Galvão, Antonio. *Tratado dos descobrimentos* (Porto, 1944), 149.
- García Calero, Jesús. «Un naufragio pone en evidencia la historia oficial de los viajes de Cook». *Diario ABC*. (Consultado el 15 de agosto de 2015). <http://www.abc.es/cultura/20130929/abci-cook-hawaii-espanna-201309282215.html>.
- Fridtjof Nansen, *In Northern Mists: Arctic Exploration in Early Times*. New York: Frederick A. Stokes Company, Inc 1911.(2v., London, 1911.
- Biggar, H. P. *The voyages of the Cabots and of the Corte-Reals to North America and Greenland, 1497-1503*. Paris: Macon, Protat frères, imprimeurs, 1903.
- Gago Coutinho, *Ainda Gaspar Corte-Real*. Lisboa: Sociedade de Geografia de Lisboa, 1950.
- Diffie, Bailey W and George D. Winius. *Foundations of the Foundations of the Portuguese empire, 1415-1580*. 2 vols. St. Paul: Minnessota, 1977.
- HARRISSE, Henry. *The Discovery of North America*. London: Henry Stevens and Sons 1892.
 - «Did Cabot Return From His Second Voyage?» *The American Historical Review*, 3, 3 (1898): 449-455.
- Lucena Salmoral, Manuel. *El Descubrimiento y la fundación de los reinos ultramarinos: hasta finales del siglo XVI (Historia General de España, tomo 7)*. Madrid: Rialp, 1982.
- Luzzana Caraci, Illaria. «Algunas observaciones sobre la primitiva cartografía americana,» in *Congreso de Historia del Descubrimiento: 1492-1556*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1992.
- Manzano Manzano, Juan. *Colón y su secreto. El predescubrimiento*. 3ra. Edición. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1989.
- Markham, Clements Robert. «Fourth Centenary of the Voyage of John Cabot, 1497». Paper read by the president at the Royal Geographical Society, April 12, 1897. *The Geographical Journal*, 9, 6 (1897): 604-615.
- Mártir de Anglería, Pedro. *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires: Editorial Bajel, 1944.
- Martín Merás, Luisa. «La carta de Juan de la Cosa: interpretación e historia». *Monte Buciero*, 4 (2000): 71-85.
- Maura, Juan Francisco. «Nuevas aportaciones al estudio de la toponimia ibérica en la América Septentrional en el siglo XVI». *Bulletin of Spanish Studies*, 86. 5 (2009): 577-603.

- Medina, José Toribio. *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España*. Santiago de Chile: Imprenta y Encuadernación Universitaria, 1908.
- Menzies, Gavin. *1421 The Year Discovered America*. Harper Collins, 2004.
- Morison, S. E. *Portuguese voyages to America in the fifteenth century*. Cambridge: Harvard University Press, 1940.
- O'Donnell y Duque de Estrada, Hugo. *El mapamundi denominado «Carta de Juan de la Cosa»*. Sevilla: Egeria, 1992.
- *Old England for Ever or Spanish Cruelty display'd* [Panfleto] (London: Printed and sold by booksellers of London and Westminster, 1740).
- Pope, Peter. *The many Landfalls of John Cabot*. Toronto, University of Toronto Press, 1997.
- Quinn, David B., «John Cabot and the 1497 Voyage to Newfoundland». *Newfoundland Studies*, 15, 1 (1999): 104-110.
- , «The Argument for the English Discovery of America between 1480 and 1494». *The Geographical Journal*, Vol. 127, No. 3. (Sep., 1961), pp. 277-285.
- , «John Day and Columbus» *The Geographical Journal*, 133, 2 (1967): 205-209.
- Ramos, Demetrio. «Los contactos transatlánticos decisivos, como precedentes del viaje de Colón» *Anuario de Estudios Atlánticos* 17 (1971): 467-532.
- Robles Macías, L. (2014). «Transcripción revisada del informe de Pedro de Ayala de 1498 sobre las expediciones inglesas de descubrimiento». *Revista de Indias*, 74 (262): 623-660.
- , «Juan de la Cosa's Projection: A Fresh Analysis of the Earliest Preserved Map of the Americas». *Coordinates*, Series A n. 9, 24 de mayo de 2010
- Sauer, Carl. *The Early Spanish Main*. Cambridge: Cambridge University Press, 1966.
- Souza, Francisco. *Tratado das Ilhas Novas dos Portugueses que forão de Viana e das Ilhas dos Açores 1570*. Ponta Delgada, Açores: Typ. Minerva Insulana, 1877.
- True, David O. «Cabot Explorations in North America». *Imago Mundi* 13 (1956): 11-25.
- Varela, Consuelo. «Siglos de pesca en Terranova». http://elpais.com/diario/1995/05/03/opinion/799452001_850215.html (Consultado en Junio 4 de 2015).
- , «Juan Caboto, Sevilla y el descubrimiento de América del Norte». *Siglo que viene: Revista de cultura*, (31-32): 1997, 4-7.
- , *Cristóbal Colón y la construcción de un Mundo Nuevo*. Estudios, 1983-2008. Archivo General de la Nación Volumen CVII. Santo Domingo: Archivo General de la Nación, 2010.
- Vignaud, Henry. *La carta y el mapa de Toscanelli*. Traducida del francés por Juan Enseñat. Madrid: Biblioteca de la Irradiación, 1901.
- Vigneras, L.A., «New Light on the 1497 Cabot Voyage to America». *The Hispanic American Historical Review*, 36, 4 (1956): 503-506.
- Weare, Mr. G. E. «Cabots Discovery of North America», London: Privately printed by the author, 1897.
- Williamson, J. A. *The Cabot Voyages and Bristol Discovery under Henry VII*. Cambridge: Hakluyt Society/University Press, 1962.
- Winter, Heinrich. «The pseudo-Labrador and the oblique meridian,» *Imago mundi*, II (1937), 61-74.

España y Portugal en la exploración de la costa atlántica de Norte América

COMPILACIÓN DE DATOS SOBRE ESTEBAN GÓMEZ

PORTUGUESES EN NORTE AMÉRICA

En la exploración de la costa atlántica de Norte América, los navegantes portugueses tuvieron un papel importante, atraídos por la pesca del bacalao y la búsqueda de un paso hacia las Molucas. Juan Fernández, labrador de profesión y procedente de las Azores, navegó en 1499 por dichas tierras, acompañado por un buen número de marineros de Bristol en años posteriores. Su nombre quedó para siempre en los mapas, iniciando la llegada de muchos pescadores a las costas de Terranova y a los bancos de pesca de sus alrededores. Entre 1499 y 1501, Gaspar de Corterreal exploró tres veces las costas de Terranova, la última con tres naves. Tan sólo la suya se perdió en esta última expedición. Su hermano Miguel salió en su busca el 10 de mayo de 1502 y no volvió. En 1520, el aristócrata João Alvares Fagundes explora Terranova, la boca del río San Lorenzo y Nueva Escocia. Esteban Gómez –Estêvão Gomes–, navega hacia España en 1524 y 1525 desde Nueva Escocia hasta la bahía de Chesapeake, buscando el paso hacia el Cathay y las Molucas. Anteriormente había sido Piloto Mayor de la expedición de Fernando de Magallanes –Fernão de Magalhães–, portugués al servicio de Carlos V que, por las latitudes del hemisferio sur, había buscado y hallado en 1519 un estrecho con un fin semejante, pero que moriría en Mactán tratando de circunnavegar el globo. Juan Sebastián

del Cano completaría el viaje por él, mientras que Estevan Gómez abandonó la flota para volver a España. Ruy Faleiro, cosmógrafo portugués residente en Sevilla, proyectó con Magalhães su histórico viaje sin llegar a embarcarse en él. Sí lo hizo, por el contrario, su hermano Francisco Faleiro. El cartógrafo Diogo Ribeiro, también portugués residente en Sevilla y en la Coruña, recogió en el Padrón Real y en seis famosos mapas tanto el viaje de Magallanes como el de Esteban Gómez. João Rodrigues Cabrilho y el Piloto Bartolomé Ferrello navegaron con banderas y naves españolas las costas de California y Oregón en 1543.

EXPLORACIÓN DE LAS LATITUDES DE NORTE AMÉRICA
«Cristóbal Colón –decía López de Gómara–, Fernando Cortés, Gil González de Avila y otros, no lo habían hallado –refiriéndose al paso hacia las Molucas, del golfo de Uraba hasta la Florida–. El mismo cronista, en otra parte de su obra, añade que «entendiendo cuan grandísimas tierras eran las que Cristóbal Colón descubrió, fueron muchos á continuar el descubrimiento de todas, unos á su costa y otros á la del Rey, y todos pensando enriquecer, ganar fama y medrar con los Reyes. Pero como los más de ellos no hicieron sino descubrir y gastarse, no quedó memoria de todos, que yo sepa, especialmente de los que navegaron hacia el norte, costeando las Bacallaos y tierra del Labrador»¹. Para subsanar este olvido, J. T. Medina² proporciona la siguiente lista de viajes a los que los cronistas hacen referencia, efectuados por extranjeros, «á la tierra de los Bacallaos» antes de que saliese de España la expedición de Esteban Gómez:

- 1– Juan Caboto, con cartas de Enrique VII otorgadas a él y sus hijos el 5 de Marzo de 1496, partió de Bristol a principios de Mayo del año siguiente con una embarcación tripulada por dieciocho hombres, llegando a las costas del Labrador antes de regresar al puerto de donde salió á últimos de Julio del mismo año.
- 2– En 1498 Juan Caboto hizo un segundo viaje con cinco naves a la costa nordeste de América, recorriendo, según se dice, desde la Terranova a la Florida, ya que no queda informe alguno.
- 3– Antes de 1500, Gaspar Corterreal realizó una expedición a las mismas regiones, tampoco documentada.
- 4– A comienzo del verano de 1500 hizo un segundo viaje a las costas del este de Terranova.

- 5- En marzo de 1501, realizó una tercera incursión, con tres naves, dos de las cuales regresaron a Lisboa en Octubre del citado año. Pero la tercera, capitaneada por él mismo, desapareció.
- 6- Su hermano, Miguel Corterreal, salió de Lisboa en su busca el 10 de Mayo del año siguiente sin saber que correría la misma suerte.
- 7- A finales de 1502 Enrique VII autorizó a dos ingleses y dos portugueses para que efectuasen una expedición a varias regiones desconocidas, pero no hay de informe alguno sobre ella.
- 8- En 1503 el rey don Manuel de Portugal envió dos naves a Terranova en busca de los hermanos Corterreal, pero regresaron a Lisboa sin encontrarlos.
- 9- A finales de 1503 Enrique VII concedió cierta gratificación a un hombre que había llegado de Terranova tras una expedición de la que no hay más noticia.
- 10- Al parecer, se habla de otras tres expediciones inglesas entre 1503 y 1504.
- 11- Por estas fechas los marinos de Bretaña visitaron las costas del Labrador, ya que en los mapas se las denominaba «tierra de los bretones» o «Cabo de los Bretones».
- 12- En 1505 fué a aquellas costas una expedición anglo-portuguesa.
- 13- Pescadores portugueses la reconocieron en 1506.
- 14- También en 1506, llegaron Juan Denys y Gamart, de Rouen.
- 15- Y un capitán español apellidado Velasco, hecho que nos parece muy problemático.
- 16- El francés Tomás Aubert lo hizo en 1508.
- 17- Y los normandos en 1509.
- 18- Juan Alvarez Fagundes, poco antes de 1521.
- 19- Giovanni da Verrazano, en 1524.
- 20- Un navío de Rouen, en 1524.
- 25- Y en 1524 dos navíos portugueses que por allí se perdieron.

España, por su parte, había proyectado enviar sus naves a las costas de Norte América desde que se conocieron los viajes de Juan Caboto en 1496 y 1497, recogidos en el mapa de Juan de la Cosa de 1500 indicando el «Cabo de Inglaterra» y la «Mar des-

cubierta por ingleses». Las naves de comercio españolas visitaron desde muy temprano aquellas costas en busca del bacalao, como se desprende de una carta de la Audiencia de la Española al Rey, fechada el 9 de Noviembre de 1527. Los reyes castellanos habían autorizado varias expediciones:

- 1- El 28 de Julio de 1500 encargan a Alonso de Ojeda «que vais é sigáis aquella costa que descubristes, que se corre leste-ueste, según parece, por razón que vá hacia la parte donde se ha sabido que descubrían los ingleses, é vais poniendo las marcas con las armas de SS.AA., ó con otras señales que sean conocidas, cuales vos pareciere, porque se conozca cómo vos habéis descubierto aquella tierra, para que atajes el descubrir de los ingleses por aquella vía»³.
- 2- En tiempo de Fernando el Católico el propio Sebastián Caboto, hijo de Juan Caboto, vivió en la Corte en España, tras la muerte de Enrique, «rey de la Bretaña la Mayor», a la espera de que se le proporcionasen embarcaciones para sus exploraciones con la intención de emprenderlas en marzo de 1516.
- 3- La reina doña Juana confirmó la autorización que su padre había concedido al catalán Juan de Agramonte⁴ para que «con dos navios tripulados por españoles, ecepto que dos pilotos que lleváredes sean bretones ó de otra nación, que allá hayan estado, fuese á su costa á la dicha tierra nova».
- 4- Por capitulación con Carlos. V, Lúcas Vásquez de Aillón, a 12 de Junio de 1523, sabemos que dos naves suyas salidas de la Isla Española «descubrieron nuevamente tierra de que hasta entonces no se tenia noticia, á la parte del norte», desde los 35 á los 37 grados norte-sur con esa isla. Vásquez de Aillón tenía conocimiento de las navegaciones a los Bacallaos, pues en ese documento consigue que se le concedan «dos pesquerías distintas é apartadas en la dicha tierra»⁵.
- 5- Si incluyésemos el sur de la costa atlántica de Norteamérica, habría que incluir nombres como Juan Ponce de León, Francisco Hernández de Córdoba, Francisco de Garay, Cristobal de Olid, Pedrarías Dávila, el licenciado Matienzo, el escribano Diego Caballero y Francisco Gordillo.

ESTEBAN GÓMEZ

Estas páginas pretenden rendir homenaje a la importante aportación hecha por algunos portugueses que adoptaron a España como patria de adopción, compendiando la vida de Esteban Gómez, navegante postergado en el recuerdo de la historia de Norte América. Para ello, se condensarán en estas pocas páginas –y sin ningún afán interpretativo, sino de compilación y divulgación– los datos recogidos por los dos autores que han dirigido su mirada a esta importante figura en la exploración de las costas comprendidas entre la Bahía de Chesapeake y la Terra Nova de los Bacallaos. José Toribio Medina publicó una corta edición de doscientos ejemplares, hoy difíciles de encontrar, titulada *El Portugués Esteban Gómez al servicio de España* (Santiago de Chile. Imprenta Elzeviriana, 1908). Complementario a este libro es el artículo de L. A. Vigneras *Él viaje de Esteban Gómez a Norte América*, publicado en *Revista de Indias* (Año XVII, Abril-Junio 1957, núm. 68). Ambos recogen todo lo que se sabe del Piloto portugués apoyando los datos que aportan con abundantes documentos sacados del Archivo General de Indias.

Hoy es posible, mediante la magia del mundo digital, acceder al AGI para comprobar y leer los manuscritos mencionados, e instamos al lector interesado a que así lo haga. Hemos comprobado de este modo los asertos documentados de ambos escritores y hallado puntos de partida para nuevas investigaciones sobre el tema. En la primera de las obras citadas, su autor nos proporciona y documenta los siguientes datos:

- Esteban Gómez era portugués, tal y como se confirma en tres documentos: el del nombramiento de Piloto por parte de Carlos I⁶; el del cronista Juan de Herrera⁷, en la Carta de Sebastián Álvarez al Rey D. Manuel, datada en Sevilla a 18 de Julio de 1519 y en la de Antonio de Brito al Rey D. Juan III, fechada el 6 de Mayo de 1523⁸.
- Al parecer, era natural de Oporto, ya que Juan de Barros se refiere a él como «Gómez de Oporto»⁹.
- Nació aproximadamente en 1484, como se deduce de su propia declaración en el pleito que tuvo contra los diputados y armadores de la expedición de Caboto, en Sevilla, en 10 de Noviembre de 1530, al expresar que tenía «cuarenta é seis años, poco más ómenos»¹⁰.
- Juan de Barros dice que puede que haya venido a Sevilla acompañando a Fernando de Magallanes desde Oporto,

donde ambos residían, el 20 de octubre de 1517. Otros portugueses que lo acompañaron fueron López de Carvalho, Juan Senano o Vasco Gallego¹¹.

- Fue nombrado Piloto el 10 de febrero de 1518, antes de que Magallanes fuese nombrado Capitán el 22 de marzo de 1518: «Sabed que mi merced y voluntad es de tomar y recibir por nuestro piloto á Esteban Gómez, portugués, y que haya y tenga de Nos de salario, en cada un año, con el dicho oficio en esa Casa treinta mill maravedís»¹².
- Antonio Pigafetta, que narró y sobrevivió, como se sabe, a la expedición de Fernando de Magallanes concluida por Juan Sebastián del Cano, sostiene «que Gómez había propuesto á Carlos V ántes de que Magallanes “le comprase algunos barcos para ir en busca de nuevas tierras” que su petición fué desoída y preferida la de aquél, y que de aquí provino el que le cobrase odio y más tarde se desertase con la San Antonio»¹³. «Esteban Gómez, que odiaba á Magallanes por la sola razón de que cuando vino á España á hacer al Emperador la propuesta de ir á las Molucas por el oeste, Gómez había solicitado y estaba a punto de obtener algunas carabelas para una expedición cuyo mando se le había de confiar»¹⁴.
- Fernando de Magallanes tropezó en Sevilla con diversos contratiempos. La calidad de las naves dejaba mucho que desear y hubo de dedicar mucho tiempo a ponerlas en condiciones. Su compañero Ruy Falero, que había proyectado con él la aventura transoceánica, fue relevado por un aristócrata español, Juan de Cartagena, como «alter ego» de Magallanes, con el que se inició una funesta rivalidad. Al parecer, Ruy Faleiro se volvió loco, o su creencia en la astrología le hizo creer que tendría un final funesto si iba en la expedición. También es posible que, además de esto, al emperador Carlos V le interesara una presencia española que compartiese o fiscalizase el mando de la expedición.
- Se quejó Magallanes de que algunos pilotos de la expedición que preparaba «se excusaban de ir en ella, poniendo a ello algunas cosas e impedimentos»¹⁵. Probablemente, entre ellos se hallase Esteban Gómez. El rey ordenó por carta a los Oficiales Reales que instasen a proceder con el viaje proyectado y persuadieran a los pilotos. El 19 de Abril de 1519, cuatro días después de presentada

la queja de Magallanes contra ellos, Esteban Gómez era nombrado Piloto Mayor de la armada¹⁶. Se hicieron otras concesiones: «En el mismo día en que le nombraba piloto mayor de la armada de Magallanes, libraba una Real Cédula para que todos los tripulantes de ella en general, tuviesen sus casas exentas de huéspedes y “que no sean sacadas dellas ropa, ni paja, ni cebada, ni leña, ni otra cosa alguna por vía de aposento”, aún tratándose de las personas reales¹⁷; su sueldo le fué pagado con puntualidad, y por especial concesión se le aumentó en 30 mil maravedís más, y se le dió un año de sueldo adelantado, y como ayuda de costa, se le libraron veinte ducados de oro»¹⁸. Por Real Cedula de 5 de Mayo de 1519 se ofreció conceder á los maestros y pilotos privilegios de caballerías, una vez acabado el viaje.

DESERCIÓN DE ESTEBAN GÓMEZ

Llegados el 31 de marzo de 1520 al puerto de San Julián, donde permanecieron casi seis meses, se declaró una abierta sublevación contra la autoridad de Fernando de Magallanes encabezada por los capitanes Juan de Cartagena, Gaspar de Quesada –que se había apoderado de la «San Antonio»– y Luis de Mendoza. Magallanes hizo justicia despiadada en ellos, pues ordenó la muerte de Luis de Quesada por el alguacil Espinosa a bordo de la «Victoria» y el posterior descuartizamiento de su cuerpo. El incidente y el abandono a una suerte infausta en una tierra cubierta de hielos y con escasos víveres llevaron a Juan de Cartagena –enviado como *alter ego* de Magallanes por el emperador para fiscalizar sus decisiones y al que había destituido de sus cargos y puesto en prisiones en la travesía del Atlántico, acompañado de un clérigo que lo apoyaba– hicieron que la armada partiera de aquel puerto el 24 de Agosto de 1520, en pleno invierno austral. En la consiguiente reorganización de los mandos, Magallanes nombra Capitán de la San Antonio a su sobrino don Álvaro de Mezquita, y a Esteban Gómez su Piloto, sintiéndose este postergado, ya que había ido al viaje como Piloto Mayor. Cuando Magallanes consulta a sus capitanes, con la satisfacción de haber hallado el ansiado paso, sobre si deben o no continuar su viaje hacia las Islas de las Especias, Esteban Gómez es el único que se le opone públicamente, alegando que no tienen suficientes mantenimientos y que deben regresar para informar del descubrimiento del paso del estrecho. No debía de andar errado Magallanes al preferir a Álvaro de Mez-

quita, pues su sobrino le fue leal y estaba dispuesto a continuar el viaje como ordenaba Magallanes. Incluso recibió en una pierna una herida de espada esgrimida por Esteban Gómez, que a su vez fue herido en una mano cuando éste se alzó con la nave San Antonio el 8 de noviembre de 1520 para volver a España con sesenta hombres, desobedeciendo las órdenes de Hernando de Magallanes quien, acercándose el verano austral, se aprestaba a cruzar el Mar del Sur. La San Antonio volvió así con limitados víveres por las costas de Guinea y, ya en Sevilla, son encarcelados el capitán Álvaro de Mezquita, el Piloto Esteban Gómez, el tesorero y escribano Jerónimo Guerra, Angulo, Chinchilla y seis hombres más hasta que se aclarasen los hechos en la Casa de la Contratación. Al volver la nave Victoria el 8 de septiembre 1522, llegada que presencié Esteban Gómez, y tras oír las declaraciones de los dieciocho tripulantes, se da curso a la causa por los tribunales, devolviéndosele a Esteban Gómez su salario y su libertad, pasando sus bienes, que se hallaban depositados en casa de Barbossa, a la Casa de la Contratación hasta que se emita sentencia. Es entonces cuando los proyectos de Carlos V de explorar por el Norte en busca de un paso al Catayo toman precedencia. Se le invita a unirse a Sebastián Gaboto, Nuño García y Diego Ribero, como experto navegante, a participar en la Junta de Badajoz, para delimitar la línea divisoria de las tierras asignadas a Portugal y a España por las bulas *Inter caetera* y a revisar o confirmar lo acordado en el Tratado de Tordesillas ante las últimas aportaciones geográficas. No obstante, la solicitud es revocada y en su lugar se nombra a fray Tomás Duran¹⁹. La razón nos la explica López de Gomara:

«Acabada la junta de Badajoz y declarada la raya de la partición, hizo el Emperador dos armadas para enviar á las Molucas, una en pos de otra; envió asimismo á Esteban Gómez con un navio á buscar otro estrecho por la costa de Bacallaos y del Labrador, que aquel piloto prometía, para ir por allí mas brevemente á traer especias de las Molucas...»²⁰.

CAPITULACIÓN

Su capitulación para la jornada al Catayo Oriental estipula, resumidamente, que²¹:

- No llegase a los límites asignados a la Corona de Portugal ni tocase en cosa alguna de las que le pertenecían.
- Licencia para que personas extrañas pudieran armar y fornecer en las cuatro primeras flotas que llevase Esteban

Gómez al Catay Oriental, hasta concurrencia de lo que se dejase de contribuir por el Rey, con relevación de derechos, salvo la veintena correspondiente a la redención de cautivos y con facultad de contribuir en las armadas posteriores.

- Recordemos el fracaso económico de la expedición en palabras de López de Gómara: «aún algunos que favorecieron á Esteban Gómez quedaron corridos» (del resultado de su viaje). Contribuyeron nada menos que con 750 ducados, justamente la mitad.
- A los marineros, autorizándoles para rescatar hasta por 200 ducados de oro a cada uno y en proporción correlativa a los pajes y grumetes, sin pagar derechos de ninguna especie.
- En caso de efectuarse alguna presa o cabalgada, sacado el quinto de derechos reales, debían hacerse tres partes de lo demás: una para Gómez y sus compañeros de a bordo y, de las restantes, una para el Emperador y otra para los armadores.
- Carlos V dio a Gómez el título de Capitán de la carabela.
- Para aprestar la carabela, se extendieron las dos Reales Cédulas que siguen, dirigida una al «corregidor de las tres villas de la costa de la mar» y la otra a los Concejos de Vizcaya.

A-«Sabed que Nos habemos mandado á Esteban Gómez, nuestro piloto, que haga una carabela de porte de hasta cincuenta toneles para ir á cierto descubrimiento que él por nuestro mandado ha de hacer, la cual conviene á nuestro servicio que se haga y parta con toda brevedad; por ende, Yo vos mando á todos y á cada uno de vos en vues tros lugares é jurediciones que déis é hagáis dar al dicho Esteban Gómez toda la madera, clavazón é jarcias é todas las otras cosas que hobiere menester para hacer y enjarciar la dicha carabela, pagando por ello lo que justamente valiere, é asimismo le hagáis dar todos los maestros carpinteros, calafates é todo lo demás que hobiere menester para hacer la dicha carabela, pagándoles por ello su justo é debido salario, é en todo lo demás é que el dicho Esteban Gómez hobiere menester, le ayudéis é favorezcáis como en cosa de nuestro servicio. Dada en Valladolid á catorce dias del mes de Abril de mill é quinientos y veinte y tres años. -Yo el Rey⁻²².

B-En los mismos términos envia una carta dirigida a «Concejos, justicias, regidores, caballeros é hijosdalgo de todas

las ciudades, villas é lugares del nuestro noble y leal condado y señorío de Vizcaya, encartación é tierra llana, é á cada uno de vos en vuestros lugares é jurediciones á quien esta mi carta fuere mostrada».

- Herrera, hablando de la llegada a San Lúcar de Barrameda de cinco naves de Indias el 5 de Mayo de 1524, dice que «doce mil ducados do oro que llevaron se mandaron entregar á Cristóbal de Haro, factor da de la Casa de la Contratación de la Coruña, para pagar la gente de la “Victoria”, para acabar de aderezar la armada que se preparaba para la Especería y la carabela que había de llevar el piloto Esteban Gómez á buscar por el norte estrecho para pasar á las Molucas y al Catayo».
- Preocupado con todo esto, el rey don Juan III de Portugal escribía el 3 de marzo de 1523 una carta á Luis Silveira, su embajador ante la Corte de España, para que persuadiese a Esteban Gómez a volver a su servicio.

EL VIAJE

Estaba en camino en 8 de Agosto de 1524, tal y como señala Pedro Mártir de Anglería, en carta que escribía al Arzobispo de Cosenza: «*Salió de la Coruña para buscar un pasaje entre Tierra Florida y Bacallaos*»²³. La traducción de este pasaje del original latino es deficiente, pues no se ha considerado la palabra *vium*, que es de importancia en este caso: *Missimus artis maritimae peritum vium quendam nomine Stephanus Gomez....*».

- Se realizó en la carabela nombrada la Nunciada²⁴.
- Fernández de Oviedo corrobora el año: «llegó aquí [Toledo] Esteban Gómez, el cual en el año pasado de 1524, por mandado de V. M. fué á la parte del norte»²⁵.
- Gómez acababa de partir –asegura J.T. Medina– de la Coruña el 8 de Agosto de 1524. Y así sucedió, pero, como veremos más adelante, L. A. Vigneras es más exacto con las fechas, los puertos de partida y el recorrido de la nave por las costas españolas.
- «Gómez salió de la Coruña el 3 de Agosto de 1524, de tal modo que Mártir de Angleria podía expresar con perfecta exactitud en 8 del mismo mes que Gómez acababa de hacerse á la vela: “*missimus ...vium*”».
- Una breve relación del viaje de Esteban Gómez se halla inserta en el *Islario general*, inédito de Andrés García de

Céspedes, que usurpó la obra de Alonso de Santa Cruz. Mapas orientadores ilustran el texto.

- «Esteban Gómez trae una nave cargada de clavo y piedras preciosas. Con esto creyó obtener él buenas estrenas: los que habían favorecido la empresa, saltando de gozo al ver la tontería de este hombre, alborotaron hasta la corte con gran estrépito; mutilada la palabra por la figura eféresis, en vez de esclavos entendieron que lo traído era clavo. Mas después que la corte advirtió que la fábula se había descompuesto de clavo en esclavos, excitó la risa, con sonrojo de los favorecedores que tan alegres se habían puesto»²⁶.
- En su *Historia general*, el mismo cronista –Oviedo–, extiende el límite de los descubrimientos de Gómez desde el grado 41 hasta el 42 y 30 minutos: «Digo que esta tierra de que aquí se trata, desde cuarenta é un grados hasta cuarenta é dos y medio, descubrió el piloto Esteban Gómez»²⁷.
- Herrera, que establece a favor de Caboto, Verrazano «y otros» la misma reserva de López de Gómara, consigna algunos detalles que son de interés: «Partió, pues, Esteban Gómez, dice, con determinación de subir mucho al norte, y corrió por toda aquella costa hasta la Florida, gran trecho de tierra, lo que hasta entonces por otros navios lusitanos no estaba navegado... Desde la Florida atravesó [á] la Isla de Cuba y fué á dar al Puerto de Santiago, á donde se refrescó y le regaló Andrés de Duero, por lo cual el Rey le mostró agradecimiento».
- Según Oviedo, «Gómez desde la Coruña enderezó su rumbo hacia el norte, fué á abordar en los 42 grados 30 minutos y siguió costeano hacia el sur, para llegar hasta la Florida, y pasar de allí á Cuba»²⁸.
- Según Alonso de Santa Cruz consideró inútil buscar el paso a las Molucas más al norte del río de los Gamos «por el impedimento que había de frialdad en las partes vecinas»²⁹.
- Descontando de la primera hipótesis las islas de las Once mil Vírgenes, que Oviedo sitúa en los 49 grados de latitud y que en el mapa de Maggiolo de 1527 figuran muy inmediatas a la costa sudeste de Newfoundland, ciñámonos al dato positivo y expreso apuntado por Esteban Gómez respecto a la isla de San Juan, por la que el

cosmógrafo sevillano recuerda su paso. Después de esta aseveración, no puede, pues, caber duda alguna de que el Piloto de la «Nunciada» alcanzó hasta esa latitud, esto es, hasta la entrada del golfo de San Lorenzo.

- En todo caso, ateniéndonos a lo que resulta del mapa que acompaña al *Islario*, debemos todavía asignar a Gómez como límite de sus descubrimientos desde los 38 hasta los 45 grados de latitud norte, lo que equivale a decir que fue él quien exploró por primera vez, más o menos desde el Chesapeake hasta algún punto de NovaScotia³⁰.
- En cuanto al itinerario que siguiera en su viaje, todo induce a creer que desde que salió de la Coruña puso proa al norte, yendo a tocar también al norte de la entrada del golfo de San Lorenzo, en algún punto de Newfoundland, que de ahí volvió al sur, reconociendo de paso la llamada isla de San Juan, sin duda la Cape Bretón, y que siguiendo la misma dirección, fue a detenerse al Río de los Gamos, que sería el Penobscot River; que después de desengañarse de que por allí no había paso de mar, capturó los indios que llevó a España y, continuando hasta la Florida, fue a tomar refresco en el puerto de Santiago, de donde prosiguió su viaje, para llegar a la Coruña a fines de Mayo o en los primeros días de Junio de 1525, esto es, a los diez meses de su partida³¹.
- Manifestó Carlos V sus deseos de que acompañase a Simón de Alcazaba en la Consta que se hallaba en Toledo en abril de 1526.
- Carlos V le nombró para que en unión de Juan de Villanueva se hiciese cargo de recibir en la Coruña las mercaderías y provisiones que se iban enviando a aquel puerto. Gómez hubo de trasladarse allí, donde por encargo del Consejo de Indias recibió en diciembre de 1527 a un «caballero» llamado Tagmont, interesado en conocer asuntos relativos a la navegación a la India por el Cabo de Buena Esperanza, lo cual confirma sus viajes previos a Oriente.
- El emperador compensa sus trabajos: «Yo vos mando que de cualesquier maravedís que sean á vuestro cargo, asi de las cosas que quedaron en esa Casa de la armada de la Especería, como de otras cualesquier, deis é paguéis al capitán Esteban Gómez, nuestro piloto, ó á

quien su poder hobiere, quince mil maravedís, de que yo le hago merced de ayuda de costa por el tiempo que ha servido y trabajado en el despacho de la dicha armada, desde que comenzó á servir y trabajar en ella hasta que por el Obispo de Cibdad Rodrigo fue entregado al Arzobispo de Bari».

- Esteban Gómez era vecino de la Coruña desde que Carlos V le confió la expedición de la «Nunciada» y la conservaba aún en Noviembre de 1530, pero ya un año antes de que el monarca le concediese la gratificación de los quince mil maravedís, le hallamos en Sevilla³².
- Puede que Esteban Gómez hiciese cierto viaje al río Marañón, porque en una Real Cédula inédita que lleva fecha 4 de Abril de 1533, dirigida al corregidor de la Coruña, se habla «de los indios que Esteban Gómez trajo en su carabela del Rio Marañón»³³.
- Poco después encontramos a Esteban Gómez en Sevilla proyectando la construcción de un varadero para que se pueda «calafetear, varar é reparar é conservar é dar carena á los navios que van y vienen do las Indias, con menos costas y más provecho. [...] Era notorio, á causa de las mareas é por la manera que viene el agua de Guadalquivir no se pueden calafetear é dar carena é varar, aderezar é reparar los navios que vienen á esa cibdad, é así, para esto los vuelven más de tres leguas el río abajo á los reparar, lo cual no se puede bien hacer, por estar, como están, los maestros de los tales navios en esa cibdad ausentes della é no buena disposición donde agora se hace é mucha más costa é quedar mal fecha, y por no estar bien reparados los tales navios corren mucho peligro é riesgo, especialmente en la navegación de las Indias, que es largo camino, é hacen agua y se pierden muchas mercaderías é se siguen otros mayores inconvenientes; para el remedio de lo cual se ofrece de dar orden como se pueda hacer un artificio cerca desa dicha cibdad en el dicho río é ribera de Guadalquivir para que allí se puedan calafetear, varar, reparar e adobar, ensebar y dar carena á los navios é aderezallos con menos costa y más provecho y en presencia de sus dueños y maestros, de manera que los tales navios puedan ir bien reparados é seguros su viaje, que no peligren por falta del reparo é aderezo, lo cual él quiere hacer á su costa, guardándose

con él ciertos capítulos que con la presente se os envían señalados de Joán de Samano. Fecho en Madrid á 1° de Julio de 1533»³⁴.

- Hizo poco después a Carlos V un informe de sus servicios, recordando que había ido en la expedición de Magallanes como piloto mayor; sus trabajos para preparar la Anunciada, su viaje y sus servicios en otras armadas a Tierra Firme, consiguiendo la merced de un escudo de armas, otorgado por Real Cédula de 21 de Mayo de 1534³⁵.
- Para la jornada que al Río de la Plata preparaba en Sevilla el adelantado don Pedro de Mendoza necesitaba pilotos que dirigiesen sus naves y «pidió á Esteban Gómez que lo acompañase, y solicitó, á la vez, del Rey, que á ese intento le conservase el sueldo que le estaba asignado en la Casa de la Contratación. Carlos V accedió. Madrid á nueve días del mes de Enero de mill é quinientos é treinta cinco años»³⁶. Se embarcó una vez en el río de la Plata³⁷ en uno de los dos bergantines que Mendoza envió desde Buenos Aires el 15 de Enero de 1537 en busca de Juan de Ayolas, que había partido aguas arriba del Paraná. Al parecer Esteban Gómez acompañó á Ayolas y pereció con él.

Louis André Vigneras³⁸ se ocupa de muchos documentos del Archivo General de Indias de Sevilla pasados por alto en el libro de J.T. Medina, convirtiendo así su trabajo en una obra aclaratoria, complementaria e imprescindible para configurar la semblanza y derroteros de Esteban Gómez. Da a conocer datos sobre la carabela «Nunciada», en la que navegó a Norte América, su tripulación y los indios que trajo a España a su vuelta. Asimismo, aporta datos sobre la realización del mapa de Castiglione y sobre la muerte de Esteban Gómez. Paso a compendiar su artículo recogiendo de él los siguientes datos:

- Por carta patente del 27 de marzo de 1523 acuerda la Corona la partida de Esteban Gómez en busca de una ruta a la China y a las Islas de las Especies entre Florida y Terranova, la construcción con este fin de una carabela de 50 toneles que tendrá un coste de 1.500 ducados, a ser pagados a medias por la Corona y algunos inversionistas privados. La Corona adelanta 200 a Esteban

Gómez para que participe como armador de los gastos y beneficios de la Corona³⁹. La Nunciada se construye en Bilbao, donde Esteban Gómez, desde 1521, se encargaba de la construcción de barcos para la Casa de la Especería, siguiendo los modelos portugueses. En 1523 construye los barcos de la expedición de Loaysa y su propia carabela⁴⁰.

- Respaldado ante las autoridades de Vizcaya por Cartas Reales el 14 de abril de 1523⁴¹, poco después, el 1 de mayo, se colocaba la quilla. En el Descargo del alcance de Francisco de Burgos⁴², constan con precisión los gastos realizados en materiales, equipo y jornales. Nuestra Señora la Anunciada costó unos 1.900 ducados en vez de 1.500 y su tamaño fue mucho mayor, 75 toneles en vez de 50. Cristóbal de Haro y Juan de Samano aparecen como inversores de la empresa en carta escrita por el primero⁴³. El portugués Antonio Galvao menciona a Haro, el doctor Beltrán y el conde de Andrade⁴⁴.
- Acude Esteban Gómez a Vitoria y a Badajoz a las consultas con Portugal sobre la línea de demarcación en 1524. Vuelve el 5 de julio a Bilbao⁴⁵, donde equipa con armas, instrumentos y mercancías la nave⁴⁶. La carabela fue asegurada anualmente al 4 por 100 hasta 1531, fecha en que se vendió⁴⁷.
- La «Anunciada» sale de Bilbao hacia la Coruña el 4 de agosto de 1524, hace paradas en Laredo y Vivero, con una tripulación de 23 personas además del Capitán/Piloto Esteban Gómez⁴⁸. Cargan provisiones y completan la tripulación⁴⁹ el 1 de septiembre el tesorero de la casa de la especería de la Coruña, Bernardino Meléndez, Esteban Gómez y el contador Pedro de Luna. En la lista de los 29 tripulantes constan sus funciones y sueldos⁵⁰. Entre ellos, Vigneras singulariza a Alfonso de San Juan, Hernando de San Pedro, Batista Genovés, Damián Malaqués, Tristán de Trueba y Pedro de Luna, contador y segundo de a bordo y descendiente de Don Alvaro de Luna⁵¹.
- Levan anclas en La Coruña el 24 de septiembre de 1524. Antonio de Herrera⁵² y otros historiadores afirman que el viaje se hizo de norte a sur, atravesando desde la Florida el puerto de Santiago de Cuba y yendo desde allí a la Coruña.

- Afirma Vigneras que Herrera pudo malinterpretar los documentos, pues escribía setenta años después de los hechos. Aduce que su llegada a Santiago precedió a su viaje hacia el norte, ya que en una carta del Emperador a Gonzalo de Guzmán y a Pedro Martínez de Guzmán dice de Esteban Gómez «que arribó al puerto de Camanye de esa dicha isla, el cual es venido del viaje que iba a hacer...»⁵³. Añade, además, que Gonzalo Fernández de Oviedo afirma que los indios que secuestró procedían de la costa Norte, ya que Esteban Gómez estuvo en los 42 grados⁵⁴. La cédula en que se concede un escudo de armas al Piloto de Oporto⁵⁵ afirma que el galeón «se armó para descubrir toda la costa desde la Florida hasta los Bacallaos» y concluye citando al portugués Antonio Galvao de Oporto como Esteban Gómez, que lo hace ir de Galicia a Cuba y de allí a la Florida hasta llegar a Cabo Raso a 44 grados de altura, desde donde realizan el tornaviaje a la Coruña⁵⁶.
- Se ocupa Vigneras de informar sobre la ayuda prestada por Ruy Basante, corregidor de la Coruña, proporcionando fruta y carne a la tripulación e indios llegados en la Anunciada el 21 de agosto de 1525⁵⁷. Calcula que fueron un total de 58. Siete acompañaron a Esteban Gómez y a Pedro de Luna a Toledo y 38 fueron distribuidos entre la tripulación y gente de la Coruña y Betanzos. Trece de ellos murieron en septiembre de enfermedades. Fueron bautizados y puestos en libertad, pero encomendados a sus guardianes para su adaptación. Estos datos proceden de una carta de Carlos V que contiene una lista de 38 indios, con fecha de 30 de mayo de 1533, refiriéndose a ellos como «los cuales el capitán Esteban Gómez trajo en su carabela desde el río Marañón».
- Según Vigneras, lo del río Marañón es un error del copista ya que los mismos nombres aparecen en las cuentas de Bernaldino Menéndez y no hay prueba de que Gómez «hubiese ido alguna vez al río Marañón»⁵⁸.

Este último aserto hemos de contrastarlo con dos firmas que se hallan en sendos documentos hechos en Brasil referentes a la expedición de Loaysa. La «Anunciada» –aunque por el número de toneles puede tratarse de otro navío– y la «San Gabriel» son los barcos que se apartaron de la expedición para volver a Espa-

ña. Esteban Gómez es uno de los firmantes. Recordemos que los compañeros de Pinzón bautizaron la desembocadura del río que tras Orellana empezaría a llamarse Amazonas y antes se llamara de la Mar Dulce, Río Grande o de Orellana como río Marañón y que posteriormente un río cercano al Amazonas y cercano a Pernambuco se llama así.

1- *Declaraciones que algunos marineros de la nao San Gabriel dieron en Pernambuco el 2 de Noviembre de 1528 sobre los sucesos desgraciados que experimentaron después de su separación de la armada de Loaisa en la entrada del estrecho de Magallanes*⁵⁹.

«Y este testimonio, y lo que todos é cada uno por sí dijo por el dicho juramento, y asi firmaron todos aqui. Fecho en Pernambuco, tierra del Brasil, en el dicho dia é mes atras escrito, por mi Juan Vaz Mergullon, Escribano del armada é factoría = El capitan mayor Antonio Ribeiro lo firmó de su nombre = Jorge de Catan = Machin Vizcaíno = Bartholomé Vizcaino = Gerónimo Ginoves = Alfonso de Nápoles = Pascual de Negro = Lo firmaron de sus nombres = Esteban Gomez»⁶⁰.

2- *Las cosas que yo Francisco Guardé he visto tocantes al navio de Don Rodrigo de Acuña.*

«En doce dias del mes de Noviembre de la dicha Era de mil é quinientos é veinte é ocho años, mandó el dicho capitan mayor Antonio Ribeiro á mi el Escribano, que diese juramen to á Francisco Breton... E por asi pasar, hice este asiento en quel dicho capitan mayor asignó en el dicho dia y mes y era atrás escrito por mi Juan Vazquez Marguillon, Escribano notario = Ribeiro = Esteban Gomez»⁶¹.

Las cartas de Carlos V pidiendo informes sobre los indios traídos por Esteban Gómez datan de 1533, esto es, de ocho años después de su venida. Si se tratase de indios traídos en 1528 se remontan a tres años menos. Diogo Ribeiro, cartógrafo portugués que trabajó en el Padrón Real de 1527, es autor de seis planisferios magistrales que recogen la exploración de Estevan Gómez. Son estos:

1- Castiglione, 1525. Regalo de Carlos V a Baltasar de Castiglione, embajador del papa Clemente VII en España.

2- Salviati, 1526.

- 3- Gran Biblioteca Ducal en Weimar, 1527, *Mundus Novus*.
- 4- Weimar, 1529.
- 5- Biblioteca Apostólica Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1529, *Carta Universal*.
- 6- Wolfenbutel, 1530.

Ribeiro era el cartógrafo oficial de la Casa de la Contratación de Sevilla, pero vivió y trabajó en la Coruña desde 1524 hasta 1528. Acogió en su casa a un indio llamado Diego, intérprete de Esteban Gómez; tuvo información de Esteban Gómez, pues dicho indio se encargaba de comprarle vestimentas con subvenciones al efecto y, como presencié la llegada a la Coruña de la Anunciada, pudo hablar con tripulantes y otros indios transterrados. Vigneras da razones que llevan a concluir que el mapa de Castiglione se hizo entre el 21 de Agosto de 1525, fecha de llegada de la Anunciada de Esteban Gómez a la Coruña y el 31 de diciembre. Refuta las teorías de A. Magnaghi, Roberto Levillier y Giuseppe Caracci, que defienden una fecha más tardía. Aporta, por último, datos hasta entonces menos conocidos sobre la vida de Esteban Gómez a partir del año 1530, así como de su muerte. Así, sabemos que Esteban Gómez propuso en 1533 la construcción de un dique seco para calafatear y reparar barcos en la confluencia del Tagarete y el Guadalquivir, ya que los barcos de gran calado habían de repararse a gran distancia de Sevilla sin la supervisión de capitanes y pilotos⁶², que le es concedido un escudo de armas el 25 de marzo de 1534 como recompensa por sus servicios⁶³ y que Pedro de Mendoza lo nombra en enero de 1535 Piloto Mayor de su armada, zarpando el 24 de agosto de Sanlúcar para llegar en enero de 1536 por segunda vez al Río de la Plata⁶⁴. Parte en octubre de 1536 por el río con Juan de Ayolas buscando la Sierra de Plata hacia el Paraguay, hasta llegar en febrero a un lugar al que llaman Candelaria, donde Martín de Irala queda con 40 hombres y los botes. Con 130 hombres cruza el Chaco para marcarles el derrotero con sus instrumentos náuticos. Se ven envueltos en guerras tribales y, ante la escasez de víveres, buscan refuerzos en Candelaria, pero la hallan desierta. La hospitalidad de los indígenas los engaña y caen en una trampa en la que todos mueren. Era la primavera del 1538 y Esteban Gómez tendría unos 54 años.

El minucioso artículo de L.A. Vigneras desvela datos ocultos hasta entonces para los no entendidos en paleografía en los numerosos manuscritos citados, de los que se pasa a hacer un resumen para contribuir a su divulgación:

- La relación de Alonso de Santa Cruz en su *Islario general*, cuyo manuscrito se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, puede leerse hoy en forma digitalizada. En ella leemos que «Descubrió por esta costa: gran número de islas juntas al continente; principalmente un río muy ancho y cáudaloso que él le puso nombre de los Gamos, por los muchos que allí había, sembrado todo de islas, en las cuales en el verano venían los indios de la tierra firme a habitar en ellas por razón de las muchas pesquerías que junto á ellas había de salmones y sábalos y bogas y otros muchos géneros de pescados que en estas partes hay. El cual río él navegó por mucho espacio, creyendo fuese el Estrecho que él deseaba hallar, pero á la fin halló esto ser un famoso río de gran concurso de aguas, de donde él arguyó el gran trecho y espacio del continente que allí hay, y puesto que él creyese la muy firme opinión que hay de la canal y paso que arriba dijimos entre el continente de los Bacallaos y la tierra llamada del Labrador, él tuvo por cierto que no había necesidad de experiencia, por no ser posible pasar por ella, según el impedimento que había de frialdad en las partes vecinas, la cual opinión y disculpa de no haber intentado á pasar por él, quedó tan asentado por buena excusa que nunca se ha más intentado á proceder en este caso, siendo cosa que tanto importaba al bien é servicio de V. M., porque se pretendía por allí el gobierno y trato de las islas de los Malucos, con otras muchas que por allí hay del dominio y derecho de su Corona Real, y aqui se pudiese pasar, pues, por comparación de lo que hay, se sabe que se navega á la redonda Escandia; era posible, queda un grande escrúpulo, que sería extremadamente dificultoso para los habitadores á temperamento tan contrario, ó distante de tan gran extremo como España de la parte tan septentrional como ésta⁶⁵. [...] Volviéndo á las islas del Rio de los Gamos y de las adyacentes al continente vecinas, son las más, como dicho tengo, pobladas, y principalmente de verano, de indios como los de Santo Domingo: ellas y ellos tienen sus arcos y flechas y lanzas tostadas con que pelean. Es la tierra muy templada y de mucha arboleda que en estas partes hay, como encinas y robles y olivas. Halláronse muchas parras silvestres con uvas y muchas plantas é yerbas como las de España, y mucha margarita,

que pensaron ser oro. Trujeron en el galeón muchos indios de la tierra á España, los cuales pusieron en su libertad».

- Si nos atenemos a las latitudes el Rio de los Gamos es el Penobscot, en Maine, pero si nos atenemos a la descripción y a los mapas del propio Alonso de Santa Cruz al que conoció Esteban Gómez y a los seis mapas de Diego Ribeiro, que trató a Esteban Gómez en Sevilla y en la Coruña y aposentó, alimentó y vistió a uno de los indios, Diego, al que probablemente apadrinó, pues lleva el mismo nombre que el cartógrafo, y que hacía de «lengua», es probable que esta sea la primera descripción del río Hudson.
- La digitalización de archivos antes difícilmente accesibles, tales como el Archivo General de Indias, nos permitirá comprobar o refutar estos datos, y añadir otros en la comodidad de nuestras casas, a lo que insto.

¹ *Historia de las Indias*, López de Gómara, p. 177. (Ed. Ribadeneira) 64, J.T. Medina).

² 63 y siguientes. J.T. Medina.

³ Capitulación confirmada por una Real Cédula de 8 de Junio de 1501.

⁴ Publicada parcialmente en las pp. 201-208 del tomo XXXIX de la Colección de Torres de Mendoza.

⁵ Todo esto sacado de J.T. Medina.

⁶ Ídem, 7.

⁷ *Historia General*, década II, pág. 70, col. 2.

⁸ J.T. Medina, 7.

⁹ Ídem. *El portugués Esteban Gómez al servicio de España*. Imprenta Elzeviriana. Santiago de Chile, 1908.

¹⁰ Doc.VI. 8, J.T. Medina.

¹¹ J.T. Medina, 9.

¹² Orden de Carlos V dada el 10 de febrero de 1518. Su nombramiento se llevó a cabo el 20 abril de 1518. J.T. Medina, 12.

¹³ J.T. Medina, 12.

¹⁴ J.T. Medina, *Colección de documentos*, II, p. 435.

¹⁵ Real cédula de 15 de Abril de 1519.

¹⁶ Real cédula de 15 de Abril de 1519. J.T. Medina, *Magallanes*, documentos, pp. 41-42.

¹⁷ J.T. Medina, 14.

¹⁸ Real Cédula fechada en Barcelona a 18 de Junio de 1519. Véase el Documento número 1. Mejoras parecidas se hicieron a Juan Rodríguez Mafra, Andrés de San Martín y a los mismos Magallanes y Falero.

¹⁹ Burgos, 20 de Marzo de 1524.

²⁰ López de Gómara. *Historia de las Indias*, pág. 178 (Ed. de Ribadeneira). J.T. Medina, p. 221.

²¹ 18. Archivo de Indias, 139 1-6, libro IX, fol- 120 vto.

²² Archivo de Indias, 139 1-6, libro IX, fol- 120 vto.

²³ I. Tomo I, p. 83, (Trad de Torres Asensio). Carta DCCC.

²⁴ Archivo General de Indias, I-I-I.

²⁵ J.T. Medina, 87.

²⁶ Tomo IV, pp. 449-450 de la citada traducción Fernández de Oviedo.

²⁷ Tomo II, p. 147.

²⁸ J.T. Medina, 99.

²⁹ *Islario General*. Alonso de Santa Cruz.

³⁰ J.T. Medina, 29.

³¹ Oviedo lo sitúa en 43 grados, 30 minutos. Tomo II, p. 148.

³² 119, J.T. Medina.

³³ Así resulta de la Real Cédula de 21 de Mayo de 1534, que inserta J.T. Medina bajo el núm. VIII de los documentos: «asimismo, nos habéis servido en otras armadas que se han hecho para ir á Tierra Firme».

³⁴ Archivo de Indias, estante 144, cajón 1, legajo 11.

³⁵ J.T. Medina. VIII de los Documentos.

³⁶ Archivo de Indias, 122-3-1.

³⁷ Archivo de Indias, 122-3-1. 126 J.T. Medina.

³⁸ Vignerías, L.A.. «El viaje de Esteban Gómez a Norteamérica». En *Revista de Indias*, XVII Abril-Junio 1957. Núm. 68.

³⁹ AGI. Indiferente General 420, fol. 109-110.

⁴⁰ AGI. Contaduría 426.

⁴¹ AGI. Indiferente General 420, fol 120-121.

⁴² AGI., Contaduría 2, núm. 2 fol. 7-10.

⁴³ Archivo de Simancas. Estado, 5, fol. 184.

⁴⁴ *Tratado dos descubrimientos*. Porto, 1944, págs. 217-218.

⁴⁵ AGI., Contaduría, 2, núm. 4.

⁴⁶ Cosas detalladas con precisión en «Cargo de Esteban Gómez», 3 de agosto de 1524. AGI., Contaduría 426, fol. 98-99.

- ⁴⁷AGI., Contaduría 2, núm. 4.
- ⁴⁸AGI., Contaduría, 2, núm, 2, fol. 7-10.
- ⁴⁹Se detalla en «Cuentas de Francisco de Mexía». AGI., Contaduría, 425, núm, 2.
- ⁵⁰AGI., Patronato Real 37, R. 38.
- ⁵¹Vigneras p. 5 y 6.
- ⁵²*Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid, 1947. VII, 308.
- ⁵³AGI., Indiferente General 420, II, 200-201.
- ⁵⁴*Historia General de las Indias* (Ed. Amador de los Ríos), III, 541.
- ⁵⁵AGI., Indiferente General 422, libro 16, fol. 108-110.
- ⁵⁶*Tratado dos decobrimentos*. Porto, 1944, págs. 217-218.
- ⁵⁷AGI., Contaduría 427, núm. 2.
- ⁵⁸Vigneras, pág. 11. Separata *Revista de Indias* 1957, núm. 68.
- ⁵⁹Archivo de Indias en Sevilla, Leg. 10 de Autos de Fiscales.
- ⁶⁰*Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. Vol V. Pág. 321. Martín Fernández de Navarrete. Imprenta Nacional, Madrid 1837.
- ⁶¹Ibidem. Pág. 323.
- ⁶²AGI Indiferente General 1961, libro 3, 55-56.
- ⁶³AGI, Indiferente general 422. libro 16. fol. 108-110.
- ⁶⁴AGI., Buenos Aires. I. Lib. I. Fol. 57.
- ⁶⁵102 J.T. Medina.

EL TESTAMENTO DE ADÁN

Una panorámica sobre la política de Indias de Francisco I

Cuando el emperador Carlos envió a su embajador ante el rey de Francia para pedirle explicaciones sobre sus expediciones a Terranova, advirtiéndole cómo con ello estaba contraviniendo tanto la paz que había entre ellos como los privilegios papales otorgados a España y Portugal sobre los nuevos territorios descubiertos y por descubrir en el Nuevo Mundo, Francisco I contestará con su famosa bravata: «quel no enbiava estas naves por romper la guerra ni contravenir a la paz y amistad que con Vuestra Magestad tenía, sino que también le calentava a él el sol como a los otros y que deseava mucho ver el testamento de Adam para saber como repartió él el mundo...»¹.

La interminable lucha por la hegemonía en Europa que mantendrán ambos monarcas a lo largo de prácticamente todo su reinado tendrá distintos frentes abiertos: Navarra el ducado de Borgoña, el estratégico ducado de Milán², la lucha por la corona imperial... A todos ellos vendrá a sumarse el intento de Francisco I por participar en la «carrera de Indias» y en el control de las rutas comerciales atlánticas que hasta el momento eran privilegio de españoles y portugueses.

Esta confrontación y competencia entre ambos monarcas tuvo su reflejo en todos los ámbitos del poder: el religioso³ y el literario, a través de la literatura de propaganda; el iconográfico-simbólico, con el empleo de las columnas de Hércules y la leyenda *Plus Ultra*, la emisión de monedas⁴, o la iconografía simbólica empleada en actos oficiales multitudinarios⁵. La imagen del

poder se convertirá en una importantísima baza política, siendo un magnífico ejemplo de ello la celebración de las exequias del emperador⁶.

Bajo el embrujo de las riquezas llegadas desde las Indias y la ambición de controlar las rutas atlánticas hacia la «Especiería» a través del hipotético paso del Noroeste, Francisco I organizará expediciones oficiales en tiempos de paz, apoyando la «piratería» en tiempos de guerra⁷. El control del mar se convertía en principal objetivo político.

LOS INICIOS DE LA POLÍTICA NAVAL DE FRANCISCO I

Francia poseía todas las ventajas para ser una potencia naval y colonial atlántica, pero su política italiana había dado prioridad a las conquistas mediterráneas, mientras la atlántica se dedicaba principalmente al comercio con los demás puertos atlánticos y a la pesca, que había llevado a los marinos bretones de puertos como Saint-Malo a adentrarse en el Atlántico y, siguiendo a la pesca, alcanzar los grandes caladeros del Atlántico norte y las costas de la actual Canadá, actividad estacional que compartían desde hacía tiempo con marinos portugueses y vascos⁸.

La primera señal de interés en crear una «política marinera» por parte de Francisco I fue la fundación del puerto y la posterior ciudad del Havre de Grâce, que iban a pertenecer únicamente a la corona. Francia, al igual que el resto de las grandes monarquías europeas, pasaba por un proceso de centralización del estado, tras varios siglos en los que los grandes territorios que ahora componían la corona habían tenido un alto grado de independencia⁹.

Pero también existía otra actividad. Casi desde el establecimiento de las rutas atlánticas de portugueses y españoles, la piratería, convertida en corso durante los periodos de guerra, asolará las aguas del Atlántico, alentada por las enormes ganancias que se obtenían de la explotación y comercialización del azúcar y del palo de Brasil¹⁰. Fue justamente la famosa acción pirática de Jean Fleury la que finalmente despierte el interés de Francisco I. En 1522, el capitán Fleury, bajo la empresa del armador Jean Ango¹¹, tuvo un inmenso golpe de suerte al interceptar y capturar tres carabelas españolas que regresaban de Nueva España y que portaban los tesoros ofrecidos por Hernán Cortés a Carlos V, junto a su tercera relación¹². La llegada de este inmenso botín a Francia, además de incentivar la piratería, abrió los ojos de Francisco I y su entorno ante las inmensas riquezas que podían aportar estos nuevos territorios¹³.

La noticia de los descubrimientos de Cortés se extendió por toda Francia. En 1524 se publicaría una edición de sus cartas en latín, que se sumaba a una especie de resumen en francés de las dos primeras, que puede que incluso fuera anterior a 1522¹⁴. Además, en Europa se tuvo la ocasión de conocer dichas riquezas, no sólo a través de descripciones, sino gracias a la exposición de esas primeras piezas traídas de América, que acompañaron al emperador tanto a Bruselas, donde pudo contemplarlas el artista Durero¹⁵, como en Inglaterra, donde el emperador había hecho escala en su vuelta a España y había firmado con Enrique VIII el tratado de Windsor (16 de junio de 1522) contra Francisco I.

Otra consecuencia del éxito de la operación de Fleury fue el apoyo del rey de Francia al viaje del florentino Giovanni de Verrazano, otorgándole un navío real («La Dauphine»), aunque dejando la financiación en manos del enriquecido Jean Ang¹⁶ y de los banqueros italianos establecidos en Lyon y Rouen¹⁷. Sin duda, siguiendo el ejemplo de los Fugger y los banqueros alemanes¹⁸, que veían en la posible explotación de las riquezas americanas una inagotable fuente de ingresos. En su viaje, no exento de polémica histórica¹⁹, tras zarpar del ya activo puerto real de Le Havre, se le atribuye haber recorrido la costa atlántica de América del Norte, donde cartografiará Terranova, fundará Nueva Angulema (actual Nueva York) y seguirá hacia el sur, alcanzando Brasil y las Antillas, en busca del famoso paso hacia las Indias orientales²⁰.

Los años que se suceden entre el viaje de Verrazano y el de Cartier (1523-1534) estuvieron marcados por la campaña italiana y sus consecuencias, quedando la política americana en suspenso por parte de la corona francesa.

LAS DOS PRIMERAS EXPEDICIONES DE JACQUES CARTIER

En noviembre de 1531, tras la paz de Cambrai y el regreso de sus hijos a Francia, el rey Francisco inició un viaje en el que recorrió varios de sus territorios, entre ellos la Bretaña. Mientras llevaba a cabo una peregrinación a la abadía del Mont Saint-Michel, Jean le Veneur, obispo de Liseux y recaudador real, le presentó al piloto bretón Jacques Cartier, asegurándole ser la persona idónea para que enviase a descubrir «ciertas islas y países en los que se dice se pueden encontrar gran cantidad de oro y otras riquezas», «en consideración de sus viajes a Brasil y Terra Nova»²¹.

Con tal fin, el rey francés logrará obtener, durante un encuentro en Marsella en octubre de 1533²², el favor del papa Clemente VII a su política americana, consiguiendo que se restringiese la

bula *Inter caetera* de 1493, añadiendo que tan sólo concernía a los continentes conocidos y no a los territorios descubiertos ulteriormente por otras coronas²³. En las negociaciones había tomado parte Le Veneur quien, además del capelo cardenalicio, lograba la realización del proyecto discutido un año antes en el Mont-Saint-Michel, llegando a ofrecerse a contribuir económicamente en la expedición²⁴.

La expedición de 1534, que llevará a Cartier a recorrer Terranova y a remontar el río San Lorenzo, no contará, sin embargo, con el entusiasmo de la propia ciudad portuaria de Saint Malo, que no mostró intención alguna en impulsar dicho viaje, ni por curiosidad, ni por ánimo de lucro, ya que desde hacía tiempo conocían la zona del Grand Banc, en los bancos de Terranova²⁵. Los «sueños» de armadores y reyes no les convencían, y se resistían a suministrar barcos y tripulaciones a una empresa en la que no creían. Los viajes de Cartier responden pues a una política decidida desde la corte, dirigida por una serie de intereses mucho más ambiciosos, en los que la inclusión de Bretaña en la «política nacional» será una muestra más de la creación de un estado unificado y fuerte, en un intento de englobar intereses territoriales y comerciales comunes²⁶.

En este primer viaje (20 de abril de 1534 a 5 de septiembre de 1534), Cartier zarpaba con el fin de adentrarse por el golfo del río San Lorenzo y explorar sistemáticamente todas las bahías, en busca del tan preciado paso del noroeste. Pero, según su propio relato, lo que allí se encontró fueron tierras que parecían aptas para la agricultura²⁷ e indígenas que, sorprendentemente, no solo no se asustan ante su presencia sino que parecen muy acostumbrados al comercio con gente blanca²⁸. Sin llegar a recorrer todo el golfo del río, regresará a Francia sin haber encontrado nada de lo deseado. Sin embargo, la información ofrecida por el piloto en la relación de su viaje y los datos topográficos debieron convencer a la corona para financiar una segunda expedición, encargo que recibió del nuevo almirante, Philippe Chabot²⁹.

El segundo viaje de Cartier (mayo de 1535 a julio de 1536) seguirá el mismo objetivo y de nuevo se tendrá que enfrentar a las reticencias de la asamblea de burgueses de Saint-Malo. Tras rebasar el límite alcanzado en el primer viaje, la expedición llegó a lo que hoy es Montreal, desde donde contemplaron la maravillosa llanura de las Laurentides y los Apalaches, el famoso reino de Saguenay que se convertirá en la relación de su segundo viaje en un paralelo de «El Dorado». Este recurso a la existencia de un rei-

no mítico lleno de riquezas por explotar no es nuevo, al igual que el también recurrente recurso de la evangelización de los pueblos indígenas. Sin entrar en si dicha intención era auténtica o una mera excusa, la conversión de pueblos paganos al cristianismo constituía una base de legitimidad de la acción descubridora y colonizadora de los pueblos europeos que, además, logran con ello la bendición e incluso la ayuda papal, al igual que anteriormente ocurriese con las cruzadas³⁰. Tras tener que pasar un durísimo invierno y luchar contra el escorbuto y la creciente desconfianza de los pobladores locales, emprendieron el camino de vuelta y llegaron a Saint-Malo el 16 de julio de 1536³¹. Aunque de este viaje tampoco se trajeron riquezas ni información fidedigna sobre el paso del Noroeste, sí les acompañaron varios indígenas, entre ellos el jefe Donnacona, que logrará despertar la imaginación de Francisco I hablándole sobre las riquezas del reino de «Sagana», fuente de oro, plata, especias, con habitantes vestidos a la europea e incluso hombres voladores, lo que da razón de su escasa credibilidad³². Fascinado por las posibles riquezas de este nuevo reino por descubrir, Francisco I proyectará una nueva expedición para el verano, en la que se pensaba construir un fuerte en la orilla del San Lorenzo que sirviese de base para una expedición hacia el reino de Saguenay; evidentemente, serían ayudados por Donnacona y los suyos³³. Imposible resistirse ante la posibilidad de un nuevo «El Dorado»³⁴, que debió, sin embargo, aplazarse debido al reinicio de las hostilidades con el emperador.

LA TREGUA DE NIZA Y LA TERCERA EXPEDICIÓN A CANADÁ

Los 10 años de tregua que, tras complicadas negociaciones de paz y gracias a la intermediación papal, se alcanzaron en Niza (junio de 1538), hacían pensar que el bando defensor de la paz, liderado por el condestable Montmorency, había logrado imponerse en la corte francesa. El «punto álgido» de esta nueva amistad se alcanzó durante el invierno de 1539-1540, con ocasión del viaje a través de Francia que realizó el emperador de camino a sofocar una revuelta en Gante³⁵. Falsas esperanzas; desde Flandes, Carlos V enviaba en marzo de 1540 sus propuestas de paz, en las que no hacía ningún tipo de concesión.

Será durante este periodo de inestable concordia cuando llegue a la corte española la noticia de la preparación de esa tercera expedición, despertando un enorme revuelo. No solo contravenía la reciente tregua de Niza y el monopolio que la bula *Inter caetera* y el tratado de Tordesillas otorgaban a España y Portugal,

sino que en España se sospechaba sobre el objetivo real de dicha expedición, aunque se aludiese que se trataba de «establecer la Religión cristiana en un país de salvajes alejados de Francia»³⁶. Para averiguar sus verdaderas intenciones, entre los años 1540 y 1541 España desarrolló toda una red de información. Los primeros pasos diplomáticos fueron los convencionales, con el envío del embajador que se entrevistó con Francisco I, ante el que expuso sus quejas, manteniendo conversaciones con otros miembros influyentes de la corte, como Margarita de Navarra y su marido, que mostraron sus deseos de paz, frente al bando capitaneado por el condestable al que sorprendentemente acusaron de estar deseoso del enfrentamiento y ser el «promotor» de la expedición³⁷. El segundo movimiento fue encargar a Cristóbal de Haro, factor y regidor de la ciudad de Burgos, que organizara una red de información por medio de las factorías mercantiles establecidas en la costa atlántica desde Burdeos hasta Ruán, para que indagasen e informasen sobre cualquier movimiento sospechoso que percibiesen en sus puertos. La tercera medida, organizada también por Cristóbal de Haro, fue la de enviar al espía Pedro de Santiago para que se infiltrase en los puertos y recabase información³⁸. Los datos obtenidos no resultaron alentadores: además de un intenso movimiento en la costa francesa, contaban que «a los españoles que estan en Françia no los tratan con el amor que solian», el rey había instaurado nuevos impuestos sobre las mercancías, en Burdeos se habían embargado todas las naves, aunque no se sabía con qué propósito, y no se permitía cruzar la frontera entre ambos reinos a caballo³⁹. Hasta en el Vaticano se daba por hecho que Francisco I quería romper la tregua organizando una flota que pensaba enviar a las Indias⁴⁰.

En un principio, el temor de que los franceses estuviesen montando una armada para atacar las flotas que venían de las Indias, hizo proponer la formación de una armada conjunta hispano-portuguesa, pidiendo a Portugal que no acogiese en sus puertos, ni costeros, ni de las Azores, a barcos franceses. Sin embargo, Portugal, pese a sufrir el constante corso francés, mostró siempre cierta reticencia, temerosa de romper una paz con Francia o, tal vez, temerosa de un poder excesivo en manos del Emperador y prefiriendo cierto equilibrio de poderes. La extremada cautela de Juan III llegará a despertar la indignación del embajador español en la corte portuguesa⁴¹. Sin embargo, una vez visto el auténtico objetivo «colonizador» de la expedición de Cartier y Roberval, España dejará bien claro que la intención de esta flota conjunta

debía ser la de matar en su origen la ambición francesa de implantarse en las Indias ya «que despues costaria mucho mas caro podello remediar»⁴², y que «haziendo fortalezas y poblando la tierra se podrian arraygar y fortificar de manera que fuesen malos de sacar si con brevedad no se hiziese»⁴³. Sabedores por los portugueses de que en esas tierras no había oro ni piedras preciosas, pese a lo que defendiesen los franceses, y que el famoso paso del Noroeste era un mar helado e intransitable, que de ninguna manera daba paso a las tierras del Perú o las Molucas⁴⁴, su temor será el del establecimiento de una base táctica francesa. Para confirmar el lugar exacto al que se dirigía la flota francesa, la última medida fue la de enviar dos galeras, camufladas como mercantes, para que recorrieran la costa en su busca y descubriesen exactamente donde iban a poblar⁴⁵.

La red de información y, sobre todo, las diligencias de Pedro de Santiago debieron resultar bastante efectivas, puesto que la documentación refleja el perfecto conocimiento sobre la composición de la flota (con copia de la comisión de Roberval) e incluso de que el armador es el ya tristemente conocido Ango⁴⁶.

El tercer viaje de Cartier comenzó en 1541, teniendo como objetivo repetir más o menos la misma empresa que ya acometiese en los viajes anteriores a dichas tierras. Nada que ver con la magna empresa colonizadora y «evangelizadora» que el rey Francisco encomendó a su amigo de infancia, el noble hugonote Roberval, convertido para esta ocasión en defensor de la fe católica⁴⁷. Con tal fin se reclutarán gran número de gentes de guerra, súbditos de ambos sexos y trabajadores especializados tanto en artes liberales como mecánicas, que pudiesen «conversar con los dichos pueblos extraños, si se pudiera, y habitar en las dichas tierras y país, y construir y edificar villas y fuertes, templos e iglesias para la comunicación de nuestra santa fe católica y doctrina cristiana»⁴⁸. Cartier se convertía en la práctica en subalterno de Roberval, con la obligación de poner sus conocimientos de piloto y de la zona al servicio del lugarteniente del rey.

Este tercer viaje resultó un rotundo fracaso. Cartier tuvo que enfrentarse a condiciones mucho más adversas⁴⁹ y pasar con los suyos el invierno en esas heladas tierras esperando la llegada de Roberval, cuya salida se había visto aplazada por falta de medios económicos⁵⁰. Éste, logrará salir finalmente de La Rochela el 16 de abril de 1542 con 3 naves y llegar a Terranova el 7 de junio, tras una actuación en Saint-Malo no muy caballerosa⁵¹. Desde el puerto de Saint John's, vio llegar a Cartier, que se disponía a re-

gresar a Francia y que le mostró oro y diamantes encontrados en el país, confirmando la riqueza de las tierras. Pese a las órdenes de Roberval de que permaneciese con él para continuar juntos la expedición, Cartier aprovechó la noche y regresó a Bretaña. ¿A qué se debió dicha «deserción»? Puede que al malestar de verse relegado, a la negativa de sus propios hombres de pasar allí otro invierno, al ansia de acudir ante el rey para mostrarle sus «descubrimientos»... Lo cierto es que con ello condenó la expedición de Roberval, al llevarse consigo toda la información sobre los nuevos territorios y el remedio contra el escorbuto, que conocían gracias a los indígenas.

Tras llegar a Saint Malo el 7 de septiembre, Cartier se presentó ante el rey con el oro y los diamantes que se había traído de Canadá⁵². La decepción debió ser mayúscula al comprobar que tan solo se trataba de pirita de hierro y de cuarzo⁵³. Además supondrá el fin de la aventura americana de Cartier, que a partir de ese momento vivirá en Saint-Malo una vida tranquila.

Por su parte, Roberval y el resto de los pocos que pudieron sobrevivir a los fríos invernales y el escorbuto, regresaron tras ser rescatados por dos naves enviadas desde Francia⁵⁴. Parece que poco después, pese a las distintas donaciones que le otorgó Francisco I, se trasladó al Caribe y se dedicó al asalto de enclaves españoles, empresa mucho más lucrativa⁵⁵.

Sin embargo, los pescadores bretones siguieron con sus campañas veraniegas de pesca a los bancos de Terranova, donde ahora también comerciarán con pieles y madera, regresando al estatus quo anterior a las incursiones «reales» que tanto recelo habían acabado despertando entre los nativos americanos; acostumbrados a los pueblos europeos que venían estacionalmente a pescar y a comerciar con ellos, inteligentemente debieron ver una amenaza más intrusiva por parte de los hombres de Cartier y Roberval, con su adentramiento en el territorio, sus ansias por encontrar tierras ricas que explotar y sus intentos de construir fuertes y ciudades que sirviesen de punta de lanza para su posterior incursión hacia el interior del continente.

La reanudación de las hostilidades en julio de 1542⁵⁶ y el escaso éxito de las expediciones, acabará con las incursiones francesas en territorio canadiense hasta que sean retomadas en 1604 por Samuel de Champlain. En 1544, el tratado de paz de Crépy-en-Laonnois entre Francisco y Carlos, retomaba gran parte las condiciones de las treguas de Niza de 1538, aunque afianzando la dominación española sobre las Américas: Francisco I

se comprometía a no discutir los derechos españoles sobre las Indias «descubiertas y por descubrir», acuciado por la necesidad de paz y del uso de su flota para la guerra contra Inglaterra. Carlos, por su parte, dedicará el resto de su reinado a la lucha contra los protestantes.

Cartier caerá en el olvido hasta que sea recuperado por la historiografía canadiense del siglo XIX, convirtiéndose en figura fundacional de la Confederación canadiense⁵⁷. El eco de sus viajes quedará reflejado en la famosa isla de Medamoti de Rabelais⁵⁸, en el conocido mapa de Desceliers⁵⁹ o en las tribulaciones de Marguerite de la Rocque, recogidas por Margarita de Navarra y por el cosmógrafo André Thevet⁶⁰.

¹ *Carta del cardenal de Toledo al Emperador (27 de enero de 1541)*, publicada por H.P. Biggar, *A Collection of Documents relating to Jacques Cartier and the Sieur de Roberval*, Public Archives of Canada, Ottawa, 1930, doc. CXV, p. 190. Anécdota recogida también por Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito «Guatemala»)*, Parte 1, pág. 537, UNAM, 2005.

² La lucha por la posesión del ducado de Milán provocó tres guerras entre Francisco I y el emperador Carlos V: 1521-1526, 1527-1529, 1535-1538 y 1542-1544.

³ Varios de los personajes relacionados con esta primera política de expansión ultramarina francesa tendrán relación con las nuevas ideas reformistas (como la reina Margarita de Navarra, hermana del rey, el propio Roberval, numerosos piratas o el escritor Rabelais), que tanta importancia tendrán en los reinados posteriores, con personajes como el propio Enrique IV (nieto de la citada reina Margarita de Navarra), el almirante Coligny o el explorador del Brasil Jean de Léry.

⁴ Véase José María de Francisco Olmos, «El uso de la tipología monetaria como arma de propaganda en la lucha entre Carlos I y Francisco I», *Revista general de información y documentación*, vol. 7, n. 1 (1997), pp. 345-371 y «La evolución de la tipología monetaria en Castilla y América durante el siglo XVI», *IV Jornadas de documentación en Castilla e Indias durante el siglo XVI*, Madrid, 2005, pp. 87-140.

⁵ Ver Peter Burke, «Images de trois rois. François Ier entre Charles Quint et Heri VIII», en *François Ier, pouvoir et image*, Catálogo de exposición (Bibliothèque Nationale, 24 de marzo 2015-21 de junio de 2015). *Online* en www.expositions.bnf.fr.

⁶ Las honras fúnebres del emperador, celebradas en diversas ciudades de sus vastos territorios, incluían representaciones referentes a las Indias y a su papel en su conversión. Sonia V. Rose, «El primer rey que te falta»: honras fúnebres

a Carlos V en la ciudad de los Reyes», en *Charles Quint et la monarchie universelle*, Annie Molinié-Bertrand, Jean-Paul Duviol (dir.), Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, París, 2001, pp. 215-238.

⁷ Véase M. Mollat, «De la piraterie sauvage à la course règlementée», *Mélanges de l'Ecole française de Rome. Moyen Age-Temps Modernes*, t. 87/1 (1975), págs. 7-25.

⁸ Hecho que destacan todos los primeros exploradores de la zona. Sobre la presencia de marinos vascos en Terranova, véase Agustín Azcárate, José Antonio Hernández, Julio Núñez, *Balleneros vascos del siglo XVI. Estudio arqueológico y contexto histórico. (Chateau Bay, Labrador, Canada)*, Departamento de Cultura, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 1992. Esta publicación se enmarca dentro del programa del gobierno vasco «América y los Vascos», cuya finalidad es la divulgación del hecho vasco-americano. Ofrece una amplia bibliografía sobre el tema, haciendo además un merecido homenaje a Selma Huxley-Barkham, investigadora anglo-canadiense pionera en el tema.

⁹ Normandía, Bretaña, Guyena, Borgoña... en manos de grandes nobles emparentados con la casa real, habían mantenido un importante grado de independencia del que les costaba prescindir. Reflejo de ello será la clara reticencia que muestre el Concejo de Saint Malo a la hora de sufragar las campañas «oficiales» de Francisco I.

¹⁰ Sobre la piratería y el corso en el Atlántico durante la primera mitad del siglo XVI, véase M. Lucena Salmoral, *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América*, (cap. II: «Los comienzos: los asaltos a las poblaciones y el contrabando (1521-1568)»), Madrid 1992 y M. A. Rumeo de Armas, «Franceses y españoles en el Atlántico en tiempo del emperador», en *Charles Quint et son temps*, CNRS, París, 1959, págs. 61-75. En las «islas del Azúcar», es decir, los archipiélagos de Azores, Madeira, Canarias y Cabo Verde, se cultivaba y procesaba el azúcar. Sus enormes ganancias sirvieron de cicate a los piratas franceses que asolaron las

aguas que quedaban dentro del triángulo formado por las Canarias, las Azores y el Cabo de San Vicente. Ya desde el año 1525, los corsarios franceses, pasarán también a atacar las costas americanas, a lo largo de otro triángulo estratégico delimitado por Santo Domingo, Cartagena de Indias y el cabo de la Vela, en Venezuela; A. Rumeu de Armas, págs. 67-68.

¹¹ Armador de Dieppe, además de actividades comerciales, se dedicó a la guerra de corso contra españoles y portugueses, recibiendo el apoyo de Margarita de Navarra, amiga personal suya. Véase, Pierre Jourda, *Marguerite d'Angoulême duchesse d'Alençon, reine de Navarre (1492-1549). Étude biographique et littéraire*. Librairie Ancienne Honoré Champion, París, 1930.

¹² Carta dirigida al Emperador y firmada por Cortés el 15 de mayo de 1522, que acompañaba al llamado Quinto del Rey, en la que se describe la conquista de Tenochtitlán.

¹³ Como bien indica Bernal Díaz: «...que toda Francia estaba maravillada de las riquezas que enbiávamos a nuestro gran emperador. Y aún el mismo rey de Francia le tomaba cobdicia, más que otras veces, de tener parte en las islas y en esta Nueva España», destacando que «solamente con el oro que le iba a nuestro Sésar destas tierras le podía dar guerra a su Francia», Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Nueva España*, fol. 181-182, págs. 536-537.

¹⁴ Descripción abreviada publicada en la *Bibliotheca Americana Vetusissima* y recogida por J. P. Duviols, *Le miroir du nouveau monde: images primitives de l'Amérique*, Presses Paris Sorbonne, 2006, págs. 139-145 (ver págs. 144-145) y «Les cadeaux d'Hernán Cortés à Charles Quint», en *Charles Quint et la monarchie universelle*, Annie Molinié-Bertrand, Jean-Paul Duviol (dir.), Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, París, 2001, pp. 108-126 (ver pág. 112).

¹⁵ «... También, observé los objetos que han traído al rey del nuevo país del oro: un sol enteramente del noble metal, ancho de una braza, una gran luna de plata del mismo tamaño y dos habitaciones llenas de armaduras, armas de toda clase, arneses, artefactos de tiro, indumentarias extraordinarias y extrañas, ropa de cama y un sinfín de objetos destinados a usos diversos. Estas cosas son más bellas que las mil maravillas. Son tan valiosas que se han tasado en cien mil florines y en mi vida he visto nada que me haya alegrado tanto el corazón como estos objetos. Porque he descubierto en ellos aspectos extraordinarios y me he quedado admirado ante el sutil ingenio de los hombres de países remotos. No sabría decir lo que sentí entonces». Diario de Durero en los Países Bajos (1520-1521), ed. de Jesús María González de Zárate, Camiño do Faro, Coruña, 2007, p. 58.

¹⁶ Ango también lanzará otras expediciones, como la de Aubert por Terranova y el viaje a Sumatra de los hermanos Jean y Raoul Parmentier en 1529. Véase *Les voyages des Frères Verrazano: Giovanni et Girolamo Verrazano, navigateurs de François Ier*. Dossiers de voyages établis et commentés par Michel Mollat du Jourdin et Jacques Habert, Impr. nationale, París, 1982.

¹⁷ Giovanni Verrazano presentó su proyecto ante la casa de los Rucellai, una de las principales casas florentinas de Lyon, que contaba con una importante agencia en Ruán. Puede que fuese bajo su intermediación que Giovanni propusiera su empresa ante Francisco I.

¹⁸ Fue el oro de Indias el que, incluso antes de llegar a Sevilla, serviría de garantía a los banqueros –en especial a los Fugger– que apoyaron la elección de Carlos I de España contra Francisco I de Francia.

¹⁹ Véase Henry C. Murphy, *The Voyage of Verrazano; a Chapter in the Early History of Maritime Discovery in America*, New York, Albany Press of J. Munsell, 1875 [76].

²⁰ Con este mismo fin de encontrar un paso septentrional a las riquezas de Oriente, que debía reproducir el que Magallanes había encontrado en el sur por razones de simetría geográfica, se habían lanzado varias expediciones por parte de otras potencias europeas, con distinto éxito y, sobre todo, propaganda. Se trataría de las de Giovanni Caboto (1497) al servicio de los mercaderes ingleses de Bristol o las de los hermanos Cortereal (1500-1502) para la corona portuguesa. Sobre las primeras expediciones a tierras de Canadá, véase el imprescindible artículo de Juan Francisco Maura, «Nuevas aportaciones al estudio de la toponimia ibérica en la América septentrional en el siglo XVI», *Bulletin of Spanish Studies* 86. 5 (2009), págs. 577-603, así como el artículo dedicado a John Cabot publicado en este mismo volumen.

²¹ Michel Bideaux, en su edición crítica de las *Relations de Jacques Cartier*, pág. 10, recoge dicha información del Barón de La Chapelle, «Jean Le Veneur et le Canada», *Nova Francia*, VI (1931), págs. 341-343. Hay autores que, basándose en esta declaración, afirman que Cartier formó parte del viaje de Verrazano. Sobre esta posibilidad, véase Gustave Lanctot, «Cartier au Canada en 1524», *Revue d'histoire de l'Amérique française*, vol. 7, n. 3 (1953), págs. 413-425.

²² En que se alcanza una alianza, ratificada con el matrimonio del hijo menor de Francisco (el futuro Enrique II) con una sobrina del papa, Catalina de Medici.

²³ Algo que el emperador siempre rechazará, manteniendo en su intitulación ser rey «de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano descubiertas y por descubrir...».

²⁴ Michel Bideaux, pág. 12.

²⁵ Todos los exploradores de la zona coinciden a la hora de destacar la presencia continua de pescadores de diversas naciones: portugueses, bretones, vascos... que conocían perfectamente esos caladeros desde hacía tiempo. Sin ningún objetivo conquistador ni colonizador, habían llegado a los grandes caladeros de bacalao siguiendo la ruta de la pesca, sin otro fin que el de abastecerse de enormes cantidades de pescado que cubriese la demanda de la población europea.

²⁶ Hay que tener en cuenta, además, que Bretaña no había entrado en la órbita de la corona hasta 1491, tras el matrimonio de Ana de Bretaña primero con Carlos VIII y luego con Luis XII de Francia. Francisco I, casado con la hija del último, Claudia de Francia, se había convertido en el usufructuario del ducado.

²⁷ La descripción que hace se asemeja a un lugar paradisíaco, de gran fertilidad, donde las llanuras de cereal silvestre «parecen como si fuesen cultivadas», llegando a decir que hace más calor que en España, *Relaciones*, ed. en castellano, cap. XVIII, pág. 17.

²⁸ Nada más percibirlos, les muestran sus pieles y su deseo de traficar con ellas: «...y por señales nos decían que fuésemos a tierra, enseñándonos pieles», *Relaciones*, ed. en castellano de Chartón y Urrabieta, cap. XVI, pág. 15.

- ²⁹Gran valedor de la presencia francesa en la campaña americana, apoyando a Verrazano y a Cartier, hasta que envidias cortesanías le hicieran caer en desgracia. Acusado de distintos cargos, entre ellos de permitir y enriquecerse de los actos de piratería sobre barcos franceses, fue destituido en 1541 y murió dos años después, pese a haber sido exculpado y haber recuperado la gracia real. Ver Louis Le Gendre, *Nouvelle histoire de France, depuis le commencement de la monarchie jusqu'à la mort de Louis XIII*, 1719, págs. 321-322; *Mémoires de Martin et Guillaume du Bellai-Langei*, Lambert, 1753, págs. 96-98 (nota a), y Charles de la Roncière, «Notre première tentative de colonisation au Canada», *Bibliothèque de l'école des chartes*, t. 73 (1912), pág. 285.
- ³⁰Cartier indica que la tribu encontrada en el cabo de Esperanza y lugar de San Martín era un pueblo que «podría convertirse fácilmente a nuestra fe», *Relaciones*, ed. Chartón y Urrabieta, cap. XVIII, pág. 17.
- ³¹Parece que la intervención de Cartier a favor de alguno de los grupos indígenas había «roto el equilibrio» existente entre los distintos pobladores (Bideaux, pp. 18-19). Imagen un tanto idílica si tenemos en cuenta el relato que años después ofrece Samuel de Champlain sobre su rivalidad y el bárbaro trato que daban a los prisioneros de otros grupos.
- ³²Bideaux, págs. 22-23, ve en ello un intento de Donnacona de provocar una nueva expedición que le llevase de regreso a casa. Esta táctica también es habitual en los propios expedicionarios, que narran en sus crónicas y cartas, riquezas y maravillas por descubrir para que su monarca vuelva a sufragarles una nueva expedición.
- ³³Se conoce gracias a la documentación que Francisco I mantuvo con un espía portugués llamado Lagarto, que muestra su incredulidad puesto que, como buen portugués informado en descubrimientos transatlánticos, debía saber ya que dichas tierras carecían de tales tesoros. *Carta de Lagarto a Juan III, rey de Portugal (22 de enero de 1539?)*; Archivo Nacional da Torre do Tombo, Corpo Chronologico, parte3, Maço 14, doc. 37; Biggar, doc. LXXV, págs. 75-81.
- ³⁴De nuevo hay que destacar que Francia ya sabía de las riquezas obtenidas por España de los territorios americanos. A la ya citada obra de Cortés y del tesoro de Moctezuma hay que añadir que en 1532 se publica en Toulouse la carta del obispo de México traducida al francés y que en 1535 se publica en Lyon un pequeño opúsculo *Nouvelles certaines des îles du Pérou*, de origen desconocido pero cuyo original en español debió ser anterior a las dos primeras relaciones españolas sobre el Perú (las de Cristóbal de Mena y Francisco de Jerez, secretario de Pizarro) y en la que se habla del oro del Perú y del tesoro tomado por Pizarro a Atahualpa en 1532. A ellas se unirá en 1546 la traducción al francés de la *Historia de la tierra nueva del Perú*, traducida de una versión italiana de la obra de Fernández de Oviedo y publicada en París. Véase Raymond Lebègue, «Contacts français avec la littérature espagnole pendant la première moitié du XVI^e siècle», *Charles Quint et son temps*, (Coloquio internacional del CNRS, París, 30 de septiembre- 3 de octubre de 1958), Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1959, págs. 152-155.
- ³⁵José Martínez Millán, *La Corte de Carlos V*, vol. II, pág. 165.
- ³⁶*Memoria de hombres y provisiones para los barcos que el rey desea enviar a Canadá (septiembre de 1538)*; Biggar, doc. LXXIII, págs. 70-74.
- ³⁷*Carta del embajador español al Emperador (21 de agosto de 1540)*; ANP, serie K 1485, núm. 20, años 1540-1541; Biggar, doc. LXXXII, págs. 102-103. Margarita de Angulema, hermana de Francisco I, se había casado en segundas nupcias con Enrique de Navarra. Sus pretensiones por aumentar su disminuido reino les habían llevado a mantener contactos con el emperador desde 1536 y a defender el mantenimiento de la paz, llegando incluso a tratar del matrimonio de su hija Jeanne con el infante Felipe de Habsburgo. Lógicamente, tanto Francisco I como su condestable Montmorency, no quisieron ni oír hablar de dicho matrimonio que colocaría a Navarra en la órbita imperial. Esto provocará un deterioro en las relaciones entre Margarita y su hermano, además de una guerra larvada entre los reyes navarros y el condestable, al que hacen culpable de la pérdida de sus ilusiones. Sin embargo, alertado por el buen recibimiento de Carlos en Francia, Enrique VIII había enviado a Wyatt a Francia para ganar adeptos a su partido. Apelando a sus ideas reformistas, acabará ganándose a Margarita, logrando que finalmente case a su hija con el protestante duque de Cleves. Véase, Pierre, *Marguerite d'Angoulême...*, págs. 215-246 y Charles de la Roncière, «Notre première...», págs. 286-287.
- ³⁸Camuflado como un mercader originario de Rennes, sin ningún cuaderno ni informe comprometedor, solo con documentos sobre mercaderías, logró pasar desapercibido y hacerse con valiosísima información que dirigió directamente a Cristóbal de Haro (Documentación recogida por Biggar, *opus cit*). Véase sobre ello Juan Francisco Maura, «Franceses en el Canadá español: el espía Pedro de Santiago y Jacques Cartier», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 760 (2013), págs. 61-72 y Ch. de la Roncière, *opus cit*, pág. 290.
- ³⁹*Carta de C. de Haro al Emperador (21 de febrero de 1541)*; AGI, estado 143, cajón 3, leg. 11, año 1541, núm. 232; Biggar, doc. CXXIII, págs. 209-212.
- ⁴⁰*Carta del obispo de Módena al cardenal Farnesio (22 de julio de 1541)*, Archivo Vaticano, Nunziatura di Germania, vol. 57, fol. 198v; publicado por Biggar, doc. CLXXV, pág. 349.
- ⁴¹Llegando a decirle a la reina Catalina, hermana del emperador, que le parecía de una gran cobardía y que si no quería emplear su poderosa flota en defender lo suyo, se la dejase al emperador para que este defendiese los intereses de ambos. *Carta de Luis Sarmiento a Los Cobos (22 de enero de 1542)*; AGS, Estado Portugal, leg. 373, fols. 44-48; Biggar, doc. CCII, pág. 434.
- ⁴²*Carta del embajador Luis Sarmiento a Los Cobos (8 de febrero de 1541)*; AGS, Estado, Portugal, leg. 374, fol 187; Biggar, doc. CXX, pág. 204.
- ⁴³*Carta del Emperador al cardenal de Toledo (7 de mayo de 1541)*; AGS, Estado, Castilla, leg. 56, fols. 31-36; Biggar, págs. 286-287.
- ⁴⁴El embajador de España en Francia adjuntará al emperador la copia de una carta en que le cuenta cómo se ha informado por medio de una serie de expertos sobre el emplazamiento y posible paso del noroeste. *Carta del embajador de Francia al Emperador (3 de agosto de 1541)*; ANP, Serie K, 1487, nos. 76-77; Biggar, doc. CCXCIII, págs. 561-563.

- ⁴⁵Una saldría de Galicia y se dirigiría a la tierra de los Balcasos, mientras la otra zarparía de Sevilla y haría la ruta Cabo Verde-Brasil, río Marañón, para ir costeando hacia el norte. En caso de encontrarse, deberían informarse de capitán a capitán, todo con el mayor secreto y sin documentos que pudiesen comprometer la tregua que no se deseaba romper con Francia Nada más tener noticias del emplazamiento de los franceses, debían regresar a informar a España, sin levantar sospechas. *Instrucciones del 8 de julio de 1541*; Archivo General de Indias (en adelante AGI), Estado 139, caj. I, leg. 9, tomo 20, fol. Vv; Biggar, doc. CLXXI, págs. 335-340. *Carta del secretario del emperador al tesorero y contador de Sevilla, misma fecha*; AGI, Estado 148, caj. 2, leg. 4, vol. 8, fol. XXV; Biggar, doc. CLXXII, págs. 340-346.
- ⁴⁶*Carta del 2 de abril de 1541*; AGI, Estado 143, caj. 3, leg. 11, año 1541, núm. 232; Biggar, doc. CXL, págs. 259-266.
- ⁴⁷Queda claro que se trata de una empresa oficial cuando especifica que las naves son armadas por el rey, prohibiendo expresamente la intervención de particulares. *Informe de un espía español sobre el armamento de Jacques Cartier (abril de 1541)*; Archivo Imperial de Viena, Papeles de Carlos V, PA 41, fols. 437-438; Biggar, pág. 275-279 y por Charles de la Roncière, «Notre première...», Apéndice, págs. 297-300.
- ⁴⁸Bideaux, págs. 26-27.
- ⁴⁹Tras luchar contra las reticencias de la asamblea de Saint-Malo, Cartier zarpa el 23 de mayo de 1341 y debe enfrentarse a vientos adversos durante la travesía y dificultades extremas a la hora de remontar los saltos del río San Lorenzo y con la creciente hostilidad de los indígenas. Ante la tardanza, Francisco I había llegado a escribir a su senescal en Rennes para que investigara porqué su expedición estaba siendo boicoteada por algunos de sus súbditos de Saint-Malo y otras ciudades y puertos de Bretaña, corriendo el riesgo de retrasar su salida. Archives de département d'Ille-et-Vilaine, série B, juridiction ordinaire et commune de Saint-Malo, audiencias, registre 1538-1541, con fecha de 29 de enero de 1541, publicada por Biggar, doc. CII, págs. 153-154.
- ⁵⁰Carta del Emperador al cardenal de Toledo (10 septiembre de 1541); Archivo General de Simancas (en adelante AGS), Estado, Castilla, leg. 53, fols. 53-59; publicado en Biggar, doc. CLXXXI, pág. 374.
- ⁵¹La falta de barcos y provisiones hicieron que se dedicase directamente a asaltar otras embarcaciones tanto francesas como extranjeras. Junto a él se encuentra El señor de Lartigue, vicealmirante de Bretaña, conocido por su pillaje y violentas acciones. *Carta desde Nantes al embajador de Portugal en la corte de Francia (12 de noviembre de 1541)*, AGS, Estado, Portugal, leg. 373, fol. 42; publicada por Biggar, doc. CXCVII, págs. 406-411.
- ⁵²*Declaraciones ante el notario público de varios marineros de Terranova sobre Cartier (Fuenterrabía, 21 de septiembre de 1542)*; AGI, Estado 2, caj. 5, leg. 1/22, n. 16; Biggar, doc. CCXII, págs. 447-467. Varios de ellos afirman que Cartier había regresado con oro, perlas y piedras preciosas, noticia que debió haber corrido como la pólvora.
- ⁵³Esta anécdota da incluso origen a un dicho popular: «falso como un diamante de Canadá».
- ⁵⁴«... piensan por algunas informaciones ser ricas de oro y plata, y que creen hacer lo que nosotros avemos hecho, pero á mi juycio ellos se engañan, por que si no es de pesquería toda aquella costa hasta Florida es enteramente ynfertuosa, à donde se perderán ó á bien librar darán la buelta, gastados pocos honbres y la mayor parte de todo quanto sacaren de Francia», *Carta del cardenal de Sevilla a Samano (antes de junio de 1541)*, AGI, est. 2, caj. 5, leg. 1/22, n. 13; Biggar, págs. 325-326.
- ⁵⁵Donde se le conoce como Robert Wall o Ball. M. Lucena, *Piratas...*, págs. 61-62.
- ⁵⁶*Carta de Carlos V al cardenal Tavera en la que le notifica la declaración de guerra de Francisco I (Monzón, 8 de septiembre de 1542)*; B. El Escorial, &-II-8, fol. 192; M. Fernández Álvarez, *Corpus*, I, doc. CCXLVI, págs. 81-82.
- ⁵⁷Bideau, pág. 9.
- ⁵⁸F. Rabelais, *Libro Cuarto de Pantagruel*, Crítica, Madrid, 2011, capítulos 2-4, págs. 110-122, parodia épica en la que, con una mezcla de decepción y entusiasmo, Pantagruel logra el éxito que no consiguieron Cartier y Roberval. Véase P.J. Smith, «Rabelais et la Licorne», *Revue belge de philologie et d'histoire*, t. 63/3 (1985), págs. 477-503.
- ⁵⁹Pierre Desceliers fue un miembro eminente de la escuela cartográfica de Dieppe. Sirvió a los reyes Francisco I y Enrique II. Encargado de examinar a los pilotos marinos y para conceder cédulas en nombre del rey, fue muy cercano a Jean Ango y al mundo que rodeaba a los exploradores de Dieppe (como los hermanos Verrazano y Parmentier). Recopilador de importante información y portulanos, plasmó todo ello en una serie de mapas, creándose entorno a él la escuela de cartografía de Dieppe.
- ⁶⁰Mientras Margarita de Navarra utiliza la narración para convertirla en una especie de heroína de la reforma (mujer fuerte, acompañada únicamente de su Biblia, que lee constantemente), Thévet realiza una ligera crítica, que coincide con la de otros contemporáneos a la hora de describir a Roberval como un estricto calvinista, de extremada dureza moralizante. Margarita de Navarra, *Heptamerón*, Cátedra, Madrid, 1991, novela LXVII, págs. 521-524 y André Thévet, *Cosmographie Universelle*, París, 1575, vol. 2, págs. 1019r-1020v.

DE LAS AZORES A LA TERRANOVA

Navegaciones portuguesas del s. XV en el Atlántico Norte

Desde mediados del siglo XV existen noticias de navegaciones portuguesas en dirección al Atlántico interior, en la búsqueda de nuevas islas, tierra firme o, incluso, nuevas zonas de pesca, y es cierto que desde la colonización del archipiélago de las Azores se multiplicaron las exploraciones hacia el interior norte del océano Atlántico. Todavía, hablar de las navegaciones portuguesas hacia el noroeste del Atlántico durante el siglo XV es entrar en una temática considerablemente ambigua de la historiografía portuguesa. Esta ambigüedad, que aún hoy en día rodea los viajes portugueses a la Terranova y a la Tierra de Labrador, es sobre todo fruto de una historiografía de cariz ideológico, tendencialmente nacionalista y, a veces, con un carácter acientífico, que tenía como aspecto principal la prioridad portuguesa del descubrimiento del continente americano.

Menos estudiados que los viajes al sur, los viajes portugueses al Atlántico Norte están también mucho menos documentados, dado que hay una evidente escasez de fuentes archivísticas y crónicas. Este obstáculo fue, en el pasado, muchas veces suprimido a través de la teoría del sigilo político, en la que las lagunas documentales se justifican por una política de secretismo impuesta por la Corona portuguesa que pretendía, de esta forma, salvaguardar sus descubrimientos. Aunque haya podido haber existido alguna política de sigilo por parte de la Corona portuguesa, como es habitual en la mayoría de los Estados, la verdad es que, en este caso, *«ao invés de ser o testemunho docu-*

mental a confirmar um dado facto histórico, seria a sua inexistência que suportaria tal afirmação» (DOMINGUES 199). Esta construcción historiográfica basada en la teoría del sigilo político alcanzó su auge en algunas obras del historiador Jaime Cortesão y de su hermano, el cartógrafo Armando Cortesão, que fueron ampliamente divulgadas en Portugal y en el extranjero¹, y que siguieron siendo reproducidas pese a las muchas críticas.

Uno de los principales mitos relativos al descubrimiento portugués del continente americano se refiere a João Vaz Corte Real, padre de los navegantes Gaspar y Miguel Corte Real que llegaron a la Terranova al inicio del siglo XVI. Basados en una frase del cronista Gaspar Frutuoso donde afirma que *«vindo [...] João Vaz Corte Real do descobrimento da Terra Nova dos Bacalhaus, que por mandado de el-rei foi fazer, lhe foi dada a capitania de Angra, da ilha Terceira, e da ilha de São Jorge»* (*Saudades da Terra*: 33), sinnúmero de historiadores tomaron como cierto el descubrimiento del continente americano por João Vaz Corte Real². Sin embargo, más allá de esta afirmación de Gaspar Frutuoso³, que escribe aproximadamente un siglo después del supuesto descubrimiento, no hay ningún otro indicio de este viaje.

Es verdad que a lo largo de todo el siglo XV hubo una intensificación de las navegaciones de descubrimiento por todo el Atlántico. Posteriormente a la muerte del infante D. Enrique, el Navegante, en 1460, que hasta ese entonces tenía la exclusividad de la navegación al sur del cabo Chaunar, la Corona portuguesa asumió el rumbo de los descubrimientos en el Atlántico Meridional⁴, sobre todo a lo largo de la costa africana, en dirección a las zonas de Guinea y de Mina, muy rentables a corto plazo, procurando el camino marítimo hacia la India y dejando a los particulares la exploración del Atlántico interior, cuyos viajes eran más peligrosos y de retorno económico más incierto. O sea, que los viajes de los hermanos Gaspar y Miguel Corte Real a la Terranova al inicio del siglo XVI son el culminar de un sinnúmero de viajes exploratorios realizados en el Atlántico por los portugueses. Se conocen algunas de estas tentativas a través de las cartas de donación de señoríos o capitanías de islas descubiertas y tierra firme hechas por los monarcas portugueses a algunos navegantes. Hubo, sin embargo, dos tipos distintos de donación: la que tenía como objetivo premiar a un servidor de la Corona haciéndole esta merced y aquella que era atribuida apenas después de haber sido solicitada al rey por el interesado.

En este caso, las expediciones eran siempre realizadas a costa del solicitador.

La primera de estas cartas de donación fue concedida a João Vogado en 1462⁵, caballero de la casa real y secretario de Hacienda, a quien Alfonso V dio autorización para poblar y aprovechar las míticas islas de Lono y Capraria que, de acuerdo con el monarca, se encontraban «*em aquellas partes do mar ouçianno cuja conquista a nos he dada per priuilegio do samto padre*» (DP, III, 21). La carta refiere la posible existencia de estas islas, pero no su descubrimiento –ni siquiera la tentativa de su búsqueda– por João Vogado. La donación le fue hecha como recompensa por los muchos servicios prestados a la Corona.

Durante la guerra ultramarina entre los reinos de Portugal y Castilla, parte de la guerra de sucesión castellana de 1474-1479, no hubo emisión de cartas de descubrimiento. Aunque se pueda admitir que no se conocen todas las cartas atribuidas a la Corona portuguesa⁶, creo que durante este período todo el ahínco portugués estuvo concentrado en el esfuerzo de la guerra y en la defensa de la ruta de Mina, así como de los archipiélagos atlánticos. La prioridad parece haber sido defender lo que ya se tenía, aunque haya habido una tímida tentativa de conquista del archipiélago de las Canarias en esa época por parte de los portugueses.

¿Habrían alcanzado ya los portugueses un nuevo continente en esa época? La documentación existente no da ningún tipo de información acerca de los viajes, ni siquiera dice si estos se llegaron a realizar o no. Hay una intención de búsqueda de nuevas islas, pero no se puede afirmar más que esto. Cabe señalar que en el Tratado de Alcáçovas-Toledo, firmado en 1479, entre Portugal y Castilla, como consecuencia de la guerra de sucesión castellana, Portugal no reivindicó la posesión de ningún espacio en el Atlántico Norte. Al contrario, su prioridad fue confirmar la posesión de los archipiélagos de Madeira, las Azores y Cabo Verde, así como la exclusividad de la navegación y descubrimiento de nuevos territorios al sur del archipiélago de las Canarias. En esta primera división del Atlántico entre estas dos potencias, a Castilla le correspondía el norte y a Portugal el sur. Por otro lado, la discusión de los términos del Tratado de Tordesillas de 1494, ya después del descubrimiento de las Antillas por Cristóbal Colón, y que implicó el cambio de la línea divisoria 200 leguas más allá del archipiélago de Cabo Verde, ha sido por muchos interpretada como una señal del conocimiento de

los portugueses de la existencia de Brasil y de tierras del Atlántico Norte en las que tenían interés. ¿Se debería este supuesto conocimiento a los viajes preparados en las Azores?

En realidad, capitanear una expedición de descubrimiento en el Atlántico interior no estaba al alcance de todos. Estas expediciones necesitaban ser comandadas por alguien con nociones básicas de navegación –aunque esa experiencia pudiese recaer sobre la tripulación contratada–, con conocimiento de la realidad insular y con capital suficiente. Porque más allá del flete de las embarcaciones, de su abastecimiento, de la contratación de las tripulaciones, etc., era necesario garantizar que, en caso de éxito de la expedición, se tenían condiciones para poblar y explorar las islas descubiertas. Solo así la expedición podía ser rentabilizada. Estos exploradores tenían un perfil muy específico: a pesar de que había entre ellos altos funcionarios de la Corona, que eran recompensados con estas donaciones, estos hombres eran, en su mayoría, hombres de los archipiélagos, grandes terratenientes, que habían hecho su fortuna en las islas y que anhelaban mayor autonomía de acción y poder. Eran normalmente criados de la Casa de Viseu, que tenía la donataria de los archipiélagos de Madeira, las Azores y Cabo Verde. A pesar de que los archipiélagos atlánticos habían desempeñado un papel importante en la jerarquización interna de la nobleza, proporcionando la promoción de pequeños nobles de la Casa de Viseu a miembros de la élite insular, tenedores de grandes fortunas, creando así importantes lazos de dependencia entre esta nobleza clientelista de la Casa y los duques, la verdad es que la mayor parte de estas cartas de donación parecen no beneficiar a la Casa de Viseu, ya que en este proceso la Corona eliminaba la figura del donatario, pasando a hacerse la relación con los capitanes de las islas directamente con el rey. Y, por lo tanto, al contrario de lo que se había hecho hasta ese entonces, la Casa de Viseu, bajo la administración de la infanta D. Beatriz de Portugal, parecía estar más interesada en el desarrollo económico de las islas ya conocidas que en el descubrimiento de nuevos e hipotéticos archipiélagos.

El caso de Rui Gonçalves da Câmara es paradigmático en este aspecto. Hijo del primer capitán de Funchal, en la isla de Madeira, Rui Gonçalves era uno de los grandes productores azucareros y poseía un vasto conocimiento de la realidad insular. Como fue su hermano mayor quien heredó la capitanía de Funchal, a Rui Gonçalves da Câmara le restaba encontrar una

nueva isla de la cual pudiese ser capitán. Fue en ese sentido que, en 1473, notificó a Alfonso V que «*seu deseio e vontade era buscar nas partes do mar ouçiano hũũas ylhas per pera as aver de pouorar e aproueitar*» (DP III 130). El rey le hizo la donación de la capitanía de la isla que Rui Gonçalves lograra descubrir y, por primera vez, estableció un límite geográfico: la isla no debería estar más allá de Cabo Verde, zona de navegación exclusiva del príncipe D. João, el heredero de la Corona portuguesa⁷ (DP III 131), por lo que se puede inferir que el viaje debería hacerse hacia el norte.

La búsqueda de Rui Gonçalves da Câmara en el océano parece no haber sido muy fructífera –ni se sabe a ciencia cierta si este proyecto siguió adelante– y, menos de un año después, compró a João Soares la capitanía de la isla de San Miguel, en las Azores. La venta de la capitanía de San Miguel a Rui Gonçalves da Câmara parece haber sido arreglada por la infanta D. Beatriz de Portugal, donataria de las islas, que consideraba que la isla «*he muy mall aproueitada e pouco pouuada e consyrãdo quãto sera seruiço e proueito do dito sôr [...] a dita Ilha ser melhor aproueitada e pouuada pellas muitas mercadorias q della poderão vir*» (DP III 143-145). No era fácil encontrar a alguien con los medios económicos y los conocimientos necesarios para invertir en la población y exploración de una isla de la dimensión de San Miguel. Rui Gonçalves da Câmara vendió sus propiedades en Madeira para conseguir pagar los 800.000 reales y 4.000 arrobas de azúcar que costó la capitanía de San Miguel. Era una cuantía abultada para la época. ¿Cuánto le habría costado la expedición de descubrimiento en el Atlántico interior?

Fue la falta del capital necesario para una empresa así lo que llevó a Fernão Dulmo⁸ a asociarse a João Afonso do Estreito, acaudalado productor de azúcar madeirense⁹, del Estrecho de Calheta. Dulmo era caballero de la casa real y capitán de las Quatro Ribeiras, en la isla Terceira, y había sido beneficiado en 1486 con una carta de donación para descubrir una gran isla o tierra firme, que se pensaba que era la isla de las Sete Cidades¹⁰ (DP III 317). Aunque Dulmo poseía el proyecto no tenía la capacidad financiera necesaria para emprender solo una expedición de este tipo. De acuerdo con Dulmo «*nam estaua em tall disposyã pera poder dazer a dicta armada e despesas que pera ela pertenciam*» (DP III 327). De este modo, Fernão Dulmo daba a João Afonso do Estreito, con el aval regio, la mitad de la capitanía de la isla o tierra firme que encontrara. A cambio de esta

donación, João Afonso tendría que armar «*duas carauellas boas de todo o mantimento*» de las que pagaría el respectivo flete. A Fernão Dulmo le correspondería escoger los pilotos y la restante tripulación –si hubiese apenas dos pilotos disponibles, Dulmo escogería primero el de su embarcación, pero en caso de que fuesen más de dos, sería João Afonso quien escogiese en primer lugar–, así como pagarles los respectivos salarios. A cada uno de ellos le correspondería la capitanía de una de las carabelas, siendo Dulmo quien marcaría el rumbo de la flota durante los primeros 40 días de viaje. Concluido ese período, el mando de la expedición quedaría a cargo de João Afonso do Estreito (DP III 327). Las carabelas deberían ser abastecidas para un viaje de seis meses (DP III 332). La expedición debería estar lista para partir de la isla Terceira, en el archipiélago de las Azores, el día 1 de marzo de 1487. Para que todo este proceso pudiese ser puesto en marcha, João Afonso de Estreito entregó a Fernão Dulmo 6 mil reales (DP III 327) a los que debería juntar, suponemos, una suma semejante a la de Dulmo, montante que se encontraba muy lejos de los 800 mil reales y 4 mil arrobas de azúcar que Rui Gonçalves da Câmara pagó por la capitanía de la isla de San Miguel. Aunque la preparación de este proyecto de búsqueda de islas en el Atlántico interior está bastante documentada, por lo que todo parece indicar, el viaje nunca llegó a realizarse o, al menos, la búsqueda de nuevas islas no dio frutos (LISBOA).

El primero de los viajes portugueses de descubrimiento por el Atlántico noroeste en tener éxito en la búsqueda de islas o de tierra firme, fue el de João Fernandes Lavrador y Pêro de Barcelos. A pesar de que existen posiciones discordantes acerca de la fecha exacta del viaje, sobre todo en la tentativa de atribuirle una fecha anterior a la de los viajes de Giovanni Cabotto, realizadas en 1497 y 1498, esta parece haber ocurrido después de octubre de 1499, fecha en la que João Fernandes, vecino de la isla Terceira, solicitó al rey que le diese autorización para «*buscar e descobrir algũas jlhas da nossa comquista aa sua custa e vemdo nos seu bõ desjo e preposito alem de lho termos em seruiço a nos praz e lhe prometemos por esta de lhe darmos como de feito daremos a capitania de quallquer jlha ou jlhas assy pouoadas Como despouoadas que elle descobrir e achar nouamente*»¹¹ (DP III: 552-553).

Este João Fernandes parece ser el mismo João Fernandes Lavrador que, años más tarde, Pêro de Barcelos, escudero de la casa real y vecino en Lages, en la isla Terceira, Azores, apuntó

como su compañero en un viaje de descubrimiento que habrá durado tres años (DP III 461-462)¹². El navegante no dio más detalles sobre este viaje, refiriendo apenas que «*ouue um mandado dell rey nosso senhor pera hyr a descobri*» y, en su testamento, hecho en Lages en 1507, Pêro de Barcelos tampoco lo volvió a mencionar (GREGÓRIO II 626-627). Sin embargo, en 1509, en una carta de D. Manuel I a Diogo de Barcelos¹³, hijo del navegante, el monarca destacó los servicios de su padre «*no descobrimento das partes do Norte*» (ANTT Chancelaria D. Manuel I, l. 36, fl. 21), refiriéndose probablemente al viaje al noroeste de las Azores en dirección al continente americano.

Es probable que durante los tres años de viajes de exploración en el Atlántico Norte, Pêro de Barcelos y João Afonso Lavrador, hayan arribado al puerto de Bristol, Inglaterra, ya que João Fernandes Lavrador podrá ser el mismo João Fernandes que surge en un documento del rey Enrique VII de Inglaterra, del 19 de marzo de 1501, donde en conjunto con los mercadores de Bristol Richard Warde, Thomas Assshehurts y John Thomas, João Fernandes, Francisco Fernandes y João Gonçalves, escuderos, nacidos en las Azores (en realidad, en la isla de Surrey, que sería lo más próximo a las Azores que el secretario consiguió escribir) y súbditos del rey de Portugal, recibieron autorización para navegar a todas partes bajo la bandera del monarca inglés (BIGGAR 40 sig.)¹⁴. Además de eso, Enrique VII les concedió el derecho exclusivo de las islas o tierra firme que pudiesen descubrir durante diez años. El rey de Inglaterra, Enrique VII, entraba aquí directamente en competencia con los reinos de Portugal y Castilla, desafiando el Tratado de Tordesillas de 1494, en el que ambos reinos habían dividido el Atlántico entre sí.

Desgraciadamente, la documentación relacionada con este viaje es demasiado vaga para retirar muchas conclusiones y el hecho es que la designación «Terranova» nunca es utilizada. Sin embargo, en la primera representación cartográfica de la Terranova hecha en el planisferio portugués anónimo de 1502, más conocido como el planisferio de Cantino¹⁵, hay una leyenda que dice «*Esta terra he descobrer per mandado do muy escelentissimo pncipe dom manuel Rey de portugall aquall se cree ser esta a ponta dasia. E os que a descobriram nam chegarõ a terra mais vironla e nam virom senam serras muyto espessas polla quall segum a opinjom dos comosfrícos se cree ser a ponta dasia*». De acuerdo con la leyenda, los navegantes (no mencionados por su nombre, contrariamente a los Corte Real en relación a la Te-

rranova) avistaron tierra, pero no llegaron a desembarcar. Los planisferios del siglo XVI incluyen habitualmente una zona cuya toponimia alude al nombre de João Fernandes Lavrador, es el caso de la «Tierra del Labrador» del Atlas de Fernão Vaz Dou- rado de 1575 o del mapa de Jorge Reinol de 1519, por ejemplo. Esta zona, al norte de la Terranova, continúa a ser designada por «Labrador» hasta las días de hoy. Este cruce de informaciones nos permite concluir, con alguna seguridad, que Pêro de Barcelos y João Fernandes Lavrador debieron haber llegado por las regiones de Groenlândia y Labrador, quizás llegando incluso al estrecho de Davis (MATOS 12).

Hay, no obstante, un documento escrito, de 1500, donde surge el término «Terranova». Ese año, André Vaz traspasó sus Casas *«por ora ir por mandado d'el rei à descoberta da Terra Nova»* (ANTT, Hospital de S. José, l. 1134, fl. 45)¹⁶. ¿Formaría André Vaz parte de la tripulación de la expedición de João Fernandes Lavrador y Pêro de Barcelos? ¿integraría la armada de Pedro Álvares Cabral¹⁷, ya que en el año 1500, en la ciudad de Lisboa se preparaba entonces la segunda armada portuguesa para la India, capitaneada por Cabral, que acabaría por descubrir también Brasil? ¿O sería parte de la expedición que estaba siendo preparada en esa época por Gaspar Corte Real? Son preguntas que aún están sin responder.

Gaspar Corte Real, que también preparaba en Lisboa su expedición, solo recibió la merced regia después de que llegaron a Lisboa noticias del descubrimiento de Brasil. Contrariamente a lo que muchas veces se ha afirmado, no buscaba encontrar otro camino para la India, ya que los portugueses habían descubierto el camino marítimo para la India en 1498, a través de la Ruta del Cabo, pero sí procurar tierra firme o nuevas islas en el Atlántico Norte. En la carta del rey D. Manuel I, del 12 de mayo, que donaba la capitanía de cualquier isla o tierra firme que Gaspar Corte Real descubriese, está evidenciado el hecho de que Gaspar trabajó *«per sy ea a sua custa com nauyos e homes de buscar e descobrir e achar com muyto seu trabalho e despesa de sua fazemda e peryguo de sua pesoa alguuas jlhas e terra firme e pelo consyguymte o quer ajmda agora comthenuar»* (DP III 609). Esta no era, por lo tanto, su primera expedición. ¿Habría participado en expediciones con otros navegantes? No parece difícil que, viviendo en la misma isla que Pêro de Barcelos y João Fernandes Lavrador, Gaspar Corte Real tuviese conocimiento del viaje que estaban

emprendiendo en esa época, considerando por supuesto que iniciaron el viaje después de 1499.

Gaspar Corte Real era, por lo que todo parece indicar, un navegante con experiencia. Contrariamente a sus hermanos mayores, Vasco Anes, veedor de Hacienda, y Miguel, cobrador de derechos reales, que ocupaban cargos en la corte portuguesa y acompañaban al monarca en sus desplazamientos por el reino, Gaspar Corte Real parece haber vivido la mayor parte de su tiempo en el archipiélago de las Azores. Ya en 1488 surgía como lugarteniente de su padre en Angra, isla Tercera, y asumió, también algunas veces, el cargo de capitán en nombre de su hermano mayor, Vasco Anes, sucesor de su padre en las capitanías de Angra y de la isla de San Jorge (AA IV 404). Gaspar Corte Real era, por lo tanto, un hombre de las islas, acostumbrado a las labores de navegación y, como tercer hijo del capitán João Vaz Corte Real, se encontraba en la misma situación que Rui Gonçalves da Câmara: tenía capital para invertir, tenía experiencia, pero no tenía una capitanía propia.

Por lo que todo indica, este viaje del año 1500 debe haber sido un viaje de reconocimiento de la nueva ruta y de sus posibilidades. Gaspar Corte Real habrá regresado a Lisboa a finales del año o inicios de 1501. Así lo da a entender la carta de D. Manuel I, del 27 de enero de 1501, donde hace merced a João Martins, uno de los tripulantes de la armada de Corte Real, considerando el gran servicio que Gaspar Corte Real hiciera en el «*descobrimento da terra anunciada*» y por todo lo que «*ao deante esperamos receber*» (AA III 195), anticipando ya otra expedición. Esta nueva expedición, de 1501, ya estaba siendo preparada en abril, como se deduce de la encomienda de bizcochos a los hornos de bizcocho de Porta da Cruz, en Lisboa (ANTT, *Corpo Cronológico* I/3/52).

Sin embargo, Gaspar Corte Real no regresaría de ese viaje. Aun así, de ese viaje conocemos innúmeros pormenores gracias a las cartas de Alberto Cantino, emisario del duque de Ferrara, Hércules d'Este, y de Pietro de Pasqualigo, embajador veneciano, que se encontraba en Lisboa cuando llegaron dos embarcaciones que habían acompañado a Gaspar Corte Real en su expedición.

En su carta, Pasqualigo explicaba a sus hermanos que la armada de Corte Real había partido el año anterior con el objetivo de descubrir tierras septentrionales y que había encontrado tierra a 2 mil millas de distancia, entre el noroeste y el oeste.

Decía el embajador que *«correram 600 a 700 milhas, sem lhe acharem o fim; pelo que julgaram que era terra firme em continuação de uma outra terra que o anno passado foi descoberta no Norte, as quaes caravellas não poderam lá chegar por estar o mar gelado e infinita copia de neve»*. Tierra firme, por lo tanto, y poblada, donde las casas eran hechas de madera y cubiertas con piel de pescado. Continuaba Pasqualigo diciendo que esa tierra firme era un lugar al que nunca había llegado otro navío y donde había enormes reservas de salmón, arenque y bacalao, además de mucha madera, sobre todo grandes pinos para hacer mástiles para los navíos (cosa de la que Portugal carecía y que importaba a través de la Liga Hanseática) y terminaba diciendo que *«este sereníssimo Rei [D. Manuel I], intenta tirar grandíssima utilidade da dita terra, tanto pelas madeiras de navios de que tinha necessidade, como pelos homens que serão excelentes para as fadigas, e os melhores escravos que se tem até agora visto»* (AA, IV, p. 423).

Alberto Cantino, en la misiva que envió al duque, hizo un informe de aquello que oyera contar el capitán de uno de los navíos. Según el capitán, habían navegado cuatro semanas seguidas en dirección al noroeste y al inicio de la quinta semana *«dizem que encontraram grandísimos montões de neve congelada que iam movidos pelas ondas sobre o mar sobre o mar; da sumidade dos quaes com o calor do sol se dissolvia uma agua doce e clara»*, por lo que se pudieron abastecer de agua dulce (AA, IV, 425). Navegando hacia el noroeste avistaron tierra, con árboles muy altos, ríos y muchos peces. Llegando a este punto de la expedición, Gaspar Corte Real mandó que las dos embarcaciones regresasen al reino (aunque Cantino se refiere apenas a una carabela) mientras que él continuaría haciendo el reconocimiento de la costa.

En las carabelas que regresaron a Lisboa, Corte Real envió cerca de cincuenta indígenas, entre hombres, mujeres y niños que, según Cantino:

«são alguma cousa maiores do que o nosso natural, com membros correspondentes e bem formados, cabellos dos varões são compridos, como nós usamos, e cahem com certas voltas annelladas e tem o semblante marcado com grandes signaes, e os signaes são como os dos Indianos, os seus olhos tiram para o verde, o que, quando os fitam, dá uma grande ferocidade a todo o semblante [...] A mulher tem os peitos pequenos e o corpo muito bello, com o semblante bastante gentil cuja côr se pode dizer é mais branca que

outra cousa, mas o homem é muito mais negro. Em suma salvo o terrível olhar do homem, em todas as cousas se parecem eguaes á nossa imagem e similhaça» (AA, IV, pp. 425-426).

De acuerdo con Pasqualigo eran de aspecto muy similar a los gitanos, tenían pinturas en la cara y vestían pieles de diversos animales (sobre todo de nutria) que no estaban cosidas, sino que estaban agarradas al cuerpo a través de fuertes cuerdas hechas con nervios de pescado (AA, IV, pp. 423).

Además de estas cartas, Cantino envió a Hércules d'Este, en noviembre de 1502, el primer planisferio donde se representa la Terranova y también *la Tierra de Labrador*, que aquí hemos mencionado ya. Ambas surgen como tierras del rey de Portugal y están más hacia el occidente para que estén al Este de la línea meridiana impuesta por el Tratado de Tordesillas (1494) y, por lo tanto, en zona portuguesa. La representación de la Terranova está acompañada por la siguiente leyenda:

«Esta terra he descoberta per mandado do muy alto exçelentissimo príncipe Rey don manuell Rey de portugual a qual descobrio Gaspar corte Real cavalleiro da cassa do dito rey, o quall quãdo a descobrio mandou hũ navjo com çertos omes e molheres que achou na dita terra e elle ficou com outro navjo e nunca mais veo e crese que he perdido e aqui ha muitos mastos».

Cinco meses después de la llegada de las dos carabelas¹⁸, en enero de 1502, Miguel Corte Real solicitaba a D. Manuel I que le diese autorización para ir a la búsqueda de su hermano, ya que había pasado el plazo previsto para su regreso al reino. En la carta, D. Manuel le hace la donación de toda tierra firme o islas que descubriese es ese viaje, además de aquellas que el hermano hubiese encontrado ya (ANTT, *Chancelaria* de D. Manuel I, l. 4, fl. 3v). Pero Miguel Corte Real tampoco regresaría de su viaje y, al año siguiente, el hermano mayor de los Corte Real, Vasco Anes, solicitaba permiso para ir a buscar a sus hermanos desaparecidos en la Terranova. Esta vez, D. Manuel no le concedió la autorización, responsabilizándose él mismo por enviar una expedición de socorro. No se sabe si esta expedición de socorro fue enviada pero nunca más se obtuvieron noticias de los Corte Real o de sus navíos y en el año de 1508 los dos hermanos eran tenidos como muertos.

En 1506, Manuel I reivindicó para la Corona portuguesa el diezmo de la pesca de la Terranova, en los puertos de Via-

na do Castelo y Aveiro, lo que lleva a creer que había actividad pesquera de los armadores portugueses en esa zona, aunque, de acuerdo con la investigación llevada a cabo por Darlene Abreu-Ferreira, no es posible afirmar que el interés pesquero se debiese ya en esa época al bacalao, uno de los productos más consumidos por los portugueses en los días de hoy.

Habrán nuevas tentativas de colonización de la Tierra Nueva por parte de los portugueses en 1521 y en 1567, por parte de un descendiente de los Corte Real. Ambas serán en vano.

Investigadora CHAM – Centro de História d'Aquém e d'Além-Mar
Portuguese Centre for Global History FCSH/NOVA-UAc

¹ Sobre todo de Armando Cortesão, *The Nautical Chart of 1424 and the early discovery and cartographical representation of America*, vol. XIX, Coimbra, University of Coimbra, 1954 y de Jaime Cortesão, «Do sigilo nacional sobre os Descobrimentos. Crónicas desaparecidas, mutiladas e falseadas. Alguns dos feitos que se calaram», *Lusitânia*, Lisboa, vol. I, Janeiro de 1924, pp. 45-81.

² Aun hoy es posible ver, en una de las principales avenidas de la capital portuguesa, una estatua de João Vaz Corte Real con la leyenda «Descubridor de América, 1472».

³ A pesar de bastante fiable en los datos genealógicos que presenta sobre la élite insular y hasta de algunos acontecimientos locales, Gaspar Frutuoso no es una fuente histórica muy fidedigna y hay que tener mucho cuidado al utilizarla.

⁴ Es necesario tener en cuenta que el término *descubrir* en el siglo XV no tenía el mismo significado de hoy en día: en aquella época, «descubrir» equivalía a buscar una tierra sobre la cual se tenía algún tipo de noticia -aunque fuese de origen mitológico- y de la cual no se tenía certeza de su localización ni de la ruta a seguir para llegar a ella.

⁵ Hay cartas de donación anteriores dadas al hermano del rey Alfonso V, el infante D. Fernando, heredero de Enrique El Navegante, pero que se refieren al descubrimiento de islas en el archipiélago de Cabo Verde.

⁶ Se conocen 11 cartas de donación de islas descubiertas por la Corona portuguesa en el siglo XV, tres de las cuales fueron concedidas a la Casa de Viseu (COSTA b).

⁷ Esta delimitación geográfica surgiría también en la carta enviada a Fernão Teles de Meneses, caballero de la casa real, miembro del consejo regio y gobernador de la casa de la infanta D. Joana, en 1474, a quien Alfonso V hiciera

merced de cualquier isla que mandase a descubrir, desde que no fuesen parte de Guinea (DP III 136-138).

⁸ Fernão Dulmo es una versión latina de Ferdinand Van Olmen, sería de origen francés o flamenco. Tal vez fuese parte del grupo de pobladores flamencos llevados para la isla Terceira por Jácome de Bruges, su primer capitán, en la década de 1450.

⁹ Se estima que, en 1494, las tierras que le habían pertenecido en Madeira producían cerca de 1400 arrobas de azúcar al año (RODRIGUES).

¹⁰ Contrariamente a todas las demás donaciones, en esta carta era dada a Fernão Dulmo competencia criminal sobre todos los habitantes de la isla o tierra firme que descubriese, incluyendo la pena de muerte que normalmente era prerrogativa exclusiva del rey.

¹¹ El concepto «nuevamente» significaba, en el siglo XV, por primera vez, lo que implica una noción de novedad en el posible descubrimiento de estas islas.

¹² Este documento es indicado por Silva Marques como posterior a 1495, pero creemos que tendrá que ser posterior a 1502 y anterior a 1507, fecha del testamento de Pêro de Barcelos.

¹³ La familia Barcelos parece haber estado involucrada en la construcción naval en las Azores, o al menos es eso lo que nos da a entender el testamento de Diogo de Barcelos (GREGÓRIO II 665-666), en el que se refiere a un navío que había construido en la villa de la Praia, isla Terceira, de la cual había hecho toda la parte de carpintería.

¹⁴ El original se encuentra en el National Archives, Public Record, Office Chancery, Warrants for Privy Seals, serie II, nº 216 [Reino Unido].

¹⁵ Anónimo, 1502. Biblioteca Estense, Modena.

¹⁶Agradezco a Margarida Leme por haberme dado conocimiento de este documento inédito.

¹⁷En la carta de Pêro Vaz de Caminha enviada a D. Manuel I relatando el descubrimiento de Brasil, esta tierra es designada como Tierra de Vera Cruz, pero también como Tierra Nueva

¹⁸Aunque las cartas de los embajadores italianos tengan fecha de octubre, todo parece indicar que las carabelas venidas de la Terranova habían llegado a Lisboa en agosto de 1501.

BIBLIOGRAFÍA

- ABREU-FERREIRA, Darlene, «Terra Nova through the Iberian Looking Glass: The Portuguese-Newfoundland Cod Fishery in the Sixteenth Century», *The Canadian Historical Review*, vol. 79, number 1, March 1998, pp. 100-115.
- ALBUQUERQUE (a), Luís de, «Contribution des Portugais à la découverte de l'Amérique du Nord», *Estudos de História*, Coimbra, Universidade de Coimbra, vol. V, 1977, pp. 109-134.
- ALBUQUERQUE (b), Luís de, *Os Descobrimientos Portugueses*, Lisboa, Alfa, 1986.
- ALMEIDA, Onésimo Teotónio, *Ensaio sobre a experiência luso-americana*, Lisboa, ICS, 2010.
- ANDRADE, Rui Silvestre, *Armando Cortesão (1891-1977): Ideologia e nacionalismo na historiografia da cartografia portuguesa dos séculos XV e XVI*, Dissertação de Mestrado apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa, Lisboa, 2014.
 - *Arquivo dos Açores* (AA), 1ª série, 15 volumes, Ponta Delgada, Universidade dos Açores, 1980-1984
- BIGGAR, Henry Percival (a), «The Voyages of the Cabots and the Corte-Reais to North America and Greenland 1497-1503», *Revue Hispanique*, Paris, tome X (1903).
- BIGGAR, Henry Percival (b), *The Precursors of Jacques Cartier 1497-1534: A Collection of Documents Relating to the Early History of the Dominion of Canada*, Ottawa, Government Printing Bureau, 1911.
- BRASÃO, Eduardo, *Os Descobrimientos Portugueses nas histórias do Canadá*, Lisboa, Agência Geral do Ultramar, 1969.
- COSTA (a), João Paulo Oliveira e, «D. Afonso V e o Atlântico: a base do projecto expansionista de D. João II», in *Mare Liberum*, 17, 1999, pp. 39-71.
- COSTA (b), João Paulo Oliveira e, «Um Oceano a Explorar: A Doação de Ilhas desconhecidas pela Coroa portuguesa no século XV», *Revista Oceanos*, nº 46, Abril/Junho 2001, pp. 44-52.
- COSTA, Manuel Fernandes da, *As navegações atlânticas no século XV*, Lisboa, Instituto de Cultura Portuguesa, 1979.
 - *Descobrimientos portugueses* (DP), ed. de João Martins da Silva Marques, Lisboa, INIC, 1988 (reprodução fac-similada da edição de 1971).
- DIONÍSIO, David, «Lavrador, João Fernandes», *Dicionário de História dos Descobrimientos Portugueses*, direcção de Luís de Albuquerque, coordenação de Francisco Contento Domingues, Lisboa, Círculo de Leitores, 1994, vol. II, pp. 589-590.
- DOMINGUES, Francisco Contento, «A política de sigilo e as navegações portuguesas no Atlântico», *Boletim do Instituto Histórico da Ilha Terceira*, vol. XLV, tomo 1 (1987), Angra do Heroísmo, 1988, pp. 189-220.
- FRUTUOSO, Gaspar, *Saudades da Terra: livro VI*, introdução de João Bernardo de Oliveira Rodrigues, Ponta Delgada, Instituto Cultural de Ponta Delgada, 1998.
- GREGÓRIO, Rute Dias, *Terra e Fortuna nos primórdios da Ilha Terceira (1450-1550)*, 2 vols., Dissertação de Doutoramento em História, Ponta Delgada, Universidade dos Açores, 2005.
- LISBOA, João Luís, «Dulmo, Fernão», *Dicionário de História dos Descobrimientos Portugueses*, direcção de Luís de Albuquerque, coordenação de Francisco Contento Domingues, Lisboa, Círculo de Leitores, 1994, vol. I, p. 361.
- MATOS, Luís Jorge Semedo de, «O Atlântico Noroeste e a Terra Nova (Terras dos Corte Reais)», *Revista Oceanos*, nº 45, Janeiro/Março 2001, pp. 8-20
- MORISON (a), Samuel Eliot, *Portuguese Voyages to America in the Fifteenth Century*, New York, Octagon Books, 1965.
- MORISON (b), Samuel Eliot, *The European Discovery of America: The Northern Voyages A.D. 500-1600*, New York, Oxford University Press, 1971.
- PERES, Damião, *História dos Descobrimientos Portugueses*, Porto, Vertente, 1991 (1ª edição de 1959).
 - *Portugaliae Monumenta Cartographica*, dir. por Armando Cortesão e Avelino Teixeira da Mota, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1987 (reprodução fac-similada da edição de 1960).
- RODRIGUES, Miguel Jasmins, Estreito, João Afonso do. *Dicionário de História dos Descobrimientos Portugueses*, direcção de Luís de Albuquerque, coordenação de Francisco Contento Domingues, Lisboa, Círculo de Leitores, 1994, vol. I, pp. 397-398.
- VARELA, Consuelo, «O Controlo das Rotas do Bacalhau nos séculos XV e XVI», *Revista Oceanos*, nº 45, Janeiro/Março 2001, pp. 22-30.



¿Qué hacemos con la literatura?

Por Blas Matamoro

I

La publicación del libro de Antoine Compagnon *El demonio de la teoría. Literatura y sentido común* (traducción de Manuel Arranz, El Acanalado, Barcelona, 2015), a través de su ordenada topografía y su aseado lenguaje, permite recapitular acerca de las últimas seis décadas de teoría y crítica de la literatura, crítica teórica, teoría crítica, suma y sigue. Acaso podría identificarse su comienzo con *El grado cero de la escritura*, de Roland Barthes, un artículo de 1947 en *Combat*, pasado a libro en 1953. Compagnon –es evidente– ajusta cuentas con sus maestros y ofrece un balance, provisorio como todos los de esta materia, pero imprescindible.

El recorrido es pintoresco. La moda estructuralista propuso un tratamiento científico de la crítica, lo cual obligó a considerar científicamente la lectura y la teoría. Las ciencias del lenguaje servían de referencia y la necesidad de tener un objeto abstracto, estable y cuantificable –exigencias epistemológicas de toda ciencia– obligaba a restaurar la pureza y la autonomía absoluta de la literatura, propias del simbolismo decimonónico. Nada de impurezas históricas, sociológicas, psicoanalíticas, gastronómicas y deportivas: el signo literario es estrictamente *signico* y basta.

Agotada la moda, la sustitutiva se fue al otro extremo. La teoría de la recepción puso en el centro del fenómeno literario al lector, fechado y ubicado, de manera que la literatura volvió a tener historia y a ocuparse de un objeto inestable y variable. Hasta, con la ayuda de Bajtín, se buscó una referencia carnavalesca en la baja Edad Media y la corali-

dad de la novela, en Dostoievski, o sea en la Rusia del Ochocientos.

Haciendo un panorama, se advierte una riqueza de perspectivas, pero ancladas en el pasado. El presente crítico parece que no está ni se lo espera, que a lo sumo se apunta al eclecticismo, como toda la cultura posmoderna, o a una sonada credulidad en los medios técnicos de escritura: ordenadores y redes. Hay, entonces, una literatura 2.0 como la hubo de la Olivetti Lettera, el bolígrafo, el lápiz de carbón, la estilográfica Mont Blanc y la pluma cucharita. Es decir: estamos en una época escasamente teórica y pobremente crítica, aunque técnicamente sofisticadísima, por lo cual resulta propicia a la reconsideración y al repaso.

Compagnon propone un punto de encuentro –o sea, de partida–: la teoría se cruza con el sentido común, el lector profesional con el lector aficionado. No tienen nada que ver y acaso la literatura que cada uno entiende por tal, no lo sea para el otro. Pero, por paradoja, esta disidencia es la que otorga sentido a la teoría. Si todos los lectores de libros literarios fueran teóricos de la literatura, el gremio de los teóricos no existiría.

Otro punto de anclaje decide la suerte de la teoría, y es que cualquier razonamiento teórico no es lo que parece, sino una disimulada estética, una doctrina que se oculta, pudorosa, tras la cortina teórica. Los teóricos siempre trabajan sobre textos afines a sus postulados: los formalistas rusos sobre los futuristas rusos, los estructuralistas franceses sobre el *nouveau roman*, etcétera. Esta dispersión y este parcialismo –no me atrevo a hablar de sectarismo– con-

ducen a una convicción mayor: toda experiencia de lectura es un evento individual y, en este sentido, irreductible a la teoría, lo cual alivia la tarea del lector aficionado, que no está obligado a teorizar, y delimita al teórico, que se valida, justamente, en esa limitación. Digo más: hay en la literatura un elemento imponderable, puramente cualitativo –llamémoslo valor– sin el cual la literatura no lo es, y ese elemento, ajeno a cualquier unidad de medida, es irreductible a cualquier teoría. El asunto podría concluirse en estas líneas. Es posible tal conclusión. No es conveniente.

II

Para evitar limitaciones prevenidas como decir que alguien ha escrito una obra, un libro o algo genéricamente definido –novela, ensayo, poemarios, etcétera– se ha convenido en hablar de *texto*. Es una palabra de buen efecto gráfico porque reconoce parentesco con el tejido: lo textual, lo textil. Y, efectivamente, todo texto es un entretejido de elementos verbales que manifiestan una *textura*. Ahora bien, un prospecto de aspirinas o un anuncio publicitario tienen todo eso y difícilmente los reconoceríamos como literarios. Sobre todo porque no nos dirigimos a ellos ansiando encontrar literatura. Sabemos lo que esperamos de un texto literario, tenemos preparados nuestros *paradigmas de lectura*. Sin ellos ¿existiría acaso la literatura? A veces, la propaganda de un dentífrico resuelta en una revista de 1900 con unos alejandrinos poblados de referencias gravemente mitológicas nos causa gracia, como si se tratara de un ingenioso poema satírico. La fauna que describe

Plinio en un libro que fue científico a principios de nuestra era, es hoy deliciosamente fantástica. El *Quijote* ha admitido ser leído como una novela romántica protagonizada por un soñador idealista, una serie de parodias barrocas de géneros establecidos y hasta un protocolo psiquiátrico.

Los veloces ejemplos anteriores hacen a una suerte de historia de la lectura, es decir, que todo texto, en caso de ser releído, equivale a la historia de sus lecturas. Pero un detalle decisivo hace al que podemos considerar literario, aunque su autor, en tiempos, no lo haya considerado así. Un documento histórico –un tratado diplomático, valga el caso– está fijado a su fecha y no admite lecturas libres anacrónicas. En cambio, un texto literario sí admite ser leído al margen de su fecha de producción, fuera de tal contexto, como si acabara de ser escrito porque, sencillamente, acaba de ser leído. Cabe decir que tiene un ancho margen de interpretación y que, por paradoja, es interpretable porque no sabemos nunca, exhaustivamente –a veces, ni siquiera un ápice– qué quiso decir quien lo escribió. Vuelto del revés: si lo supiéramos, no habría interpretación, se la suprimiría por superflua, sobrarían críticos y hermeneutas, y sólo sobrevivirían entre tales gremios los historiadores de textos. Pasible de imprevistas lecturas, entonces, el texto literario presenta un aspecto de inacabamiento. A pesar de su constancia literal, en tanto legible, no se ha terminado de determinar. Esta cualidad apunta a lo ambiguo, en cuyo caso cualquier ambigüedad, voluntaria o menos, daría calidad literaria a cualquier acto de len-

guaje. Me apunto a aceptarlo. La poesía y la mitología fueron orales mucho antes de ser escritas y la permanencia del texto como fijeza literal es algo tardío. Umberto Eco acuñó felizmente la expresión *obra abierta*, en principio destinada a explicar algunas obras de la vanguardia plástica en las que podía intervenir un espectador interactivo, pintando sobre ella, encendiendo o apagando una lamparilla añadida, abriendo o cerrando la llave de un grifo con agua o líquidos menos nobles. Después cayó en la cuenta de que estaba ante un fenómeno universal. El texto está abierto, justamente, para que el lector entre en él provisto de sus propios códigos –sus propios signos– la mayoría de los cuales el autor no pudo conocer. El problema que plantea la apertura de la obra es que nadie puede aplicar un código sino al mensaje ya establecido, a las palabras del texto. Los sentidos que extraen los distintos lectores pueden ser perfectamente ignorados por el autor, pero *no por el texto*, ya que el mismo los comprendió, desde siempre, como virtualidad propia. ¿Obra de quién o de qué? ¿Acaso del inconsciente del lenguaje en sí mismo? Habrá que buscarlo, hallarlo, aislarlo y estudiarlo. Sospecho que la cacería será vana. Debemos respetar su virtualidad, su calidad fantasmal y conjetural. Hasta su caracterización enigmática, según prefiere Walter Benjamin. Abierto, inacabado ¿cómo estudiar científicamente este objeto sin confines establecidos? Creo que de ninguna manera y, sin embargo, fue la pasión de una época y un lugar. Más bien me inclino a la certera explicación dialéctica

de Compagnon: «El texto instruye, el lector construye».

III

La palabra literatura es una adquisición moderna. No parece anterior al Renacimiento y empezó siendo sinónimo de lectura. Un literato era un hombre leído, con el doble prestigio de tener cierta formación y poseer objetos materialmente valiosos, como los escasos libros de la época. Luego ha adquirido categoría institucional. Se enseña como materia en las escuelas y colegios, se estudia sesudamente en las universidades, alimenta premios, dignidades académicas y negocios editoriales. Esta tropical proliferación ha producido estupendos resultados y algunos desajustes y disfunciones como confundir la historia de la literatura con la literatura propiamente dicha, con lo cual se puede saber mucho de una de ellas sin haberse enterado de la otra. Corto la digresión y sigo.

Si se concentra en el acto de la lectura, la literatura es muy fácil de definir, pero intrincadísima de estudiar. El texto parece durable, mas ya advirtió Sartre que sólo dura mientras es leído. Leer es un acto único e incomparable y, como tal, carente de razón. A su vez, no puede prescindir del texto, que tiene su propia perdurabilidad como objeto literal, pero la realidad *real* sólo la adquiere mediando el lector. Por otra parte, si bien leer es un acto privado y singular, tiene un aspecto social que es la lengua en que está escrito el texto que se lee, y que no es algo privado ni singular. El desciframiento, la acción hermenéutica, como señalan Gadamer y Jauss, vuelve público el acto de leer.

Hay lecturas coincidentes y disidentes acerca de un mismo texto, es decir que son comparables y estas sí, razonables. El lector lleva siempre consigo sus expectativas de lectura, sus valores y sus signos, todo ello como parte de la cultura correspondiente a una determinada sociedad.

Las diversas lecturas de un mismo texto se presentan a lo largo del tiempo. Son diacrónicas y funcionan como documentos de su época. A la vez, como ya dije, admiten ser leídas sin tal elemento, sincrónicamente, como *monumentos*. Los críticos de orientación histórica y genética subrayan el primer carácter. Los formalistas, sin negar que las literaturas tengan historia, desdeñan lo histórico de ellas porque no lo consideran literario. Esto obliga a definir la literatura, hallando lo literario, constante en el tiempo y el espacio –incluyendo el espacio idiomático en el geográfico–, de modo que pueda prescindir de dichas determinaciones. ¿Se puede definir lo literario apenas por sus formalidades, sin aludir a sus propiedades? ¿No son confundibles las formas literarias con cualquier otra formalización del discurso social? ¿Cuándo nos hallamos con el primer ejemplo de un texto donde la literatura sea esencial y recaiga desde entonces manteniendo su esencialidad? ¿Podemos profetizar que seguirá existiendo esa realidad esencial llamada literatura, tal como se ha venido salvando de la usura del tiempo hasta la fecha? Facilita las cosas llevar el tema del texto al escritor. Entonces hay una noción antropológica de la literatura a partir del escritor mismo, alguien que no hace funcionar el lenguaje como

instrumento de comunicación ni como ingrediente de un objeto bello, sino como profundidad –espacio sin fondo– y problema. Palabra, más o menos, debo esta fórmula a Roland Barthes.

Otro elemento que puede ayudar a la tarea definatoria es lo que podemos denominar *espacio de lectura*. Hay textos deterministas y autoritarios, con los cuales el lector tiene poco y nada que hacer: una crónica periodística, una novela policiaca. Hay otros, más liberales y más «ricos», que conceden al lector mayor libertad, es decir, mayor tarea. Cortázar habló de lectores machos y hembras, clasificación que denota algo inaceptable si obligamos a la mujer a ser pasiva para ser mujer y al hombre, activo, etcétera. Prefiero pensar en escasez y abundancia de ambigüedad, en abundancia o escasez de materiales disponibles, es decir, de cosas para hacer por el lector. Todo ello afecta a la calidad del lenguaje en juego, denso hasta el infinito en lo literario, leve hasta el grado cero en lo no literario, desde una máxima complejidad hasta una máxima simpleza. ¿Hay otra diferencia entre un soneto de Góngora y un anuncio de gaseosa? ¿Es factible, acaso legal, dejar fuera de la Literatura la mayor parte de los libros existentes, que son literariamente malos? Desde luego, esto podría salvarse por obra de la crítica literaria si no fuera, aun en el mejor de los casos, también ella, literatura.

IV

La solución científica al problema puede parecer obligada y relativamente fá-

cil. Puesto que la literatura se produce por medio y en el medio del lenguaje verbal, a mano están las ciencias del lenguaje. Saussure y Levi-Strauss son los modelos. Lengua y habla, diacronía y sincronía. En efecto, no hay diferencia entre los usos lingüísticos y no lingüísticos del lenguaje. Es una mera cuestión de dosis: más o menos tropos. Al fondo, siempre habrá gramática, sintaxis y semántica: semiótica. El lector ha de ser objetivo y plegarse a las exigencias del texto. Su objetividad luce omnisciente. Su lectura, si es estricta, carece de importancia subjetiva porque ha de coincidir con la de cualquier otro lector igualmente objetivo, es decir, actuante en función de una acreditada teoría. Llevado a su consumación y a su reducción al absurdo, este imperialismo cientificista lingüístico puede llegar a sostener que la literatura sólo existe para acreditar una teoría, que es un ejemplo didáctico o excusa para su existencia. El único inconveniente de este planteamiento es que, así leído, cualquier texto es abordado por lo que tiene de inespecífico, es decir, obturando la obra, esa cosa única cuyos signos son irremplazables. Con ello, lo que se consigue es reducirlo, someterlo a su funcionamiento como ejemplo del gran sistema del lenguaje, un mero caso de habla escrita dentro del código de la lengua. El paradigma es la lectura paralela que de «Los gatos» de Baudelaire hicieron Jakobson y Levi-Strauss: líneas paralelas trazadas por un mismo dibujante, acaso anónimo. Ciertamente, las palabras de Baudelaire están –todas ellas– en el código de la lengua francesa, donde de ninguna manera aparece el poema de Baudelaire.

V

El formalismo, partiendo de la base anterior, propone, como decide Riffaterre en ingeniosa fórmula, leer el texto nudo y pelado sin tener en cuenta ningún elemento exterior –en primer lugar: el lector–. En el París de la década de 1960 se sostenía que un relato no representa nada porque no es mimético, no tiene ninguna relación referencial con el mundo ni con la realidad. La propuesta demuestra una obsesión por la realidad que coincide con la de los realistas acérrimos, a los cuales se combatía polémicamente. Para negarla o prescindir de ella, hay que tenerla en cuenta, conocerla. Pero entonces: ¿quién la conoce exhaustivamente para hacerlo, para que no se cuele donde no debe? Realistas y antirrealistas convergen en contestar: nosotros.

Un texto, para el formalismo, jamás habla del estado de cosas externas. Cuando se refiere a ellas, crea una ilusión, una imagen sin objeto. La pregunta que se genera es: ¿carece de realidad esa producción ilusoria? ¿No hay un lector *real* que llega al texto para ilusionarse? ¿No es este efecto de estar ante algo *real* lo que constituye la lectura literaria? De lo contrario, ese texto que no se refiere a nada real ¿qué nos está narrando? Flaubert se propuso escribir un relato sobre nada, es decir, sin tener que aceptar un presupuesto –experiencia, convicción, valores, ideologías, etcétera–, pero no concluyó que el texto no produjese esos presupuestos, entre los cuales está, en primer lugar, la fe literaria, la creencia en algo que está fuera del sujeto, que tiene una realidad objetiva y que consiste en el lenguaje,

productor del mundo. Emma Bovary es el modelo del personaje que cree en la realidad de las novelas que ha leído y a partir de esa creencia construye su existencia, su real existencia. Don Quijote lucha contra un molino de viento que él cree encarnación embrujada de unos gigantes. Cuando cae al suelo impulsado por las aspas del molino, sigue creyendo que ese molino es un gigante hechizado y hechicero. Esa es su realidad existencial.

El formalismo reclama la pureza para sus formas literarias. Es insostenible que una forma verbal pueda llegar a ser pura, hasta que alcance a ser absoluta, como en la propuesta de Mallarmé. Forma pura tiene el signo musical, porque no señala ninguna referencia concreta. En la *Sinfonía pastoral* de Beethoven hay tormenta, campesinos que celebran la lluvia y amables paseos por un risueño paisaje –si es que echamos mano de los epígrafes escritos–, pero nada sabríamos de ello escuchando los signos puros y pelados de la orquesta. La palabra, fatalmente, siempre significa algo y está en el mundo porque es mundana, impura, revestida y traspasada de mundanidad.

La vieja y traspuesta estilística de Spitzer y Croce, por ejemplo, admitía la poética de los géneros y las fórmulas retóricas –históricas todas ellas– que sostienen la producción literaria, pero a partir de que toda obra de literatura es única y propone, si no un género, sí una especie. Pero ha de advertirse que, si hablamos de estas categorías, nos referimos a la productividad del lenguaje, que siempre ocurre en un lugar y un momento. Productividad histórica del

lenguaje, no esencia intemporal de la literatura. Agudísimo, Jakobson reduce el romanticismo y el simbolismo a la metáfora y el realismo, a la metonimia. Con estas certeras y frugales categorías ¿seremos capaces de leer *Guerra y paz* o *Los cantos de Maldoror*? La lectura purista y objetiva explica, pero ¿comprende? Se puede postular, como doctrina estética y no como teoría, la intransitividad del lenguaje literario que defiende Foucault. La literatura sólo se afirma a sí misma, nada dice de otra cosa. Escritores ha habido que propusieron una lengua propia para sus textos: Oliverio Girondo, Xul Solar y su neocriollo, a raras César Vallejo, Gómez de la Serna y Cortázar en alguna página de *Rayuela*. ¿Es posible leerlos sin conocer su código intransitivo, su idiolecto? Los demás, mal que le pese a Foucault, transitan hacia el mundo por medio del código de la lengua, en su caso la francesa.

Todo texto no es que aluda a una realidad exterior, sino que forma parte de esa realidad. Formulado en el código de la lengua, conecta con todo lo que la lengua posee de antemano y es exterior al sujeto que la ha aprendido y que lo constituye como tal sujeto, que lo sujeta. Tiene historia, memoria objetiva, usos y costumbres, valores, un tejido de relaciones entre individuos humanos, ese tejido que llamamos sociedad. Valéry lo describe más sencillamente: la sociedad empieza cuando alguien dice *vous* (usted, vosotros). Está invocando a otro, a un interlocutor que está fuera de él y con el cual se conecta por la palabra, que a su vez le ha sido dada por el aprendizaje y la convivencia. No hay palabra sin afuera de la palabra.

Quien habla y escribe tiene un cuerpo y quien escucha o lee, también. Pensar que no son referenciales equivale a decir que no existen, que la relación del escritor con la palabra no pasa por su cuerpo ni por los cuerpos ajenos. Desprovista de esta referencialidad, la palabra pierde su existencia en pos de su esencia, algo propio de la iluminación mística, pero no del quehacer literario. De nuevo Mallarmé: la palabra pura es vacua, estéril, una experiencia pasiva de la nada, muy válida para una mística contemplativa y nihilista ante la cual, más bien, el escritor reacciona colmándola de eso que llamamos literatura. La deriva de los formalismos ha conducido a una verdad de Polichinela: la literatura se distingue de otras experiencias de lenguaje por acudir a fórmulas retóricas, a fórmulas que, heredadas o inventadas por el escritor, sirven para persuadir, eventualmente para seducir. Tengo lo que no tienes y deseas, por eso te seduzco. Con lo que resulta imposible concebir una literatura sin esta referencia al semejante, fantasma que la palabra encarnada en el cuerpo del uno, se encarna en el cuerpo del otro.

VI

Presente en el cuerpo que habla y escribe y en el verbo en que se habla y se escribe, la historia anida en cada rincón de la escritura. Para el caso, es tanto la historia de las literaturas –eventualmente, de una supuesta literatura universal, lo cual impone que haya literaturas no universales, exclusivas y excluyentes– como la historia literaria, es decir, la historia de las distintas historias de las literaturas escritas a lo largo de la Histo-

ria. En fin, algo sin fin: una espiral que hace girar la generalidad de un esquema sobre una línea de puntos temporales, únicos y distintos.

¿Se puede hacer una historia de la literatura? Apretando los términos: ¿dónde cabe la historia de tal o cual texto? La respuesta elemental es afirmativa, apela a la génesis y se remonta al origen de dicho texto, a su grado cero histórico. Gadamer y otros hermenéuticos han indicado que dicha exploración es imposible, dado que el momento histórico en que una obra se produjo resulta irreproducible por haber perdido su presencia. Sí, en cambio se puede reconstruir otra deriva: la suma de las lecturas hechas en cada época y cada lugar, destejiendo la trama del texto sobre el texto, lo que Montaigne llamaría el entreglosamiento de las glosas. Son las pobres palabras que nos dejan los siglos, dice Borges, pero esa pobreza nos hace humanos.

Más estrictamente, la historia de las lecturas es la historia de la verdad, entendida como verosimilitud epocal. Cada tiempo tuvo/tiene su propia noción de lo que es *verdaderamente* un texto literario, noción que los años y los siglos discuten, derogan, modifican, ignoran, etcétera. La historia de la verdad es, entonces, el ordenado recuento de distintas convenciones –llámense ideas, si se prefiere– acerca de lo que es verosímil, de lo que parece verdadero a riesgo de no serlo. En ello se vive, por lo que, orteguianamente, más que una idea es una creencia. Lo verosímil es un pacto que se establece entre texto y lector, entendiendo el primero como un sujeto virtual y el segundo, como un sujeto

real. Corpóreo, según queda dicho. El otro es mero *corpus*. Los más escépticos optan por pensar que estamos ante una sucesión de prejuicios, de paradigmas de lectura aceptables/inaceptables que se alteran o varían con los tiempos. De todos estos presupuestos ha surgido la oposición más radical a los formalismos, la teoría o estética de la recepción –Jauss, Yser, etcétera–. En realidad, consiste en historiar las interpretaciones diversas sufridas por un texto, ya que recibirlo es, necesariamente, leerlo, interpretarlo. Un texto se representa al ser leído, en ocasiones una lectura imita a la otra; en cualquier caso, se conviene un criterio, susceptible de ser, a su vez, criticado. Estas variantes ofrecen diversidad, pero también semejanzas, sin las cuales sería imposible aquélla. En general, se entiende que una interpretación posterior es siempre más moderna que otra anterior, lo cual hace necesaria y dependiente la sucesión. Luego vienen las actualizaciones y lo que ayer fue moderno, hoy puede resultar un prejuicio sustituible.

En este orden, el elemento quizá más decisivo es el llamado *estilo*, palabra íntimamente ligada a la escritura y, en consecuencia, a la lectura. Estilo es el punzón con que se labraban las palabras sobre tablillas de piedra, barro o madera, allá en los comienzos de la escritura. Aún hoy llamamos estilete, en castellano, a un pequeño puñal. Quede para otro momento el meditar sobre esta asociación entre escribir, labrar, seccionar y ¿por qué no? también matar. Importante: el estilo admite cualquier definición. Puede ser sinónimo de manera o costumbre y vincularse con el

acto de repetir. Se lo puede considerar un mero ornamento que hace bonita una palabra y la trasmuta en literaria. Pero, asimismo, puede vérselo como el rasgo escritural que diferencia la literatura de otros registros del lenguaje, lo que hace a la literatura como tipo verbal, síntoma de algo mayor porque apela a normas, es decir a la cultura de una época y una sociedad, en sentido amplio. Esta asociación que parece diáfana y es muy compleja, fue tratada por la estilística, disciplina a menudo reducida a ser un machacón y simplón escrutinio de recursos retóricos: tal poeta prefiere las oraciones bimembres en tanto tal otro las trimembres, y no hay nada más que escrutar.

Desde luego, advertir el estilo es obra de un lector atento y perspicaz, lector paradigmático que todavía no abunda en nuestra especie. Más aún, los lectores convencionales enfatizan las herencias, creen leer lo que otros ya han leído antes que ellos, en tanto los lectores transgresores atacan las herencias y, con toda su hermosa arrogancia, se consideran pioneros de la lectura, inauguradores de lo que, fatalmente, será una nueva tradición. Ambos se oponen, es decir, se necesitan. Durante siglos, se leyó a Dante como un alegorista de la teología oficial. Un día, resultó inquietante ver que, una tras otra, aparecían sus imposturas teológicas. Para describir éstas, aquéllas resultan imprescindibles. En cualquier caso, para no perdernos en el laberinto, Ariadna nos ha provisto del estilo, un puñalito por si el Minotauro se nos echa encima. En tal supuesto, el lector se vuelve torero. Sea lo que fuere, sigue siendo el protagonis-

ta y el guía de esta mi derrota, es decir la que dibuja mi derrotero. Pero no todos los lectores son igualmente lectores. Si se miran las estadísticas –describen, pero no comprenden– la mayor parte de ellos resultan ser lectores de género. Esto implica que admiten leer lo ya leído, saber de antemano con qué se han de encontrar. El más significativo es el lector de *best sellers*, dispuesto a aprender del más aplaudido, el que ha soportado y triunfado ante un mayor número de lectores. El lector de género es lector de predicamento y de éxito, valores a tener en cuenta porque pertenecen al paradigma del buen vendedor, tan fuerte en nuestras sociedades. Luego están los lectores sectarios que se entregan a un género como el único creíble: libros policíacos, históricos, eróticos, sentimentales, etcétera. Dejo de lado al lector institucional, al que ha leído en invierno lo que el profesor de literatura le ha obligado a leer y que, llegado el verano, se olvida y lo sustituye por la *playstation*. Sin embargo, entre las lecturas escolares se filtran los clásicos, palabra elocuente que, como toda muestra de elocuencia, nada significa por sí misma. En verdad, significa demasiado y requeriría sinónimos. No acudiré a ellos. La definición que prefiero es la de Italo Calvino: clásico es el escritor que todavía no se ha terminado de leer. O Goethe: lo que en todo caso resulta novedoso, como recién hecho. Aunque antiguo es siempre nuevo. Comentario: el que nunca aburre porque no te expulsa del texto, te hospeda en él aunque no sea un confortable cuarto de hotel, sino un patíbulo o un campo de batalla. Es intemporal porque no per-

tenece sólo a un tiempo, pero también histórico porque pertenece a varios. Es siempre el mismo, mas con la enigmática capacidad de ser siempre distinto, y la diversidad de lecturas soportadas así lo acredita. Hay interpretaciones más trascendentes. Los hermenéuticos atribuyen su permanencia a que son obras capaces de significarse e interpretarse a sí mismas, lo cual las protege de la usura temporal. Adorno lo advierte en algunos síntomas: se vuelve clásico un texto poco a poco, cuando sus efectos primarios –las primitivas impresiones de lectura– son divulgados, aceptados y cuestionados, sobre todo cuando se los parodizan, o sea, cuando se los toma irónicamente en serio. Hegel pretende todavía más: clásica es la obra cuya inmanencia coincide con la del mundo, lo cual produce su universalidad. Por mi parte, entiendo que aquí el filósofo atribuye a la literatura un carácter de revelación: la oculta inmanencia del mundo aparece descubierta por la palabra poética. Volvemos al principio. El clásico tiene algo de nativo, que es su objetividad literal, pero no sólo nace clásico, sino que se hace, que se va haciendo a lo largo de la historia.

VII

De algún modo, el lector produce el texto aunque no lo haya creado, aprovechando sus blancos y márgenes para introducir sus propios signos. Sin duda, por si alguna cupiere después de lo dicho, es sujeto de la literatura, pero no es el único. Antes que él, ineludible, está quien escribió lo que anda leyendo. Llamémoslo autor. La etimología de esta palabra es inquietante. *Auctor* llamaban

los romanos al general victorioso que tomaba por asalto una ciudad. Su cualidad era la *auctoritas*. De algún modo, el escritor hace lo mismo: conquista con su autoridad la vana ciudad de la página o la pantalla en blanco. Ahorro el tema de los daños colaterales.

A pesar de tal imponencia, si reducimos la literatura a una serie de actos de lenguaje, el citado sujeto resultará bastante frágil. En efecto, el sujeto de la enunciación no existe antes de ella y sólo subsiste mientras enuncia. De tal modo, el llamado autor –el firmante de la autoría– de un libro apenas subsistiría mientras se lo lee, pura virtualidad que se materializa de modo pasajero. Pero lo mismo puede decirse del lector, que sólo existe como lector mientras lee. Todo texto, por su parte, plantea una suerte de lector modélico, capaz de entender correctamente todo lo que el texto dice. Como nunca se sabe del todo todo lo que un texto dice, este lector implícito tiene una identidad parcialmente muy borrosa y hasta, tal vez, utópica. Al respecto, Yser nos ha dejado algunas páginas de especial lucidez. Cuando decimos que leemos un libro, en realidad, como mucho, podríamos aseverar que *estamos leyendo* un libro. La totalidad de su texto, desde el punto de vista de la presencia, nunca la tenemos a disposición. Es, en rigor, ilegible y el adjetivo va en plan descriptivo y no judicativo, como suele usarse. Al terminar la lectura de un libro, lo que retenemos de él es una parcialidad que guarda nuestra memoria y un esquema de lectura que nos permite hablar algunos minutos o algunas horas de una tarea que nos ocupó varias semanas. Muchas veces se

ha personificado al lector como viajero textual, alguien que atraviesa el espacio imaginario de un texto. Más bien yo lo consideraría un paseante móvil y errático, un personaje que deambula sin tener una meta preestablecida, sino que anda tratando de diseñarla. Tampoco me gustan las figuras, asimismo al uso, del detective y el cazador. Quien lee no investiga un crimen, aunque algunos libros sean tan malos que lo orillen, ni va tras un animal salvaje (ídem) para utilizarlo y aprovechar su carne o su pellejo. Prefiero la imagen del *flâneur*, del garbeador que vaga por una ciudad ya construida y ordenada como quien recorre un paisaje virgen, aventurándose.

Kant propone otro modelo. La experiencia estética es la que supone una contemplación desinteresada del objeto. Más bien se trata de una propuesta moral que embellece la cosa o reconoce su belleza: el receptor de la obra *debe abstenerse* de todo interés. Pero se trata de un sujeto utópico, como siempre en Kant, desprovisto de cuerpo. Si algo no me interesa ¿cómo detenerme a admirar su belleza? El filósofo confiaba en que la razón, única y universal, si todos los hombres la obedeciéramos, nos haría gustar estéticamente de las mismas cosas y con las mismas maneras de gusto. Con lo cual la abrumadora mayoría de la historia del arte quedaría fuera de juego. Ahora bien: cuando ya tenemos al lector como quien lee y recuerda haber leído, ¿qué ha sido del autor? No me refiero a la figura jurídica del titular de un texto, sino al supuesto sujeto que responde a tal nombre, así se trate del prolífico Autor Anónimo. A veces, se limita a ser un mero pseudónimo de

alguien que nunca existió, como Homero. Otras, de personajes de los que poco sabemos, como Virgilio y Cervantes, o de cuya existencia real se duda, como Shakespeare, o de imposturas y apócrifos, como Ossián. Ha habido propuestas de considerar que no existe porque no cuenta en la lectura. Y, ciertamente, podemos leer un libro ignorando quién lo ha escrito, dando la autoría a una función textual, un centro de imputación al que llamamos autor implícito. Pero también es hacedero lo contrario y averiguar cuanto podamos de quien se dice que lo escribió. El único inconveniente es la desproporción de ambas informaciones: el libro tiene exactamente todos los signos que le corresponden, en cambio una biografía es imposible que contenga todo lo cognoscible del biografiado, aparte de que varias biografías del mismo sujeto pueden divergir notoriamente. Pero, al fin, leer es la actividad de un sujeto, algo subjetivo y él es, junto con el Papa de Roma, el último monarca absoluto en una época republicana. Quiero decir que los lectores tenemos toda la libertad que seamos capaces de ejercer para poner en juego cuantas herramientas de lectura nos parezcan pertinentes. Por otra parte, es difícil quitarse del medio al señor o a la señora que suscribe un libro. Desde luego, llegar a saber en qué estaba pensando Lope de Vega mientras escribía *Fuenteovejuna* es imposible y, en consecuencia, inútil. Lo que importa es lo que Lope piensa en

Fuenteovejuna y lo que nos hace pensar al leerlo. De lo que no cabe dudar es de que deseó escribir ese texto, no tanto porque en su caso particular sabemos o nos parece saber que era un hombre deseoso, sino porque todo lenguaje es intencional en tanto consciente –nos lo dice Husserl– y toda palabra es deseante en tanto inconsciente –nos lo dice Freud–. A quien escribió lo que leemos le ocurrió lo mismo que a nosotros: intentó y deseó. Lo que subsiste dicho lo prueba.

La literatura es lectura y sólo leemos lo que está escrito. Esta doble obviación es una adquisición tardía del hombre, ya que muchas culturas ni siquiera alcanzaron a tener lenguaje escrito. Lo más seguro es que nunca sabremos cómo fue que a algún velludo antepasado nuestro se le ocurriera dibujar unos signos que graficaran su pensamiento, que lo convirtieran en simbólico al objetivarlo fijamente. El hombre había inventado el canto, luego el habla, luego la figura mimética o abstracta que pintó en las paredes de una cueva, mucho antes de tener escritura. Sólo a partir de entonces pudo empezar a pensar en la literatura hasta que apareció la teoría, el demonio teórico, como lo define Compagnon. La raíz de la palabra *teoría* es doble: ver y ordenar, percibir y enfilear. Ver para ordenar lo que vemos y verlo mejor al ordenarlo ¿Qué otra cosa hacen el escritor y el lector?

* Antoine Compagnon *El demonio de la teoría. Literatura y sentido común* (Trad. de Manuel Arranz). El Acanalado, Barcelona, 2015.



Bajo las ramas de un olmo

Sensibilidad e inteligencia en plantas y árboles

Por Juan Arnau

El diálogo con los árboles, proscrito en la modernidad, comienza a vivir mejores momentos. Hubo un tiempo en el que no era una excentricidad. El culto a los árboles está bien documentado en la Antigüedad. Los viejos santuarios germánicos fueron bosques naturales y en Upsala todos los árboles eran considerados divinos. En el santuario de Asclepio en Cos la multa por cortar un ciprés ascendía al millar de dracmas. En Grecia, Zeus era reverenciado en el roble oracular de Dodona. En la Roma imperial las serranías revestidas de robles significaban fertilidad para el suelo y fecundidad para los ganados, y todos los belloteros se consagraban a Júpiter. Para los celtas de la Galia no había nada tan sagrado como el muérdago y el roble sobre el que crecía. Los robledales eran el escenario del rito druídico; Zeus era para ellos un gran roble y los druidas eran los «hombres del roble». Para teutones, eslavos, griegos y romanos, el dios del roble era también el dios del trueno, presidía los cielos y enviaba la lluvia. Los lituanos mantenían fuegos perpetuos, como los hindúes, con leña de ciertos robles en honor a su dios, y si alguno de ellos se apagaba lo volvían a encender frotando madera del árbol sagrado. En Centroeuropa se creía que cuando un roble cae emite gemidos que pueden oír los pájaros y los chamanes. El genio del árbol podía vengarse y los leñadores le pedían perdón antes de talarlo.

Si de Europa nos desplazamos a Asia, África o América, los ejemplos se multiplican. Para los indígenas el mundo está animado y, claro está, los árboles tienen también su alma. Entre los budistas hubo una antigua querrela sobre si

las plantas tenían conciencia. La sombra del álamo, en el alto Missouri, alberga ciertos poderes que pueden ayudar en determinadas empresas. En el África oriental destruir un cocotero era equivalente al matricidio. En general, la idea subyacente a estos cultos era que los árboles eran depositarios de antiguos poderes. Desde hace tiempo sabemos que los combustibles fósiles, el carbón, los hidrocarburos, el petróleo y el gas, son depósitos orgánicos, acumulación subterránea de energía solar a lo largo de extensos periodos geológicos. El mundo vegetal no sólo constituye más del 99,7 % de la biomasa del planeta, sino que se encuentra en la base de la cadena trófica y sostiene la vida animal. Vivimos rodeados de plantas desde nuestra aparición en la Tierra; de ellas depende nuestra alimentación, nuestra respiración y nuestras fuentes de energía. Todo lo que comemos, incluida la carne y el pescado, es vegetal o se alimenta de vegetales para convertirse en lo que es. Y así como no domesticamos todos los animales y nos alimentamos fundamentalmente de buey, cerdo o pollo, tampoco cultivamos todas las plantas –algunas no se dejan– y nos alimentamos básicamente de maíz, arroz, trigo, patata, soja y caña de azúcar. Ellas podrían vivir sin nosotros, pero nosotros sin ellas nos extinguiríamos.

Entre los poderes arbóreos está el de la fertilidad y la sanación. Los hindúes cultivadores de mangos casan a uno de sus árboles con otro de distinta especie, generalmente un tamarindo, para que la cosecha sea abundante. En ciertas tribus australianas los ancestros se transforman en árboles, por lo que se les habla con respeto y reverencia. No eligen como

morada un simple matorral, sino árboles altos y majestuosos. Nunca se pasa junto a ellos sin inclinarse y cuando sus hojas susurran al viento es el espíritu del difunto que inicia un parlamento. Pero no todas las almas eligen como morada los árboles. En Corea, sólo las que han perdido su cuerpo en los caminos o tras una epidemia. En China se plantan cipreses sobre las tumbas para fortalecer las almas de los fallecidos. Los espíritus arbóreos hacen prosperar las cosechas, convocan la lluvia, multiplican los rebaños y bendicen a las mujeres con hijos. Ya sea en Tanzania o en Suecia, a la mujer estéril le conviene de vez en cuando abrazar a un árbol. Desde Escocia al Palatinado, el espíritu de los árboles y las plantas tiene un poder sacramental, destinado a sanar el alma. De las plantas extraemos la mayoría de los componentes de nuestra farmacopea. Parece demostrado que su presencia disminuye el estrés y aumenta la atención, influyen de manera positiva en el ánimo. Tanto los niños como los convalecientes agradecen su compañía y hasta hay quien sostiene que en los caminos franqueados por árboles se producen menos accidentes.

El árbol es también símbolo del Eje cósmico, la vía o ruta que hace posible el vuelo místico o el vuelo de la mente que los budistas llaman *dhyana*. Un eje que conecta los tres mundos: el de los dioses, el de los hombres y el de los abismos. O, en el caso budista, el mundo del deseo –que comparten los seres de los abismos, los animales, los hombres y algunas divinidades–, el mundo de la materia sutil –donde solo se ve y se oye– y el mundo inmaterial –sede del origen, una vez el karma repliega el universo–. Por

esa ruta se desliza el chamán, el ángel o el *bodhisattva* en su afán por custodiar las almas. En Asia Central el árbol invertido, con las raíces en el cielo, es símbolo del Árbol del Mundo, otras un álamo blanco de siete ramas, de cuya madera hace el chamán su tambor. Escalando el árbol ritual se sube a la cima del mundo, en cuyas ramas se posan las almas de los hombres. No deja de ser ilustrativo que sea la música de dicho tambor la que permite el desplazamiento a través del eje del mundo. La comunicación entre el cielo y la tierra es posible gracias al Árbol Cósmico, que deja un rastro –sus propias ramas– para llegar hasta Él. El chamán sube simbólicamente al cielo trepando por el álamo o tocando el tambor y mediante esa ascensión restablece un situación que originalmente compartían todos los seres: la comunicación entre el cielo y la tierra o, como diríamos hoy, trascender las limitaciones del espacio y del tiempo.

El Árbol cósmico cuya copa es el cielo y de cuyas raíces brota un manantial milagroso, representa el universo en su totalidad. Esa profunda unidad enlaza un polo femenino, representado por la serpiente, el agua y la tierra, y un polo masculino, representado por el águila, el viento y el fuego. En términos del *samkhya*, por la unión de un principio creativo y otro contemplativo, sin la que no se percibiría la evolución del mundo. El Árbol ilustra la regeneración continua, el manantial inagotable de los brotes, fecundo y perenne, el carácter sagrado del mundo. Es aquel que vive y hace vivir, y también es el señor de los hados, pues en sus ramas se posan todas las almas. Una fuerza irresistible que obra sobre

los acontecimientos, un libro en cuyas hojas está escrito el destino de los seres. Cada vez que uno de ellos muere cae una hoja, pero con cada primavera brotarán nuevas.

El Árbol no es únicamente un dedo señalando al cielo. Representa el origen, suministra la madera del tambor que hace posible el vuelo mágico, y abre la vía que comunica los tres mundos. Según uno de los mitos de los samoyedos, un pueblo de las costas árticas de la Rusia europea, un enfermo de viruela permaneció inconsciente durante tres días. Cuando lo llevaban a enterrar se vio en el centro de un mar y escuchó la voz de la enfermedad: «recibirás de los señores del Agua el don del chamanismo». La enfermedad enturbió el agua, pero él consiguió alcanzar la costa. Escaló una montaña y en la cumbre encontró una mujer desnuda, la Dama del Agua. Mientras mamaba de sus pechos ésta le dijo: «Eres mi hijo y tropezarás con incontables dificultades». Su marido, el Señor del Infierno, le facilitó dos guías, un ratón y un armiño, para que le condujeran a los abismos. Le mostraron siete tiendas abiertas por el techo. Entró en la primera y se encontró entre los habitantes del infierno, que acto seguido le arrancaron el corazón y lo echaron en una marmita. En otras tiendas conoció al señor de la Locura y a los señores de otras enfermedades nerviosas que torturan a los hombres. Llegó después al país de las mujeres chamanas, donde le fortalecieron la garganta y la voz. Lo llevaron a orillas de los Nueve Mares y allí divisó una isla en cuyo centro crecía un álamo blanco que se elevaba hasta el cielo. Era el Árbol del Señor de la Tierra, alrededor de cuyo

tronco crecían nueve arbustos, antepasados de todas las plantas que existen. En los mares que rodean al árbol vio nadar diversas variedades de patos y en lo alto de la copa vio hombres de diferentes etnias. Oyó decir: «se ha decidido que tengas un tambor hecho con las ramas de este árbol» y empezó a volar junto a las aves. El Señor del Árbol dio también ramas al resto de los hombres, para sus viviendas y otras necesidades, y reveló al iniciado las virtudes medicinales de las siete plantas.

Este mito y otros similares hablan de otro tiempo en el que un camino en forma de árbol enlazaba la Tierra con el Cielo. Gracias a él se pasaba de un ámbito a otro sin tropezar con obstáculos, pues no existía la muerte y los hombres se comunicaban fácilmente con los dioses. Subir a un árbol fue, y sigue siendo, un motivo de la ascensión del espíritu. Después vendría la historia y sus fracasos y las comunicaciones quedarían interrumpidas. El árbol quedó como antena en desuso de aquella conexión cósmica. Entre los pueblos tibeto-birmanes el alma del difunto, si quiere abrir el puente del cielo, atraviesa de la mano del chamán los infiernos hasta llegar al noveno. Tras el descenso, escala siete Montañas de Oro y llega al pie de un árbol cuya copa sostiene la medicina de la inmortalidad. Puede entonces contemplar el Árbol del Pensamiento o Árbol de la Palabra, que plantado en el centro del Universo, lo sostiene con sus mil ramas.

La nueva biología parece en sintonía con estas viejas leyendas. Recientes investigaciones confirman que las plantas poseen nuestros cinco sentidos y al-

gunos más –los expertos listan quince–, son capaces de comunicarse con otras plantas, con insectos y microorganismos, y de tener una vida social, e incluso de desarrollar conductas inteligentes. Stefano Mancuso ha recogido los datos en un enjundioso libro, al tiempo que ha denunciado cómo, a lo largo de la historia, hemos ninguneado a las plantas –negación inconsciente de que dependemos de ellas–, considerándolas sin apenas inteligencia o sensibilidad. Uno de los motivos de este desprecio es la lentitud. El mundo vegetal vive más despacio y mientras las mariposas que viven un día, las abejas dos meses, los perros veinte años y el ser humano ochenta, hay especies de tejos, cedros y pinos que pueden vivir milenios. Todos los seres tienen ritmos vitales diferentes y la lentitud de las plantas oculta a las bestias su animación. Pero, como decía Horacio, quien crece lento crece bien. Las plantas están como nosotros sujetas a las pasiones, pueden ser generosas o mezquinas, honestas o fraudulentas. Incluso puede decirse que son conscientes de lo que son y de lo que las rodea.

Los primeros pasos hacia el reconocimiento de la vida interior de las plantas fueron dados por el explorador y naturalista Carl Linneo (1707-1778). Este inmenso clasificador, conocido como «el príncipe de los botánicos», fue un héroe para Goethe y Rousseau. En 1755 escribió un breve tratado sobre el sueño de las plantas, suscitado por la observación de la posición que adoptaban las ramas y las hojas durante la noche. Hasta hace poco más de una década, cuando se demostró que la mosca de vinagre duerme, los científicos sostenían

que sólo lo hacían los animales más evolucionados. Como señala Mancuso, las plantas serían un buen modelo para estudiar el sueño. Durante la noche, la posición de las hojas sigue una ley general: adoptar la posición que tenían cuando eran brotes: imitar durante el sueño la postura de las primeras fases de su crecimiento, regresar al origen. También ellas duermen más de jóvenes que de viejas.

Las plantas son sofisticadas y complejas. Darwin les dedicó seis libros y setenta ensayos y fue plenamente consciente de que las plantas eran organismos inteligentes, pero también sabía que su tiempo no estaba preparado para semejante afirmación. Dijo en varias ocasiones que las plantas eran los seres más extraordinarios que había conocido, y que, como en el árbol invertido de la mitología, sus raíces eran similares al cerebro. Su hijo Francis heredó esa sensibilidad y con el tiempo se convertiría en un destacado botánico. En 1908 publicó en *Science* un artículo de más de treinta páginas en el que declaraba la inteligencia de las plantas, creencia que compartía Federico Delpino. El botánico napolitano había observado cómo las plantas utilizaban a los insectos en sus estrategias de supervivencia. No sólo como difusores del polen durante la polinización, sino también como defensa. Las hormigas protegen a la planta que las hospeda y su trabajo es remunerado con néctar. Y ellas también demuestran inteligencia al defender a la fuente de su sustento.

Pero vayamos a la raíz del asunto. Los primeros seres vivos que aparecieron en el planeta fueron al parecer las algas, organismos de tipo vegetal que crearon el oxígeno que hizo posible la di-

fusión de la vida. La célula vegetal es más sofisticada que la animal, pues posee un orgánulo extra, el cloroplasto, que hace posible utilizar la energía del Sol y una pared celular más robusta. Es decir, pueden alimentarse de la luz y tiene la piel más dura. Respecto a lo demás, la célula animal y la vegetal son muy similares. En el ámbito animal, el paramecio, un microorganismo unicelular cuyo cuerpo está cubierto de cilios, puede remar en el agua, identificar la comida y llegar a ella. A través del microscopio muestra un comportamiento refinado. Lo mismo puede decirse de la ameba, que si tuviera el tamaño de una ballena consideráramos de modo diferente. En el ámbito vegetal, la euglena, alga unicelular, satisface sus necesidades mediante la fotosíntesis, pero cuando escasea la luz se transforma en depredadora y se comporta como un animal. Ambos pueden reproducirse y ambos emiten señales eléctricas a través de sus cuerpos. Pero la euglena tiene la capacidad de situarse en el lugar donde pueda recibir mejor la luz y alimentarse de ella, algo que el paramecio no sabe hacer. Quizá fuera esa autosuficiencia la que hizo adoptar a las plantas un estilo de vida sedentario, mientras los animales quedaban abocados a la itinerancia.

La elección del sedentarismo exige renunciar a los órganos, o que los órganos se encuentren a lo largo de todo el cuerpo, de modo que si un depredador da un mordisco a la planta ésta no pierda capacidades sensibles. Y la inteligencia evolutiva se puso a ello, dando lugar a una estructura en la que cada parte es importante, pero ninguna indispensable. Mientras los animales concentran sus funciones vitales en unos cuantos

órganos: corazón, cerebro, pulmones y estómago, en las plantas las funciones vitales y sensibles no están ligadas a órganos. De modo que respiran sin pulmones, se alimentan sin estómago y toman decisiones sin cerebro. Algunas especies pueden ser depredadas hasta un 95% sin que ello suponga un grave problema para crecer de nuevo. Los animales son individuos y como tales tiene un cuerpo indivisible. No así las plantas, que no son individuos. Como apunta Mancuso, la forma adecuada de pensar en un cactus o un arbusto consiste no en compararlos con un animal, sino en imaginarlos como una colonia. Un árbol se parece más a una colonia de abejas o de hormigas que a cualquier animal. En este sentido, las plantas son buenas maestras en el desprendimiento del yo, de ahí que algunos yoguis parezcan más vegetales que humanos. Y su inteligencia es una inteligencia de enjambre.

Pese a no tener ojos, narices ni orejas, las plantas ven, huelen y oyen. Y no sólo eso, las plantas poseen nuestros sentidos y otros quince. Son capaces de interpretar la luz y reconocer su calidad. Su comportamiento muestra estrategias complejas para obtener el sustento, cálculo de riesgos e inversiones y previsión de beneficios. Suelen tener fotorreceptores no sólo en las hojas, sino también en partes del tallo, los zarcillos y los brotes, como si estuvieran cubiertas de ojos. La raíces también son fotosensibles, solo que estas padecen una especie de fotofobia. Y esa epidermis ocular puede cerrarse por la noche, cuando la planta se va a descansar. En las regiones tropicales no hay plantas de hoja caduca, pero sí allí donde los inviernos son fríos

y largos. Dormir es una manera eficaz de superar el periodo invernal y las plantas lo hacen y entran en estado de letargo periódicamente, cierra sus ojos.

Las plantas tienen además una nariz refinada, de hecho tienen innumerables narices repartidas por todo el cuerpo que utilizan para recabar información del entorno y comunicarse con los insectos. Los olores del jazmín, la albahaca o el limonero son las palabras del vocabulario de las plantas, cada uno transporta una información concreta, avisos, mensajes de atracción o repulsión. Producir un olor supone un coste energético y ninguna planta lo malgastaría. No se trata de una única voz, sino de una pluralidad de acentos. Los botánicos aspiran a descifrar algún día este lenguaje, del que apenas se conocen señales de socorro o de estrés ocasionado por insectos o bacterias, el exceso de frío o la proximidad de contaminantes. En ocasiones son mecanismos de defensa y la planta puede transformar en tóxicas sus hojas para defenderse de la agresión. El gusto sirve a las raíces para rastrear el suelo en busca de apetitosos nutrientes. Hay plantas carnívoras que mediante secreciones azucaradas atraen a sus presas y no sólo comen insectos, también lagartijas. En ocasiones secretan sustancias venenosas capaces de matar a los insectos. Cuando éstos se descomponen a su alrededor liberan el nitrógeno que la planta necesita para su dieta. Las hojas de algunas plantas se contraen al tacto o al sentir una vibración. Las raíces lo usan como el ciego el bastón. La raíz palpa el obstáculo y lo rodea. Las trepadoras –grandes perezosas– utilizan el tronco de otro para no erigir el suyo propio, lo que, en los

bosques espesos y competitivos, les permite encontrar un atajo más rápido hacia la luz. Las raíces perciben también una amplia variedad de vibraciones sonoras a través de la tierra, que es un conductor extraordinario, al igual que los topos o las serpientes. La capacidad auditiva de las plantas se ha utilizado en la producción del vino. Someter a los viñedos a tratamiento musical al parecer mejora la calidad de los racimos –y si la música es de Wagner los insectos se mantienen alejados–. Una técnica ya consolidada en la agricultura fonológica. Entre los otros sentidos de las plantas se encuentran la capacidad de medir la humedad, detectar la gravedad y los campos electromagnéticos y reconocer los gradientes químicos. Las plantas son, además, capaces de descontaminar el planeta, transformando y disolviendo las sustancias contaminantes del agua y de la tierra.

La comunicación de las plantas es un tema fascinante y todavía por explorar. Sabemos que pueden pedir favores y solicitar la intervención de otras especies en caso de necesidad. Dentro de una misma planta, las raíces pueden comunicarse con las hojas, medir parámetros y emplear esa información de un modo útil. Los estomas son los poros de la piel de las plantas, unas pequeñas aberturas que comunican el interior con el exterior. Ellos son los encargados de mantener el equilibrio entre las diversas necesidades de la planta. Se abren para absorber la luz, y mediante la fotosíntesis producir los azúcares necesarios para su supervivencia, pero al abrirlos se pierde mucha agua. De ahí que durante las horas centrales de un día de verano, óptimos para la fotosíntesis, se manten-

gan cerrados para no deshidratarse en exceso. Lo mismo ocurre cuando las raíces no encuentran agua en el terreno, informan rápidamente a las hojas para que cierren los estomas pues si siguieran transpirando la planta moriría en poco tiempo. La señal es eléctrica y en el caso de árboles muy altos puede tardar varios días en llegar a la copa. En general, lo que todas estas investigaciones proponen es que, si bien las similitudes entre las plantas y los animales son escasas en el ámbito anatómico, son numerosas en el ámbito conductual. La emisión de moléculas químicas es el método más utilizado para la comunicación entre plantas diferentes, aunque también pueden hacerlo mediante el tacto, los gestos y las posturas. A este respecto, es especialmente interesante la llamada «timidez de las copas», habito según el cual ciertos árboles tienden a evitar que sus copas se toquen, como si cada uno de ellos necesitara su espacio.

Como se sabe, uno de los primeros objetivos en el mundo natural es la defensa del patrimonio genético. Mancuso cuenta un curioso experimento que parece confirmar que las plantas reconocen a su parentela. Consistía en plantar en una misma maceta treinta semillas de una misma planta y, en otra, otras treinta de plantas distintas. Las que eran hijas de plantas distintas se comportaron como era de esperar –las plantas son tenaces guerreras–: desarrollaron un elevado número de raíces para ocupar el territorio y asegurarse las reservas alimentarias e hídricas en perjuicio de las demás. Las hermanas, pese a vivir en un mismo espacio limitado, privilegiaron el crecimiento aéreo y produjeron un nú-

mero de raíces muy inferior. El experimento es interesante porque plantea la cuestión de qué resulta más efectivo en términos evolutivos, la colaboración o la competición. Las plantas pueden manifestar tanto comportamientos egoístas como altruistas. Un buen ejemplo son sus relaciones con el suelo, un medio vivo y densamente poblado por microorganismos, bacterias, hongos e insectos. En algunos casos las plantas establecen simbiosis con los hongos. Éstos aportan a la raíz fósforo y reciben a cambio azúcares. Pero no todos los hongos establecen relaciones pacíficas con las raíces y la planta habrá de identificar los propósitos del intruso. Lo mismo puede decirse de las relaciones de los leguminosos con algunas bacterias que les facilitan nitrógeno a cambio de azúcares. Las azotobacterias mantienen un complejo diálogo químico con las raíces. Estos ejemplos no podrían producirse si no existiera una larga tradición de colaboración entre los organismos vivos. Mancuso ofrece un ejemplo significativo: las mitocondrias –central energética de todas las células animales y vegetales– derivan, según estudios recientes, de una simbiosis entre células y bacterias primordiales dotadas de un mecanismo de oxidación potente capaz de producir energía. La planta utiliza estrategias disuasorias cuando es atacada, produciendo sustancias químicas que hacen que la hoja sea poco apetitosa para el agresor. Pero es durante la polinización –el celo vegetal– cuando las habilidades comunicativas llegan a su máxima expresión. Prescindiendo de la autopolinización –procreación entre consanguíneos poco recomendable debido a que limita la

aparición de nuevas combinaciones genéticas-, algunas plantas suelen confiar en el viento y otras se sirven de diversos animales. Las primeras, para asegurarse que el polen va a llegar a buen puerto, deben producir cantidades ingentes. Se trata de un sistema poco eficiente utilizado por especies antiguas. La mayor parte de las plantas modernas recurren a un mensajero animal. Los más frecuentes son los insectos, aunque también pueden ser aves y otros animales. El insecto, la lagartija o el murciélago llegan a la flor para comer y se llevan puesto el polen hasta la siguiente flor, pero no todas las flores sirven: tienen que ser de la misma especie. ¿Cómo inducir al visitante a ser fiel a la primera visita del día? No lo sabemos, el caso es que los insectos son fieles a esa primera visita. Todavía está por descubrir como la planta logra esa fidelidad libadora.

Pero también hay otro tipo de estrategias, como la del altramuz, que debe evitar que las abejas visiten la flor más de una vez y para ello modifica el color de los pétalos que ya han sido visitados y de este modo advierte a la abeja siguiente que ya no le queda néctar disponible. Las bellas orquídeas son más deshonestas: obligan a los insectos a transportar su polen sin recibir nada a cambio. Estas plantas tienen una extraordinaria capacidad mimética y sus flores pueden imitar la forma de la hembra de algunos himenópteros -abejas no sociales-, el olor, los colores e incluso la consistencia de sus tejidos y la pelusa que recubre su cuerpo. De modo que los machos acuden atraídos por la hembra y acaban copulando con la flor. El engaño es tan convincente que en el periodo de la flo-

ración los insectos prefieren las flores a sus congéneres. Otras de estas «damas del fraude» producen un aroma irresistible que atrae a las moscas, las atrapan durante toda una noche. En su cautiverio la mosca se embadurna de polen mientras se mueve y gira sobre sí misma tratando de escapar. Cuando finalmente se abre, la mosca no tarda en ser apresada de nuevo y su deseo cumple el secreto designio. Como puede comprobarse, las plantas tienen desarrolladas sus capacidades manipuladoras. También con los humanos: crean flores y frutos, aromas y sabores, que hacen que las defendamos y las propaguemos, colocándolas en nuestras calles y jardines. La flor que finalmente saca el cardo va dirigida a los humanos. En ocasiones se utilizan los frutos para que los animales, incluidos nosotros, transporten sus semillas. La sabrosa pulpa azucarada del fruto no tiene otro objeto que el de proteger la semilla hasta su completa maduración. Antes de madurar el fruto puede ser incluso tóxico -ciertos frutos inmaduros son venenosos-. Comerse un fruto en la mayoría de los casos supone tragarse la semilla y luego depositarla en un lugar alejado. Las aves lo hacen con las cerezas, que depositarán en un lugar alejado acompañadas de fertilizantes heces.

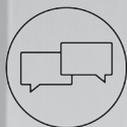
¿Qué podemos decir de todas estas estrategias? Como se dijo, prácticamente la totalidad de la biomasa de la Tierra pertenece al mundo vegetal y, como hemos visto, plantas y árboles muestran signos de inteligencia. No necesitan un cerebro, como tampoco necesitan un estómago para la digestión o unos pulmones para la respiración. Nadie discute hoy que las plantas

se alimenten o respiren. Ellas pueden enseñarnos que la sensibilidad y la inteligencia no requieren de órganos, al menos de los órganos tal y como los conocemos en el mundo animal. La inteligencia es una propiedad de la vida –algunos sostendrán que incluso de los planetas o los minerales– y hasta el más humilde organismo unicelular está dotado de ella. Existe una extensa literatura científica en torno a la inteligencia de las bacterias. La punta de la raíz actúa como el cerebro de un animal. Posee una alta sensibilidad sensitiva capaz de registrar numerosas variables como la gravedad, la humedad, la temperatura, el campo eléctrico, los gradientes químicos, la presencia de sustancia tóxicas, las vibraciones sonoras, la presencia de oxígeno. En la planta estas funciones «cerebrales» no están separadas de las corporales. El ápice de la raíz registra estos datos y guía su crecimiento en función de las distintas necesidades del organismo

en su conjunto. La inteligencia humana no es en muchas ocasiones superior a la de las plantas. Nuestra incapacidad para verla se debe fundamentalmente a su lentitud. Las plantas viven a otro ritmo.

Las raíces –los ápices radicales de cada planta se cuentan por millones– se las arreglan para coordinarse y trabajar en equipo. Son como las hormigas, solas no son nada, pero juntas desarrollan capacidades insospechadas. Se mueven de forma coordinada, como las bandadas de pájaros. Mantienen la distancia sin necesidad de un director de orquesta que los dirija: tienen una inteligencia de enjambre. Esa inteligencia colectiva recuerda al universo pluralista de William James o del budismo. No necesitan de una voluntad de orden superior que las dirija. Recuerdan al entusiasmo de los aplausos tras el concierto, que empieza de modo asincrónico, pero que tiende a sincronizarse de manera espontánea. Esas cosas logra la alegría.

* Stefano Mancuso y Alessandra Viola. *Sensibilidad e inteligencia en el mundo vegetal* (Trad. de David Paradela López). Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015.



Héctor Abad Faciolince:

«La literatura pone a combatir
las distintas versiones de la realidad»

Por Beatriz García Ríos





Héctor Abad Faciolince (Medellín, Colombia, 1958) es director de la Biblioteca de la Universidad Eafit de su ciudad natal. Además de ensayo, traducción y crítica literaria, ha publicado las novelas *Asuntos de un hidalgo disoluto* (1994), *Tratado de culinaria para mujeres tristes* (1977), *Fragmentos de amor furtivo* (1998), *Basura* (2000, Premio Casa de América de Narrativa Innovadora), *Angosta* (2003), *El olvido que seremos* (2006), *Traiciones de la memoria* (2009) y el libro de poemas *Testamento involuntario* (2011). Colaborador habitual en cabeceras como *El Espectador*, *El País* o la revista mejicana *Letras Libres*, acaba de publicar *La Oculta* (Alfaguara, 2015).

Quisiera unirme a la intención que tuvo al escribir *El olvido que seremos* y comenzar esta entrevista recordando a su padre, defensor de la igualdad social y los derechos humanos y, así «postergar ese olvido por un instante más». ¿Qué cree que pensaría él sobre el proceso de paz colombiano que ya lleva tres años de negociaciones? ¿Qué piensa usted al respecto? Es cierto que el diálogo continúa y que parece ir por buen camino; sin embargo, existe una cierta fragilidad que hace que muchos piensen que los objetivos a conseguir no están tan cerca. Así como se habla del «Extremo Oriente», algunos se refieren a América Latina como el «Extremo Occidente». Pues bien, Colombia es la última anomalía del hemisferio occidental en lo que se refiere a un conflicto armado interno. Tenemos una vieja guerrilla marxista leninista levantada en armas que ha usado las infames muletas del narcotráfico y del secuestro para suplir la antigua ayuda cubana, china y soviética. Las Farc llega-

ron a tener unos veinticinco mil combatientes. Ahora tienen menos de diez mil y cuando se dieron cuenta de que en el Extremo Occidente era más fácil llegar al poder por la vía electoral que por la vía de las armas, resolvieron que estaban listos para el diálogo. Es una guerrilla lenta, de tiempos largos: llevan tres años dialogando, pero es posible que en 2016 se firme un acuerdo de paz. En realidad, Colombia viene desescalando la violencia desde hace más de un decenio. Cada año nos matamos menos, y en esto nos favoreció la desmovilización –muy imperfecta– de los grupos paramilitares y las administraciones más sabias de algunos alcaldes y gobernadores, como Sergio Fajardo en mi región, Antioquia. También el hecho de que los narcotraficantes dejaron de ser terroristas y ahora solo trafican. En fin, este sería un paso fundamental para la pacificación de un país con una tradición tan violenta como la de Colombia. Nunca antes habíamos tenido un grupo negociador más sabio y paciente en el go-

bierno; nunca se había llegado a una tregua tan larga con las Farc. Los índices de homicidios vienen bajando año tras año. En un mundo lleno de malas noticias sobre el terrorismo, creo que Colombia será una de las pocas buenas noticias. Para decirlo con una expresión de origen medio oriental: Inshallah (ojalá). Esto es lo que pienso yo. Lo que pensaría mi padre no lo puedo saber, pero sí puedo decir que mientras estuvo vivo buscó una y otra vez el camino del diálogo para la solución del conflicto armado. Sin jugar a adivinar el pensamiento de un muerto, creo que puedo suponer que estaría feliz: así está mi madre y ellos en estos temas coincidían mucho.

Hace unos días el escritor Antonio Muñoz Molina escribía sobre la urgencia de hacer cosas prácticas e individuales. Instaba a los países iberoamericanos a que sean más pragmáticos y ponía como ejemplo a Medellín, por haber apostado, entre otras cosas, por construir buenas bibliotecas en barrios marginados. Teniendo en cuenta que la población menor de 18 años supone, aproximadamente, un 30% de sus cuarenta y siete millones de habitantes, esta acción concreta puede suponer un cambio real en el futuro de Colombia ¿Qué opina al respecto?

Como en Colombia se leía tan poco, y como nuestros índices de analfabetismo eran tan altos hace medio siglo, y como el porcentaje de personas que vivían en la indigencia o en la pobreza era tan alto, la entrada de un segmento de la población en la clase media –que es la que verdaderamente lee, pues los más ricos y los más pobres solo pien-

san en el dinero–, ha significado que en mi país crezcan los lectores y la venta de libros. Eso dicen las editoriales: a diferencia de España, en Colombia se venden más libros cada año. Al fin y al cabo ya tenemos más población que la misma España y esperamos algún día alcanzar los índices de lectura europeos, que son bajos, pero también los menos malos del mundo. En Medellín tuvimos una serie de buenos alcaldes, como el ya mencionado doctor en matemáticas, Sergio Fajardo, el escritor y periodista Alonso Salazar, Aníbal Gaviria –que retomó la bandera de la no-violencia de su hermano secuestrado y asesinado por la guerrilla– o el actual, Federico Gutiérrez, un joven entusiasta e independiente. La política local es muy importante y estos alcaldes se han distinguido por una atención especial a la cultura: museos, parques biblioteca, jardines botánicos, ferias del libro, apoyo al cine, al periodismo literario, a la literatura, etc. La vieja política corrupta y negociante, sin embargo, ha vuelto a la región, Antioquia, así que la lucha entre la luz y las tinieblas sigue. Y en los barrios populares y en el centro de Medellín sigue habiendo prácticas mafiosas intolerables –microtráfico, prostitución infantil y, sobre todo, lo que nosotros llamamos vacunas, que son pequeñas extorsiones semanales practicadas por grupos de supuestos vigilantes de las manzanas–. Bueno, es un claroscuro con más luz que oscuridad, pero siempre con la amenaza latente de las tinieblas. Parece un libro de Tolkien o de Rushdie.

Su último libro publicado es *La Ocul-ta*. En algún momento ha declarado tener dudas para seguir escribiendo. Con

este libro tuvo momentos de desánimo y muchas personas le ayudaron para no dejarse hundir, así lo escribe en los agradecimientos, ¿ha superado esas dudas? ¿Qué significado tiene para usted la escritura del libro?

Supongo que un escritor es como una mina de oro, de plata o de carbón. A punta de pico uno busca en su mente algún filón, una veta. La mente se compone de la herencia genética, las lecturas y la experiencia. Y, a veces, la mente se convierte en un socavón muy oscuro en el que no brilla ni la más pequeña gema. Así como esas mujeres hermosas a las que de repente se les pasa el aroma, así mismo uno siente que como escritor ya no hay más que un túnel y que uno sigue clavando el pico por inercia, por tozudez, pero no encuentra nada de valor en la caja oscura de la conciencia. Así me sentía yo en los últimos años. Escribí una novela, *Antepasados futuros*, en la que todo era escoria, oropel. Iba por la mitad de *La Oculata* y también me parecía un libro sin gracia y sin alma. Fue entonces cuando asistí a la primera Bienal de Novela Vargas Llosa en Lima, y allí declaré en público que había perdido la fe en mi literatura y que, por lo tanto, en ese ambiente de novelistas, cuentistas y poetas entusiastas, me sentía como un cura sin fe en un concilio de obispos. Después de esto, algunos obispos me regañaron: el mismo Papa, Vargas Llosa, dijo que no podía ser, que si yo había escrito *El olvido que seremos* tenía que ser capaz de escribir otra cosa buena. Le dije que yo escribía mucho, pero que no me gustaba lo que escribía. Él, que siempre ha sido un voluntarista, me dijo entonces que uno se sienta, lima, corrige, se esfuerza y traba-

ja hasta que le gusta. Javier Cercas dijo en público que me dejara de joder; era un regaño cariñoso. Leila Guerriero fue más compasiva y me puso la mano sobre el hombro para decir que esa sensación debía de ser horrible. Rosa Montero me propuso que escribiéramos juntos una novela en la que yo sería la voz femenina de una mujer mayor y ella la voz masculina de un hombre joven, y que esa pareja atípica se enamoraría. Pensábamos empezar el primero de mayo, día del trabajo. Ese día ella me escribió puntualmente y me dijo que se había enfrascado en otra novela que la entusiasmaba y debíamos postergar nuestro proyecto *sine die*.

PERDÍ LA FE EN MI LITERATURA,
PERO VARGAS LLOSA DIJO QUE
SI HABÍA ESCRITO *EL OLVIDO*
QUE SEREMOS ERA CAPAZ DE
ESCRIBIR OTRA COSA BUENA

Después de Lima me fui un semestre a dar un curso de Literaturas Comparadas en la Freie Universität de Berlín. Solo tenía dos horas de clase a la semana; allá, cada semestre invitan a un escritor para que dé clases atípicas. Yo hice un curso sobre «Literatura y violencia». Empecé otra novela que iba a llamarse *Memorias de un amante impotente*, sobre la impotencia literaria y también la física. La fui escribiendo en un cuaderno que siempre llevaba en el bolsillo en mi bicicleta. Una noche, al salir de la casa de Heinrich von Berenberg, mi editor alemán, llegué a mi apartamento y la libreta no estaba. Mi proyecto de libro nuevo había desaparecido. De la desaparición pasé a la des-

esperación. Y por pura desesperación, para no suicidarme, volví a *La Oculta* y seguí los consejos de dos amigos: Santiago Gamboa me sugirió que imprimiera la novela y volviera a pasarla en limpio; Ana Vélez me aconsejó que hiciera un resumen de cada párrafo, a mano, para retomar el hilo de la novela abandonada. Yo por mi cuenta abandoné el narrador omnisciente y dividí la historia en tres voces, en tres monólogos de los hermanos protagonistas del libro. Pilar Reyes, mi editora en España, mientras tanto, me animaba y me decía que esperarían con mucha calma a que yo entregara una novela, sin prisas. Y así, con tanta gente amable a mi alrededor, me sumergí en el lago de La Oculta –nadaba mucho en los estupendos lagos de Berlín– y cuando volví a Medellín tenía ya un borrador completo. Como el voluntarioso Vargas Llosa, había conseguido que la novela que no me gustaba, me gustara. Ya no me avergonzaba de ella y se la pude entregar a mis lectores: Carlos Gaviria, Mario Jursich, Mauricio García, Alexandra, mi mujer, mis hermanas, mi hijo Simón. Esos lectores son los que te ayudan a pulir la esmeralda. Y la verde Oculta se fue a la imprenta. *La Oculta* significó salir de una larga mudez narrativa. Volvía a la novela después de atravesar un desierto de sequía. No digo que haya recuperado la fe en mi literatura, pero al menos ahora tengo esperanza. Y vi que mis lectores tienen mucha caridad conmigo, para usar todas las virtudes teologales.

El final de *El olvido que seremos* bien podría ser el comienzo de *La Oculta*: «Los asesinos no han podido exterminarnos y no lo lograrán porque aquí

hay un vínculo de fuerza y de alegría, y de amor a la tierra y a la vida que los asesinos no pudieron vencer». ¿Qué significa la tierra para un colombiano? ¿Cree usted como otros que todos los conflictos en Colombia han sido por la tierra? ¿Qué piensa sobre la restitución de las propiedades?

Yo terminé de escribir *El olvido que seremos* en la finca que nuestro padre nos dejó como herencia cuando fue asesinado. Es una vieja casona en el campo, ya con muy poca tierra, que se llama La Inés. Esa finca fue de mi abuelo y, antes, de mis bisabuelos y tatarabuelos, a los que no conocí. Cuando mi padre estaba vivo, una vez, yo dije en su presencia que Colombia era «un país de mierda». Recuerdo que se enfureció conmigo. Dijo que este país, esta tierra, nos lo había dado todo. Que gracias a La Inés su padre –mi abuelo– había podido enviarlo a la Universidad. Una vez mi papá le dijo a mi hermana mayor, Maryluz, que La Inés no debía venderse nunca. De hecho todos los hermanos de mi padre, siete, vendieron la tierra que heredaron del abuelo; nosotros, mis hermanas y yo, somos los únicos que no hemos vendido. Nosotros sentimos un vínculo muy profundo con esa región de Antioquia que aquí llamamos genéricamente «Suroeste». Allá queda el pueblo en la zona cafetera donde nacieron mi padre y sus antepasados, Jericó. El café fue la fuente inicial de su escasa, pero digna, riqueza de propietarios medianos y pequeños. Medellín, con su área metropolitana, es ya una gran ciudad de tres millones de habitantes, la mitad de la población de Antioquia. Pero casi todos los pobladores de Medellín venimos de algún pue-



blo. En cierto sentido somos desplazados del campo, bien sea por la Violencia de mediados del siglo pasado o por la violencia de los últimos treinta años. Al menos nuestros padres o nuestros abuelos, si no nosotros mismos, venimos de algún pueblo. Y tanto los terratenientes, los hacendados, como los pequeños propietarios campesinos, o los campesinos sin tierra, tuvieron que abandonar el campo. Hay una sensación muy humana –no importa si es real o imaginaria– de que fuimos expulsados del paraíso. De que allá, y antes, la vida era mejor. Probablemente esto es mentira, pero hay una especie de mito colectivo de ese pasado rural más o menos idílico. Hasta los romanos sentían eso: las églogas que tradujo Fray Luis son una especie de nostalgia por la vida bucólica. De ahí vienen también las novelas pastoriles,

hasta Cervantes. Naturalmente nosotros ya no estamos para escribir églogas, y menos en el violento y desolador campo colombiano, sembrado de minas, invadido por cultivadores de coca o amapola, descuartizado por compañías mineras canadienses, asolado por grupos guerrilleros o paramilitares. En muchos sentidos el paraíso del campo se nos volvió un infierno. Pero hay algo curioso, cuando nosotros, los de Antioquia, conseguimos algo de dinero, lo primero que hacemos es tratar de comprarnos una tierra, una finquita, cerca del pueblo de nuestros antepasados. Eso hacen los industriales, los mafiosos –Pablo Escobar y los Ochoas compraron haciendas–, los presidentes –Uribe tiene una hacienda que se llama El Ubérrimo–, los médicos, los escritores. Cuando yo gané algo de dinero con una novela, en lugar de comprarme un pisito

en Madrid, como debí de haber hecho, me compré una cabaña en las montañas. Y es lo mismo para comerciantes, profesores, incluso obreros: todos soñamos con una tierra. Una tierra propia, porque somos individualistas, porque queremos tener un sitio «donde caernos muertos» y, además, porque nuestro capitalismo es muy inseguro. Cada decenio hay un gran desfaldo en la bolsa o en los bancos y la gente que invierte ahí pierde –le roban todos sus ahorros. Sentimos que lo único seguro es la tierra porque «de eso no vuelven a hacer». También se dice que los dos momentos más felices de la vida de un antioqueño son, primero, cuando compra una finca y, segundo, cuando la vende. Porque tener una finca siempre es tener un problema. Con las fincas somos como Bouvard y Pecuchet, siempre convencidos de que con una pequeña agroindustria vamos a lograr que la finca «se mantenga sola». Yo he probado con vacas, cerdos, fríjol, maíz, caballos y todo ha sido un fracaso. Pero gozamos mucho con cada fracaso. Como con los libros, igual con las fincas, hay que aplicar el viejo adagio de Stevenson: «No se trata de triunfar, sino de seguir fracasando con entusiasmo y alegría».

Ahora, usted me pregunta por el asunto más hondo, socioeconómico, de la paz y la tierra. Colombia, en sus regiones más apartadas, es todavía un país de colonos, de gente que tumba la selva, el monte, para sembrar maíz, plátano, yuca y, sobre todo, lo que más se vende, la hoja de coca. Esos territorios de colonización reciente son los de menos presencia del Estado y mayor presencia de los grupos ilegales: paramilitares –que ahora se llaman Baccrim o Bandas Criminales–, minería sal-

vaje y guerrilla. Además, hay viejos terratenientes voraces y compañías mineras internacionales no menos ávidas de poder explotar el subsuelo. En últimas los problemas son siempre de tierra, ¿no le parece? O de agua. Si pudiéramos trasladar a Palestina un territorio del tamaño de Antioquia, sesenta y tres mil kilómetros cuadrados –Israel tiene veintidós mil– ya no habría guerra entre judíos y palestinos, ¿no cree? Tenemos agua, oro, carbón, tierra fértil, lluvia, mar... Pero nadie puede ni quiere hacer esas magias. Y aquí, en el Extremo Occidente y en el extremo norte del sur, tenemos que arreglar ese problema de la tierra. Colombia debería ser un país de propietarios medianos y de unas pocas, muy contadas, agroindustrias. Pero armar ese rompecabezas, aunque es menos difícil que en Palestina, también es muy complejo acá. ¿Por qué menos? Porque tenemos la bendición de no tener un problema étnico o religioso. Sin embargo, ahora que lo digo, me desdigo: hay comunidades negras e indígenas que reclaman –o tienen ya– la posesión colectiva sobre territorios muy grandes, pero esa propiedad colectiva es codiciada y amenazada por otros. El asunto de la posesión de la tierra es aquí también muy complejo y está siempre presente. Por eso escribir una novela sobre la tierra, por anacrónico que suene, es también muy actual en un mundo que no ha resuelto el problema entre lo urbano y lo rural.

La Oculta tiene algo de novela histórica. La Historia escrita por gente corriente: Antonio, Eva y Pilar Ángel. Tres hermanos, últimos herederos de una tierra conquistada por sus antepasados con

mucho trabajo y grandes ideales basados en la erradicación de la ignorancia y el trabajo constante, con el fin de conseguir un futuro mejor. ¿Qué queda de aquellos valientes soñadores?

Queda el mito, pero los mitos son importantes. Uno es lo que es, pero también, y sobre todo, lo que cree ser. Uno adapta su vida a una especie de idea personal que se forma de sí mismo o de su pueblo. En Antioquia el mito de la «colonización del Occidente» sigue vivo y tiene algunas bases reales. Yo las investigué en libros y en la tradición oral y le di voz, a través de Antonio, a lo que pudo haber sido esa historia. Una novela es una narrativa que llena los baches de la historia. Como muchas cosas no se sabe bien cómo ocurrieron, a pesar de haber sido apenas hace ciento cincuenta años, la imaginación debe llenar los vacíos de la historia. Desde Aristóteles se sabe que la literatura no cuenta las cosas como fueron, sino como debieron ser. La parte histórica de *La Oculta* no es idílica, pero sí obedece a ideales que en principio no son desdeñables: una ética del trabajo y de cierta compensación justa del mérito. El borracho, el vago, el desafortunado al que le cae un rayo, pierde la tierra; el laborioso, el austero, la conserva. Siempre nuestras novelas de la tierra tienen la lógica marxista del hacendado explotador frente al campesino explotado. En esta narrativa también hay verdad, pero no es la única verdad. Cuando mi bisabuelo se murió de tifo en 1915, mi familia estuvo a punto de perderlo todo: la viuda con hijos que pierde la tierra es el prólogo de la miseria, y esta mala fortuna no es culpa de nadie, sino del cielo, de la mala higiene o de no tener acueductos –la ob-

sesión de mi padre por el agua viene de ahí–. Por suerte, mi abuelo, un adolescente, fue capaz de encargarse de la finca y de educar a sus hermanos pequeños. Hay una lógica ahí, no de la explotación, sino del esfuerzo que se sobrepone a la adversidad. Creo que en nuestra imaginación hay que poner a competir varias narraciones. Ninguna será la «Verdad». La «Verdad», probablemente, es un mosaico. Y en ella están la explotación, el esfuerzo, la buena o la mala suerte, la buena o mala alimentación, la higiene. En fin, la vida es compleja como una novela y no puede reducirse a las relaciones de propiedad. Esta influye tanto como el sexo, las relaciones familiares, los avances técnicos, la ausencia o presencia del Estado, la educación pública, la violencia estatal, para-estatal o revolucionaria...

Cuando leía la novela, sentía que de lo que realmente me hablaba era del tiempo a través de los recuerdos y desde el espacio. Ese espacio, esa tierra que se transforma como se transforman los recuerdos.

Tal vez una buena forma de medir el tiempo sea ver la forma en que el paisaje se transforma. Las cosas conservan más tiempo el nombre que la forma geográfica. Para bien, y muchas veces para mal, los seres humanos somos esos animales capaces de transformar el aspecto de la tierra. La novela no es muy larga, pero habla de un periodo que empieza muy atrás, desde la llegada de algunos españoles a Antioquia con el sueño de tener una tierra. Unos españoles que podían ser moriscos, conversos o castellanos viejos, vaya uno a saber. Y en eso hay recuerdo y tradición oral, hay inventos. «La verdad son las mentiras

que nos creemos», decía Manuel Machado. Y después de un tiempo casi todas las historias no convergen, sino que se vuelven divergentes. Lo que recuerda uno no es lo que el otro recuerda: recordamos las historias que nos contamos –acomodándolas– a nosotros mismos. Vivimos en una suerte de disonancia del recuerdo para ajustar nuestras vidas a una especie de modelo ideal. La literatura pone a combatir los distintos relatos, las distintas versiones de la realidad, y es eso lo que la hace tan compleja y tan completa.

VIVIMOS EN UNA SUERTE DE DISONANCIA DEL RECUERDO PARA AJUSTAR NUESTRAS VIDAS A UNA ESPECIE DE MODELO IDEAL

Vuelvo a la memoria de su padre para hablar de una virtud que poseía y que en esta novela es la característica predominante: la tolerancia. Esto queda reflejado en las formas de pensar y vivir de Pilar –conservadora–, Antonio –homosexual– y Eva, más libre y liberada que Pilar. ¿Cómo articular el reconocimiento del otro en el camino de la tolerancia. ¿Tolerar es reconocer al otro?

Tolerar es aceptar con resignación, respeto o compasión incluso lo que no nos gusta. También tolerar es reconocer los límites de lo intolerable: está muy bien tolerar el islam, o tolerar el catolicismo, o tolerar el capitalismo o el socialismo, pero no sus abusos. Uno tolera que un católico no quiera abortar en ningún caso, ni usar el condón, según la doctrina más extrema de su iglesia, pero sería intolerable que

ellos intentaran convertir en leyes lo que consideran pecado. Uno puede tolerar muy bien que los musulmanes no quieran comer cerdo, pero sería intolerable que hicieran atentados a las factorías de jamón serrano. Está muy bien que unas personas piensen que el único camino a la felicidad es el capitalismo salvaje o el socialismo al estilo bolivariano o cubano, pero ninguno de estos puede ser impuesto por una minoría a la mayoría de los ciudadanos. En las familias también se da un estilo de vida tolerante o intolerante. Un modelo de familia jerárquico y autoritario, el de la familia tradicional, puede producir una gran infelicidad. Sobre todo en el tema de las costumbres sexuales, matrimoniales, en la misma dieta o en el vestuario. Es increíble, pero es en esto, en lo más próximo y elemental, donde las familias se manifiestan como sanas o como disfuncionales, intolerantes e intolerables: en cómo llevas el pelo o la barba, en si te cubres o no el rostro, en si puedes ser o no homosexual –con libertad o escondido–, en si debes casarte antes de tener sexo, en la actitud ante la virginidad, en si tu pareja te la escogen tus padres o se la puede escoger uno mismo. En lo que está permitido comer o no, con variantes que van desde el tabú de la langosta de los judíos, hasta el misticismo de los veganos, pasando por la anorexia de ciertos occidentales obsesionados con el culto al cuerpo. En *La Oculta* puede verse cómo ha evolucionado la familia en el Extremo Occidente.

Las mujeres forman parte de su vida. Siempre ha estado rodeado de ellas y las protagonistas de sus novelas son mujeres que han ejercido un papel fun-

damental en el devenir de sus vidas. **¿Qué papel cree que desempeñan o pueden llegar a realizar las mujeres en la sociedad actual de Colombia?**

Pienso que la gran revolución del siglo XX fue la liberación de la mujer, la transición del sometimiento a la plenitud de los derechos. Esto todavía está en discusión en el mundo, y la discriminación contra la mujer sigue presente en Oriente y en Occidente, pero nunca antes la mujer había tenido tanto espacio, salvo, quizá, en la sociedad matriarcal primitiva, si es que efectivamente existió como nos la cuentan. Con la revolución tecnológica, la maravilla del siglo XX fue la revolución de los derechos. Y yo esto lo viví en mi propia familia, en mi propia historia. Nací el mismo año en que se le dio el derecho de voto a la mujer. Mi madre, cuando los hijos crecimos, decidió trabajar y montó un pequeño negocio que llegó a ser una empresa. Mis hermanas se liberaron de todo yugo machista, al menos en muy buena medida, y siguieron siendo muy mujeres. Yo crecí en medio de voces femeninas. Como éramos seis hermanos, cinco niñas y un niño, en mi casa fuimos siempre «las niñas». Yo era una niña anómala, con pipí. De ahí viene mi fascinación por el universo femenino, que es un mundo muy oral, muy lingüístico. Se dice que las mujeres tienen mejor desarrollada la zona cerebral del lenguaje que los hombres. Yo, minusválido para hablar entre mis hermanas, tuve que aprender a escribir para poder comunicarme bien y con calma. Las mujeres son mucho menos violentas que los hombres. Su papel tradicional ha sido menos guerrero que el nuestro. Tienen menos masa muscular

en promedio y si se imponen es con la inteligencia y con la astucia, más que con la fuerza. Ni en Colombia ni en Estados Unidos ha habido nunca una presidente mujer. Ya va siendo hora de que llegue. Estoy seguro de que la actitud femenina, el pensamiento más femenino, en la política, es casi siempre benéfico. No solo en Colombia.

MI UNIVERSO LINGÜÍSTICO ES FEMENINO. APRENDÍ EL ESPAÑOL OYÉNDOSELO HABLAR A MI MADRE, A MIS HERMANAS, A MIS TÍAS Y A MI ABUELA

Muchas veces preguntamos a los escritores, cuando estos son hombres, de dónde y cómo nacen esas voces femeninas tan logradas y creíbles, ya que la falta de entendimiento entre hombres y mujeres suele ser habitual. Y si, como en el caso de Antonio, se distinguen de la voz masculina, resulta aún más difícil no confundirlas. ¿De qué forma nacen en usted?

Como decía antes, mi universo lingüístico es femenino. Por algo se dice «patria» –tierra del padre–, pero también «lengua materna»: aprendí el español de mi casa oyéndoselo hablar a mi madre, a mis hermanas, a mis tías y abuelas, a las empleadas del servicio. Fui un niño tímido que observaba y oía hablar y hablar a las mujeres. Por eso en mis novelas las mujeres hablan. Y supuestamente yo, por haber crecido entre tantas mujeres, estaba destinado a ser afeminado o gay. En *La Oculta* juego con esa fantasía del «como si», del «pongamos

que», e imagino un hermano en un rol gay, homosexual. Uno sabe lo que es –yo no soy gay–, pero también lo que pudo ser: pude haber sido gay. La novela nos permite ser lo que no somos: mujer, gay, bisexual, viejo, joven, pobre o rico. Lo importante es ensimismarse y enajenarse: buscar en uno mismo incluso lo que no es, pero podría ser, con la introspección y ser otro, vivir en un cuerpo y un pensamiento ajenos. Los de las mujeres, la mente de una mujer, sus faldas, sus menstruaciones, sus deseos, sus miedos. Yo tengo más orejas que lenguas: oigo más de lo que hablo, y eso ayuda mucho a captar la forma de hablar femenina, su forma de sentir y de pensar.

Colombia ha sido uno de los países más violentos y peligrosos del mundo, pero como ha indicado usted antes, la tasa de homicidios ha disminuido sustancialmente en los últimos años. En su libro nos habla de esa violencia vivida en primera persona por los protagonistas y, por desgracia, también en su vida real. El miedo que siente Eva hace que llegue a odiar la tierra que le dio, en muchos momentos, la felicidad. ¿Cómo se puede vivir y sobrevivir con miedo?

Hacer sentir miedo es el arma de oro de todos los autoritarios. Los terroristas, los padres de modelo antiguo, los dictadores, los gerentes que acosan laboralmente: todos ellos siguen la receta del miedo. También hay una idea religiosa del Dios del miedo, el Dios iracundo y castigador que lanza rayos furibundos o amenaza con el infierno eterno. Nuestros liberadores son aquellos que no han sentido miedo o que se sobreponen al miedo. El sabotaje de Gandhi era acostar pacífica-

mente a sus seguidores sobre los raíles de los trenes, como forma de sabotaje, sin miedo a que el tren de los británicos los arrollara. Y el tren del Imperio se detuvo: no fue capaz de la inmoralidad total de los viejos imperios que habrían pasado el tren por encima y dejado a su paso un río de cadáveres. También en Colombia, el Estado –el para-Estado (los paramilitares)–, la guerrilla y los narcos han seguido la estrategia del miedo. La Iglesia misma intentaba meternos miedo al castigo divino si no seguíamos sus enseñanzas en materia familiar y sexual. Pero el humanismo creciente desde el Renacimiento nos quitó el miedo a los dioses, a los reyes, a los fantasmas, a los violentos, a los dictadores, a los terroristas, con una sola fórmula: la resistencia serena, la superación del miedo –aquí alguien me podría decir que también la guillotina y la revolución–. Yo prefiero la oposición mediante el argumento a los argumentos de la fuerza y de la violencia. El descubrimiento de la discusión firme y racional, pero no violenta, ha sido un arma formidable para combatir todos los miedos. Las mujeres dejaron de ser sometidas cuando fueron capaces de superar el miedo a la mayor fuerza física de los hombres, cuando resistieron con risa y rabia a las bofetadas, cuando se pusieron de pie y denunciaron la violencia sexual o intrafamiliar, sin miedo al descrédito o a la burla. En nuestra familia hemos sobrevivido al miedo y a la violencia con una enseñanza de alegría de mi madre. Ella, a los 90 años, ha reconstruido su vida una y otra vez, con eso que los psicólogos llaman resiliencia: la capacidad de recuperar la vieja forma. Y mi padre nos educó en la racionalidad y en la no

violencia; en responder con amabilidad y firmeza al adversario, no al enemigo. Hay una tradición humanista muy importante de la cual también ha llegado la noticia hasta el Extremo Occidente.

Toda esa violencia vivida por varias generaciones puede crear un sentimiento de venganza. ¿Cómo se puede convencer a una sociedad de la inutilidad de la venganza? ¿Se puede perdonar a los violentos, a los asesinos?

No soy cristiano, soy ateo, pero, como decía Croce, «*non possiamo non dirci cristiani*» (no podemos no ser cristianos). La civilización occidental viene, en buena medida, de una revolución que partió de una idea muy extraña de Jesús, expresada en el Sermón de la Montaña: volver la otra mejilla, querer al enemigo, renunciar al ojo por ojo, renunciar a la venganza. Esa idea de hermandad humana, desarrollada después por los filósofos de la Ilustración de un modo ya no siempre cristiano, sino laico, ha sido fundamental para disminuir las guerras civiles y las guerras internacionales. Creo que esos ideales cristianos, revitalizados por el humanismo, deben ser recogidos y mantenidos en vida. No se trata de perdonar ni de vengarse, sino más bien, como decía Borges, de pasar por alto. «El olvido es la única venganza y el único perdón». A mí no me interesa ver en la cárcel a los asesinos de mi padre ni verlos muertos por una bala, como lo mataron a él. Me interesa señalarlos y hacer ver su infamia, reconocer y denunciar su acto infame y vergonzoso. Y luego seguir viviendo alegre, sin resentimiento, ignorándolos, confiando en que sus métodos no se repitan.

La Oculta es una finca ubicada en las montañas. El paisaje que describe es de un auténtico paraíso y ese escenario es invadido por los nuevos depredadores de la naturaleza: los inversores especuladores que venden el paraíso en pequeñas parcelas de casas semiadossadas donde el contacto con la naturaleza se reduce a unas cuantas macetas de plantas y altos muros de seguridad. Antonio y Eva deciden abandonar el proyecto y vender su parte, pues sienten que han perdido mucho por esa tierra y no quieren seguir perdiendo más. Pilar, sin embargo, se resiste y prefiere mantenerse fiel a la palabra que le dio a su padre al morir y a no renunciar a sus recuerdos, aunque esto suponga esperar a que los vecinos duerman para poder volver a sentir algo de lo que la naturaleza le había regalado. ¿De qué parte está usted? Mi novela es un conjuro para que no pase en esa región lo que está pasando en muchas partes de Antioquia en las que la especulación inmobiliaria arrasa con la tierra. Digamos que imaginarme un escenario horrendo, donde el paisaje y la tierra se pierden por un supuesto desarrollo o progreso, es decirles a mis lectores colombianos: ¿quieren esto? Muchas playas idílicas españolas fueron destruidas por la especulación inmobiliaria; lo mismo ha ocurrido en partes de Italia. Francia, en cambio, ha protegido la campiña con leyes feroces. Creo que el ejemplo a seguir es el francés. El paisaje es un patrimonio cultural tan importante como los museos o las catedrales. *La Oculta* termina mal porque mi intento es que, a través de la fantasía, evitemos que Jericó termine también mal. El paisaje de La Inés está casi intacto todavía, pero su

destino puede ser el de *La Oculta*. Escribo lo peor, no para que pase, ni como profecía de lo que pasará, sino para que no pase, como conjuro.

NO ME INTERESA VER EN LA CÁRCEL A LOS ASESINOS DE MI PADRE. ME INTERESA HACER VER SU INFAMIA Y LUEGO SEGUIR VIVIENDO ALEGRE, SIN RESENTIMIENTO, IGNORÁNDOLOS

Es muy conocida su afición a los libros en papel. Creo que tiene una gran biblioteca. Imagino que tendrá algunos libros que tengan un valor especial para usted, ¿nos podría hablar de algunos?

Ahora dirijo una biblioteca, la de la Universidad Eafit. Ahí me he dedicado a dos cosas: lo más actual, lo más moderno y futurista –las bases de datos, el acceso a libros electrónicos, la posibilidad de que estudiantes y profesores tengan acceso a la última información técnica y científica en formato digital, a que puedan leer en la red estos *Cuadernos Hispanoamericanos* y las mejores revistas de ciencias naturales o humanas– y, al mismo tiempo, tener una buena colección de libros patrimoniales, en papel, de la gran tradición humana a partir de la invención de la imprenta. Lo primero es intentar

tener todos los libros de nuestra región, Antioquia, desde que hubo imprenta en esta parte montañosa de Colombia, que no fue hace mucho tiempo –finales del XVIII, principios del XIX–. Después, Colombia. Luego, una historia del libro. Hace poco compramos el primer incunable que llegó a una biblioteca antioqueña. Eso es normal en Europa, pero en Antioquia no había incunables verdaderos y compramos un hermoso *Arte de Amar* de Ovidio que data de 1494. También compramos la edición más cuidada del libro más importante de nuestra lengua, *El Quijote*, de Ibarra. Y así. Creo que hay que combinar, conservar la tradición más valiosa e innovar en lo más novedoso. Un ojo al pasado y otro al futuro. Y en el presente tratar de estimular la lectura y de dar premios literarios en la Biblioteca a los mejores autores colombianos o de nuestra lengua. Para ello hemos creado el Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana, dedicado a libros ya publicados, y el Premio León de Greiff al Mérito Literario, que se dará a un gran autor iberoamericano: un año a un poeta y otro año a un narrador. Así, gozo con los libros y con la lectura de una manera completa, de atrás hacia adelante, sin descuidar el presente. En cuanto a los libros más amados de mi biblioteca... creo que necesitaríamos otra entrevista para poder hablar de todos ellos.



► Depósitos de la *Tripitaka Coreana*. Templo de Haensia, Gyeongsang (Corea del Sur), 802.



Héctor Abad Faciolince:

La Oculta

Alfaguara, Madrid, 2015.

344 páginas, 18€



El léxico de la tribu

Por JUAN ÁNGEL JURISTO

El tema de esta última novela de Héctor Abad Faciolince posee densa y continuada tradición en la literatura: tratar una saga familiar a través de una casona que engloba el pasado, el presente y hasta el futuro de toda una tribu. Ejemplos señeros hay a espuestas, pero conviene fijarse –por la naturaleza– en el modo de tratar la cuestión en obras tan apartadas en apariencia como *El jardín de los Finzi Contini*, de Giorgio Basani, acaso también *El aprendizaje del dolor*, de Carlo Emilio Gadda y, desde luego, *La casa de los espíritus*, de Isabel Allende, todo ello bajo la sombra dominante de la descripción de sagas, como la de los Sartoris, de Faulkner. No es baladí que sea en el Sur de Estados Unidos, en Italia o en América del Sur donde estas sagas sean

abundantes y prolijas, pues la crónica de la decadencia de la oligarquía es tema fascinante porque conlleva la recreación de un cambio en las estructuras sociales que hizo que el muy joven Thomas Mann, para poder desarrollar todo su potencial literario, antes tuviera que ajustar cuentas describiendo la decadencia familiar de los burgueses Buddenbrook.

Pero la oligarquía rural, al contrario que la burguesa, requiere una inmersión en el mito, o, por lo menos, una narración que contemple el rito obligado del secreto ancestral, de los débitos de sangre, de antiguas venganzas o penas de amor no resueltas a pesar del paso de las generaciones. La *Oculta* es una finca familiar, la de los Ángel, y la muerte de Ana, la matriarca, provoca

que sus hijos –Pilar, Antonio y Eva– revisen su pasado familiar, su léxico de tribu y, a la vez, se pronuncien sobre un futuro incierto, lleno de la complejidad que otorga siempre el presente. En este sentido, Héctor Abad ha construido una novela con elementos propios de las sagas oligárquicas, de ahí la referencia obligada, por exitosa, a *La casa de los espíritus*, pero la comparación no puede pasar de una mera mención temática, pues el modo de resolver lo que se contiene en la novela nada tiene que ver con la obra de Isabel Allende. De ahí la referencia a la narración de Bassani o a la de Carlo Emilio Gadda, pues hay en ellas cierta atmósfera de extremados atisbos sutiles, reforzados por un estilo de una enorme precisión conceptual, que hace que la obra de Héctor Abad, que ya logró efectos similares en *El olvido que seremos* –aunque ésta de un modo más autobiográfico–, se emparente con ellas. En *La Oculta*, a pesar de los temas tratados, hay una voluntad de que la comprensión de la actitud liberal planee sobre la descripción de historias proclives a la leyenda y al mito. En este sentido, lo moderno sirve como elemento desacralizador de lo ancestral, la historia como develación de oscuros pasados envueltos en opacas veladuras de la memoria. Y no hay que olvidar que Héctor Abad ya escribió su novela urbana con la magnífica *Angosta*, por lo que se ha sentido libre para escribir sobre un paisaje por el que siente un apego tiránico, el del suroeste de Antioquia. Los tatarabuelos, bisabuelos, abuelos y padres del autor nacieron en un pueblo –Jericó– de esa región, y Héctor Abad y sus hermanos conservan una vieja casona y un pedazo de tierra. La atracción por contar ese ancestral apego a la montaña está en el origen de *La Oculta*. La conexión, además, con la obra

de Bassani, amén del peculiar apego a emplear un lenguaje acorde con la memoria, estriba en que habla, asimismo, de los judíos que emigraron a esa región montañosa y, como dato curioso, hay que decir que Héctor Abad escribió *La Oculta* en el campo toscano, cerca de Florencia, donde, parece ser, el peculiar paisaje proclive a la melancolía le hizo conjugar una saga combinada con marcados elementos arcádicos. El pasado judío es, en consecuencia, importante: tanto que en la novela se detalla el cambio drástico sufrido en la formación de la familia, desde la tradicional –casi bíblica– del primero de los Ángel a los tres últimos vástagos, que pueden representar distintas formas de adoptar estructuras familiares en el mundo de hoy, tres formas distintas de relaciones familiares que adoptan tres voces narrativas diferentes. En esto consiste la novela.

Tres voces narrativas que se asocian a la mujer tradicional en Pilar, como una mujer en el mundo de hoy, en Eva y, por último, en la manera de ser de Antonio, que representa la familia homosexual. Un ejercicio que tiene por objeto dar cuenta de la evolución sufrida por una familia de origen sefardí, pero de sentimientos muy católicos –e incluso descreídos–, como un ancestro proclive a la masonería. Y, en este sentido, cabe afirmar que la novela contiene elementos autobiográficos muy evidentes: la familia del autor tiene, en efecto, una casa llamada La Oculta, y existe el lago que se describe en la novela, y la finca es propiedad de Abad y sus hermanos, cuyos orígenes son sefardíes, pero la importancia que en la novela adquiere esa identidad es puramente literaria: en la Colombia de hace unos años se tildaba a los antioquianos de comerciantes y errantes, prejuicio de cier-

ta burguesía bogotana que nos habla claramente de una influencia colonial. En la novela, a las mujeres esa identidad les es indiferente, mientras para Antonio es fundamental. Pero el elemento de ficción predomina sobre el meramente autobiográfico. Se ha querido comparar esta narración con *El olvido que seremos*, novela que dio justa fama a su autor, pero en ésta se narra un suceso trágico, el asesinato del padre de Héctor, el doctor Héctor Abad Gómez, un crimen político, por lo que la narración tiene mucho de documento. Aquí la situación es otra, donde el elemento arcádico se enseña de los demás, y donde existe una clara nostalgia de la vida del campo, y todo esto a pesar de los enormes conflictos planteados, desde la homosexualidad de Antonio, que su padre, Cobo, no acepta, porque es hombre de simpatías comunistas y que termina replanteándose esa manera de pensar cuando a su nieto lo secuestra la guerrilla, hasta la misma ansiedad de Antonio, obsesionado con el origen de su familia precisamente porque por su condición sexual determine el fin de su apellido.

Son esta remembranza de lo arcádico y la presentación de los problemas que conlleva una nueva realidad lo que nos recuerda que *La Oculta* posee pasajes dignos de Lampedusa, aunque sin la carga de *realpolitik* de la misma, e incluso hay trozos que se quieren herederos de *Cien años de soledad*. Sucede que *La Oculta* posee dos partes muy diferenciadas: aquello que se rememora, lo ancestral, aligerada de la carga realista porque el tiempo ha suavizado las aristas de lo que en su momento fue presente –y aquí lo lampedusiano tomaría carta de naturaleza, incluso ese Chejov, cronista de la decadencia, de *El jardín de los cerezos*– y, luego lo que se quiere de narra-

ción épica en tiempos sin memoria, que remitiría a la novela de García Márquez. Pero la de Hector Abad, deudora de muchos modos de narrar sagas y paisajes familiares, es novela de profunda raigambre en el espíritu moderno, porque si es verdad que describe la casona y el paisaje de Antioquia, si es verdad que se emplean términos casi bíblicos como Jericó –e incluso la relación de los padres de los tres hermanos, en su significado familiar, remite a José y María, esos Joaquín y Ana–, no lo es menos que las voces narrativas son profundamente modernas en su expresión, en el modo de entrelazarse y, además, porque remiten al trabajo, al esfuerzo personal y a la curiosidad por salir de los límites marcados. ¿Si no, qué razón hay para marcharse a otro continente y fundar, de nuevo, una tradición ya perdida en el país de donde se procede?

Ni que decir tiene que todo esto propende a una relación ambigua, casi de amor odio. Es la condición ineluctable de las sagas familiares y de esa contradicción de querer conservar una arcadia pasada que sólo lo es porque reside en la fijación de la memoria. Así, la muerte de Anita lleva a que los tres hermanos narren su peculiar relación con la casona, con el paisaje; con la familia, en definitiva. En los nombres llevan casi escrito el destino: Pilar, es el pilar de la familia, aquella que representa la tradición, la que quiere mantener a toda costa un imaginario transmitido en cualquier caso por la madre. Para ella, ese mantenimiento donde origen y destino se juntan es lo que hace que la casa se mantenga; y en parte no le falta razón, salvo por el hecho de que mantener la inmovilidad es fantasía. Eva –su nombre le marca– experimenta de continuo, es la fuerza, la pasión desbordada y, por tanto, la insatisfacción continua.

Antonio es necesariamente el cronista de la historia, y no sólo por su condición de homosexual, que lo obliga ya a ser distinto y a no poder aceptar la tradición, sino por su capacidad de emprendimiento: su voz se dirige desde los Estados Unidos, estableciendo una distancia física con Colombia, que es metáfora también de la distancia de ánimo.

Amor-odio a una tierra donde los hermanos vivieron la dicha más memorable de sus existencias, el elemento arcádico presente como algo inalcanzable ya, Paraíso Perdido, pero que experimentan también allí la violencia y el terror. *La Oculta* es nombre-metáfora de los avatares de la saga: primero el arranque de la porción de selva para construir la casa, la finca, con la consiguiente violencia telúrica; después, la guerra; más tarde, la codicia, es decir, la muy moderna especulación, al comienzo tomada como imposición del exterior, pero, finalmente, aceptada por sus habitantes, porque en ellos mismos anida ese mal que se achaca a lo que viene de fuera y, desde luego, las

pasiones que se quieren casi sublimes, pero que, en el fondo, revelan vulgaridad y miserabilidad, de tal modo que sólo quedan en la casa los relatos de los ahogados en el lago como único elemento legendario, una casa sin fantasmas, pero no carente de literatura... a su modo.

Pero lo mejor de *La Oculta* es la música interna de las palabras. Héctor Abad maneja el lenguaje con maestría y la novela es un arrullo continuo; es una novela escrita al modo de las confesiones íntimas y aquello que se cuenta, por muy doloroso que sea, sucede dentro de una conciencia muy arraigada, muy bien defendida por aquello en lo que creen sus narradores. Las voces, son, por tanto, dadoras de belleza. Correlato último de esa metáfora arcádica en que el autor, a pesar de todo, quiere mantener la historia de la casa familiar. Con esta novela Héctor Abad entra por la puerta mayor del género literario de las sagas, tan de su tierra, por otro lado, pero, por ello mismo, tan difícil de dar con la visión precisa, sin que la tradición estorbe.

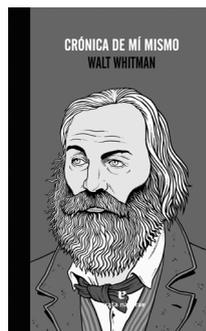
Walt Whitman:*Crónica de mí mismo*

(Trad. de Laura Naranjo Gutiérrez y

Carmen Torres García)

Errata Naturae, Madrid, 2015

304 páginas, 19.90 €



En la guerra y en el amor

Por TONI MONTESINOS

Otro Walt Whitman, más íntimo, inédito, se abre a nuestros ojos cuando ya parecía que conocíamos de sobra al poeta de *Hojas de hierba*, su obra en marcha aparecida por vez primera en 1955 y que iría ampliando hasta poco antes de su muerte; cuando incluso sabíamos de su novela antialcohólica *Franklin Evans, el borracho, de la que luego renegaría; cuando ya habíamos visitado las prosas en las que reflexionó sobre el ambiente político y social de su tiempo, Perspectivas democráticas y Días cruciales de América*, traducidas al español recientemente. Es este novedoso Whitman un Whitman epistolar, un hombre, que, como bien explican los editores de *Crónica de mí mismo*, «creía firmemente que una correspondencia era

un espacio común y compartido en el que se creaban e intensificaban todo tipo de lazos emocionales y amorosos». Tal cosa queda demostrada sobradamente a lo largo de esta selección de cartas que recorren cada etapa de su vida –su tiempo en Brooklyn, Washington y el lugar que lo vio morir, Camden; su dedicación a las nueve ediciones de su obra; sus empleos en periódicos e instituciones estatales; su consagración al servicio voluntario en hospitales de soldados– y con la que es posible adentrarse en las relaciones del poeta con algunos de sus amigos, familiares, admiradores y colegas de letras.

Como ocurre en sus versos y artículos, aquí también Whitman maravilla por su sensibilidad, sabiduría, humanidad. Se

puede apreciar su mirada a la América que canta –pese a que también fuera firme en la idea de que Estados Unidos, pese a estar llamado a dominar el mundo entero, escondiera un fracaso ético, un expansionismo vacío, en su indudable progreso– y seguirle en aquello que más le gusta hacer, esto es, pasear con o sin rumbo por Manhattan, respirando lo que significa la literatura para él al intentar definirla para los demás: la herramienta ideal para forjar un espíritu democrático común que contenga el elemento religioso, el factor del alma siempre surgiendo por encima de lo material. No en balde, Henry David Thoreau dijo de él que era el demócrata más importante que había conocido, y en las cartas, en efecto, se ve a un Whitman consciente de ello, tal y como refleja una temprana comunicación que le envía a John Parker Hale, senador por New Hampshire, en 1852, que comienza así: «Unas palabras de un extraño, joven y verdadero demócrata». Sólo quedan tres años para que, cumplidos treinta y seis, publique ese libro que no llega a las cien páginas y que ha titulado *Leaves of Grass*, en los emergentes estados de la Unión, donde ciertamente no se ha escrito nada parecido a esa tonada versicular, sensualista y homoerótica. No será un momento fácil: le lloverán las críticas implacables, cuando no malintencionadas, y hasta censuras judiciales, y todo ese trasfondo surge entre líneas en *Crónica de mí mismo*. Es Whitman, entonces, un poeta incomprendido al que pocos reconocen su genio; entre ellos, Ralph Waldo Emerson, que le mandará una carta elogiosa –«Admiro su pensamiento libre y valiente, saludo el inicio de su gran carrera literaria», le dice– que el joven conservará como un tesoro,

divulgándola siempre que pueda para reivindicarse.

Aquí, pues, veremos un par de misivas enviadas al sabio de Concord, a quien había escuchado fascinado en 1842 mientras dictaba una conferencia sobre qué tipo de poeta tendría que aparecer tarde o temprano para captar aquel tiempo nuevo: una pidiéndole ayuda para conseguir trabajo en la administración –en el ámbito literario, no político, precisa– y otra muy interesante, de 1863, en que le explica su proyecto tras señalarle su costumbre de consolar a los heridos de guerra en los hospitales donde se recuperan o se han convertido en moribundos irreversibles, algunos de ellos tan grandes que «son ciudades en sí mismos». Su objetivo será «escribir un librito de esta etapa de América [...] una América traída al hospital en los albores de su juventud, traída y depositada aquí en este enorme sepulcro blanqueado que es el propio Washington. Whitman se encariña de un gran número de soldados, hasta el punto de molestarse en escribir cartas –varias de ellas aquí recogidas– a parientes de ellos, pensando que agradecerán saber cómo fueron sus últimos momentos de vida. Al año siguiente de esa carta a Emerson, el proyecto aludido se traducirá en el intento de imprimir ese espejo de la guerra que fue *Redobles de tambor*, como le anuncia a su madre en unas líneas en las que se detecta la clave del compromiso humanitario y moral del poeta para con los que han sufrido el campo de batalla: «Madre, no puede hacerse una idea de lo que siente un hombre después de haber visto o vivido lo que ocurre en el frente, en el ejército, con los heridos... Nace en su interior el sentimiento más profundo que haya experimentado ja-

más». Un sentimiento que a veces se extendió a una preocupación paternal hacia chicos como Elijah Douglas Fox, un huérfano que le pide precisamente poderle llamar «padre», cuando no obsesiva, como en el caso de Thomas P. Sawyer —«Como muchos otros, Sawyer se sentía evidentemente perplejo, y hasta puede que asustado, por las enfáticas declaraciones de Whitman», dicen las traductoras en una nota a pie—, o claramente amorosa, como sucedió con Peter George Doyle, un revisor de ómnibus al que sobre todo cuenta sus sensaciones al pasear por las avenidas neoyorquinas, vagabundeando. «El escenario del río y la bahía es mi pasatiempo favorito», le cuenta en 1869, y en 1872, a William M. Rosetti, hermano de los poetas Dante Gabriel y Christina Rosetti e interesado en publicar una antología de poemas de Whitman en Inglaterra, le destaca lo que más disfruta: salir de excursión las noches de luna llena con algún acompañante, y pasar horas seguidas «en la calle o en sitios públicos bastante concurridos» para estar en contacto con todo tipo de gente. Sólo así, a pie de suelo, sentado al borde de una cama de hospital, se comprende cómo Whitman fue capaz de asimilar, palpar o acariciar infinitas singularidades para calificar a su país de «gran poema» y, atendiendo a la nación desde el individuo —desde uno de los prefacios de su «work in progress», concretamente—, dejar claro que lo mejor de su tierra es «el común de las gentes. Sus maneras, lenguaje, indumentaria, amistades; la lozanía y candor de sus rostros; el desparpajo pintoresco de su porte...; su devoción imperecedera a la libertad».

El Whitman activo y decidido que celebra lo viviente, lo libre, que se autoa-

naliza como literato o elogia al material humano que conforma el espíritu americano, contrastará con el de las últimas cartas, cuando su salud decae hasta el punto de serle difícil moverse en su propio hogar. Es enternecedor verle considerarse acabado como poeta, como le escribe al editor, biógrafo y crítico William Sloane Kennedy, autor de *Recuerdos de Walt Whitman* (1896) y, preparado para una muerte que intuye cercana, leer cómo repasa su trayectoria en busca de una conclusión aliviadora: «La escritura y revisión de *Hojas de hierba* ha sido mi principal razón de ser y lo que ha dado consuelo a mi vida. Mi vida —mi juventud, mi madurez, los tiempos en el Sur, etc.— ha sido feliz, en su conjunto, y probablemente susceptible de críticas». Postrado, lo veremos buscar amparo en el pensamiento estoico, tal y como le dice al arquitecto inglés y gran admirador suyo James William Wallace, y en diciembre de 1891, tendrá la satisfacción de recibir la novena y última edición de su Libro «después de treinta y tres años a golpe de martillo y cincel». Y precisamente algunos pedazos de esa construcción poética aparecen en cartas donde Whitman aporta tanto encendidos comentarios a su obra como observaciones generales del contexto urbano con el que se identifica. Así las cosas, al clérigo y gran lector whitmaniano Moncure D. Conway le envía en 1867 un autorretrato que no tiene desperdicio alguno. En él destaca su «Personalidad Americana» y «Presencia Democrática» y habla de que la contribución de *Hojas de hierba* «es la idea de la Totalidad, de las certezas finales e irrefutables de cada individuo, así como del mundo en el que vive». Las palabras clave para él, en la que se

encarnará su filosofía, serán «Conjunto» y «Modernidad». Resultan obvias las ganas de Whitman de compensar, con su propio juicio a sus mismos escritos, las críticas y polémicas que habían ido apareciendo en torno a cada una de sus ediciones, como por ejemplo la que suscitó la censura impuesta en una tirada en Boston, a lo que le seguiría la edición de 1882, en Filadelfia, que se vendería muy bien gracias justamente al escándalo. En cualquier caso, poco antes de esa carta a Conway, el poeta ha declarado su satisfacción por el libro a su amigo William D. O'Connor, «pues cumple con lo que pretendía, es decir, manifestarme a *Mí Mismo* mediante autoaseveración meridiana» y, dentro de su alta pretensión, «confeccionar, improvisar un embrión o esqueleto gigantesco de la Personalidad para uso americano».

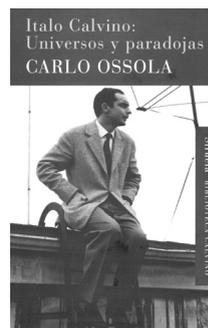
Sintiéndose portavoz de todo un país, su grandeza no menguará, aunque esté solo y enfermo, aunque no tenga posesiones e incluso confiese estar casi en la miseria, por más que diga que no echa de menos nada material. Whitman verbaliza su mayor riqueza aun en las penalidades: su alegría –a Rossetti–, su robustez –a Edwin Einstein, tabaquero y amigo del local bohemio Pfaff's, en Greenwich Village–, sus ganas de superar la parálisis que le mantuvo meses en cama –a Ulysses S. Grant, decimoctavo presidente de los Estados Unidos–; en definitiva, un poderío que incluso algunos idolatrarón hasta límites insospechados, como la viuda del biógrafo de William Blake y también destinataria epistolar, Anne Gilchrist, cuya pasión enamorada por Whitman, evidentemente, no pudo ser correspondida.

Carlo Ossola:

Italo Calvino: Universos y paradojas

Siruela, Madrid, 2015

104 páginas, 13.95€ (e-book 8€)



Cibernética y fantasmas

Por JUAN VICO

No debe llevar a engaño la brevedad de este ensayo, tan denso como incisivo, del profesor turinés Carlo Ossola. Primera de sus obras traducidas a nuestra lengua, el azar editorial ha querido que vea la luz antes en España que en Italia, dentro de la colección Biblioteca Calvino creada por Jacobo Siruela a finales de los años noventa y que los actuales responsables del sello tienen el acierto de mantener. Un libro exigente, destinado a un lector con suficiente conocimiento previo del objeto de estudio, y abundante en intuiciones que, más allá del comentario filológico, iluminan con intensidad algunos de los múltiples vericuetos de un autor fundamental para entender la literatura europea de la segunda mitad del siglo XX.

La estrategia inicial de Ossola es engañosamente simple: trazar un itinerario más o menos cronológico por la trayectoria de Italo Calvino sin menospreciar textos poco conocidos en beneficio de sus obras más celebradas. Dada la multiplicidad de su producción, el gran desafío consiste en ser lo bastante lúcido y sintético para no perderse en ese laberinto. Una de las imágenes favoritas de Calvino, y no en vano metáfora recurrente a lo largo de todo este libro, es la de la cristalización. Con ella define Ossola la naturaleza de buena parte del poliédrico corpus calviniano. Pero el cristal, símbolo de la inmovilidad sobrevenida como resultado de un proceso transfigurador, se contrapone a menudo, tanto en sus ficciones como en sus textos teóricos, a lo flamígero, la

llama caótica y desintegradora. De esa tensión de fuerzas nace una propuesta estética y moral que únicamente podrá tomar forma por medio de lo aporético.

La paradoja, en efecto, es presentada en todo momento como la brújula que nos ha de guiar por el imaginario del narrador. Por ello resulta acertado y significativo que el término que la acompaña en el título del volumen sea *universos*, pues pocos creadores han sabido crear un mundo ficcional tan complejo y al mismo tiempo tan autoconsciente, donde relato y pensamiento, exposición y reflexión, se imbrican con una obstinada voluntad orgánica. Un mundo de mundos, un multiverso en toda regla, si caemos en la tentación de recurrir a esa terminología científica fagocitada con tanta voracidad por la literatura de sesgo fantástico y de la que Ossola echa mano a menudo, hasta abusar de ella, me temo, en algún capítulo.

Junto a la paradoja, encontramos la idea del vacío como estrategia compositiva, o mejor, del vaciamiento. Sus reformulaciones son constantes: transparencia, «cubo vacío», «cielo vacío», ruina, cenizas, «polvillo informe», «disgregación del orden», ausencia, desplazamiento, invisibilidad, incompletitud... Sea por disolución y fuga, sea por petrificación, la narración en Calvino es de repente expulsada, abandona cualquier voluntad de centralidad, rechaza seguir ocupando la escena. Los focos se apagan, el telón descende, y de repente nos damos cuenta de que toda moraleja tiene forma de hueco. Especularmente, destaca este rasgo en uno de sus escritores de referencia, poco sospechoso de experimentalismos: «Como en el narrador más abstracto, lo que cuenta en Tolstói es lo que no se ve, lo que no se dice, lo que podría estar

y no está». Una carencia esencialista que Calvino moldea sin descanso en la mayoría de sus escritos para condensarla con especial brillantez en boca del señor Palomar, el último de sus protagonistas: «Lo que se escucha no es ya lo *posible* (amenaza, deseo), sino el *secreto*, lo que está enterrado... el mundo oculto de los dioses...».

Acaso haya que buscar en esta misma estrategia centrífuga el motivo de que Ossola recurra con frecuencia, como decíamos, a todo tipo de textos secundarios —cartas, artículos, prólogos, comentarios a obras ajenas—, así como a ficciones menores —el relato «El Conde de Montecristo», por ejemplo—, si bien ciertos títulos primordiales, con *Las ciudades invisibles* y la propia *Palomar* a la cabeza, aparecen una y otra vez como ejes vertebradores del discurso y principales fuentes de citas. El ensayista se esfuerza, asimismo, en relativizar las etapas en las que se suele dividir la obra de Calvino, aunque no renuncia a ellas por completo; más bien le interesa hacerlas permeables.

Respecto a los primeros libros, aquellos que suelen ser encuadrados en el neorrealismo de posguerra, destaca precisamente lo que los separa de esa estética, rasgos concretos que identifica como prefiguraciones de propuestas posteriores. Contrapone su compromiso social al de Pasolini, sin ir más lejos; donde el poeta y cineasta progresa adaptando su mensaje al contexto, Calvino «se estanca en un puritanismo revolucionario» que le llevará a trascender toda coyuntura, a esconderla bajo la rigurosidad compositiva que no dejará nunca de anhelar.

El paso a la siguiente fase creativa tiene en apariencia un desencadenante externo. La invasión soviética de Hungría, en 1956,

le aleja del comunismo, al tiempo que sus escritos huyen de la militancia para abrazar lo fantástico. Es la época en que recopila y adapta, como editor de Einaudi, cuentos tradicionales italianos, clara fuente de inspiración de su famosa y contemporánea «trilogía heráldica» –*El vizconde demediado*, *El barón rampante* y *El caballero inexistente*–, agrupada en 1960 bajo el título de *Nuestros antepasados*.

En 1967 se traslada a París, ciudad donde había residido una temporada durante 1962. Su búsqueda incesante de modelos de escritura apropiados para sus presupuestos teóricos halla en el Oulipo una fructífera veta a lo largo de la que discurrirá su producción de los siguientes años, en lo que vendrá a ser el núcleo, la parte central de su bibliografía. Como es sabido, los creadores vinculados a ese grupo o «taller de literatura potencial» se autoimponían normas formales previas a la hora de desarrollar sus textos, *contraintes* (constricciones), a menudo muy rigurosas. Esta dinámica, que aproximó la literatura a las matemáticas desde una perspectiva más bien lúdica, es asumida por Calvino, pienso, con alivio, como si dibujar los muros de su propia prisión le sirviera para encontrar la salida que en ese momento precisa. Si bien su adopción de tales métodos será temporal y estará alejada de la persistencia programática de autores como Perec, le sirve para gestar algunas de sus obras clave, en particular *El castillo de los destinos cruzados* –elaborada a partir de las posibilidades combinatorias de las cartas del Tarot– y, sobre todo, *Las ciudades invisibles*.

A pesar de las nuevas estrategias, no deja de estar presente en estas piezas, una vez más, la colisión entre contrarios. *Cibernética* –en el sentido de *cálculo*– y

fantasmas, propone en uno de sus artículos la tensión «entre juego combinatorio e inconsciente de la actividad artística». Las ataduras formales pasadas por el cedazo de lo mitológico, o viceversa. Sobre un mapa mudo, sobre una cuadrícula desnuda, circulan los espectros de la civilización; es ahí donde, lejos de sentirse constreñido, persigue Calvino la libertad necesaria para volver a desprenderse de sí mismo sin dejar de ser él. «El centro en cualquier lugar», resume con elocuencia Ossola.

En su tramo final, el ensayo ofrece dos capítulos algo alejados del resto. En primer lugar, una conferencia inédita acerca de la adaptación del compositor Luciano Berio del relato «Un rey a la escucha» que, a pesar de su cuestionable pertinencia como sección para un volumen de estas características, contiene algunas ideas sugerentes sobre las complejas relaciones entre lo verbal y lo espacial. A continuación, una reflexión en torno a la problemática que plantean las *Seis propuestas para el próximo milenio*, libro póstumo que recogió las conferencias que nuestro autor hubiera impartido en la Universidad de Harvard durante el curso 1985-86 si no le hubiera sobrevenido la muerte justo el verano antes. La última de esas propuestas no fue nunca redactada; su contenido es un misterio, pues de ella sólo se conserva el título en inglés: *Consistency*. Ambiguo epígrafe que Ossola conecta con la tercera de las lecciones, la dedicada a la *Exactitud*. En este sentido, dicha consistencia parecería aludir a la rigurosidad dentro de la multiplicidad: orden, precisión, pertinencia para asumir las posibilidades de cualquier sistema, tanto las previstas como las impredecibles. Y aquí brota de nuevo la figura del cristal, como divisa privilegiada de tales valores: «El

cristal, con su talla exacta y su capacidad de refractar la luz, es el modelo de perfección que siempre ha sido mi emblema...».

Ossola asegura que esta influyente serie de textos han sido sistemáticamente mal entendidos, por su asociación superficial a los valores de la posmodernidad. Lástima que su argumentación quede supeditada a

una serie de escapes algo forzados hacia la etimología, la física cuántica y la teoría matemática, lo que ocasiona que el capítulo en cuestión acabe desviándose demasiado de lo prometido, circunstancia que, en cualquier caso, no resta valor a un libro que sin duda interesará a los más fieles lectores del gran Italo Calvino.

Max Aub:

Versiones y subversiones

(Ed. de Xelo Candel)

Cuadernos del Vigía, Granada, 2015

104 páginas, 19€



El otro, yo

Por EDUARDO MOGA

Versiones y subversiones, de Max Aub (París, 1903-Ciudad de México, 1972), se inserta en la tradición del juego literario –el apócrifo, el heterónimo, el trampantojo– a la que pertenecen, con honores, Pessoa, Borges, Bioy Casares y Joan Perucho, y que hoy continúan, entre otros, Enrique Vila-Matas o Julio César Galán. El libro –que es, en realidad, dos libros– se presenta con el nombre de Max Aub estampado en la portada, pero los autores que figuran en su interior como responsables de los poemas incluidos no son Max Aub. Además, unos, los de *Versiones*, ni siquiera han existido –con dos excepciones: Jaime García Terrés y el propio Max Aub–, mientras que otros, los de *Subversiones*, son reales, aunque en la mayoría de los casos anónimos. Todo ello configura un *pasti-*

che formal, una extraña recolección de ficciones y recreaciones, sujeta, bajo la especie de antología, por la vigorosa personalidad de un creador insólito, un hombre que acumulaba nacionalidades –cuatro– e idiomas –seis–, aunque dejara dicho, después de haber llegado a España con once años y aprendido castellano a una velocidad vertiginosa, que no podría escribir en otra lengua.

Versiones y subversiones se publicó en México en 1971, aunque la primera parte del libro era una reedición parcial de *Antología traducida*, aparecida, también en México, en 1963. El espíritu travieso del compendio se manifiesta ya en la nota prologal de Aub a la edición de 1971, en la que dice que «siempre [fue] tan enemigo de repeticiones como amigo de nove-

dades», cuando, en realidad, esta edición repite casi todo lo dicho en *Antología traducida*. En *Versiones* Max Aub antologa y traduce, supuestamente, poemas de autores de todas las tradiciones literarias, desde Hagesícora, poeta griega del siglo VII a. C., hasta Michael McGuleen, poeta californiano, que «comió poco, bebió y habló mucho», y «se suicidó en Miconos». Además de los poemas, resultan muy sugerentes estas breves notas biográficas de cada autor, donde ya se plasma la ironía y hasta la socarronería de Aub. La referida a él mismo, previa a los tres poemitas que identifica como suyos en el volumen, es concisa y mordaz: «Aunque sale su nombre con cierta periodicidad sospechosa en libros y revistas, no se sabe dónde está. Lo único que consta es que escribió muchas películas mexicanas carentes de interés. [...] Mientras tanto, recomiéndase la abstención, que es lo único que, con seguridad, da fruto». También las notas a pie de página contribuyen a la jocosa verosimilitud del repertorio. En la entrada que se acaba de transcribir, Aub hace constar de «no se sabe dónde está», en nota a pie de página, que «no es un juicio definitivo. Véase página siguiente», lo que, tratándose de un autor que ha debido exiliarse tras una guerra, y que había sido encerrado en varios campos de concentración, en Francia y Argelia, acusado de comunista, no deja de ser un ejemplo de humor negro. En el poema de Fu-Po, Aub subraya la dificultad de traducir el idioma original y confiesa haberse apoyado en la versión inglesa de su amigo Alastair Reid –con el que, en efecto, Aub se carteo–. En otros adopta un supuesto aire crítico, que le lleva a señalar que un verso es confuso o que «el manuscrito deja dudas acerca del pronombre. Es posible que diga *mis* en vez de *sus*».

El ingenio está presente en todas las composiciones –y en sus presentaciones–. A veces, es un latigazo de ironía; en otras ocasiones, un giro satírico, como en el poema de Hagesícora, en el que remeda, adoptando la voz femenina, la poesía arcaica griega y su burlesco desenfado: «¡Ay, hombres miserables / cuyo sexo a la vista pende / como demostración / de que solo a medias es vuestro, / como asa de un botijo / que nada tiene / que ver con su contenido!». El sexo, por cierto, sigue teniendo presencia en *Versiones*, aunque con un tono tragicómico y desmitificador: «La vez primera que Adán / atravesó a Eva / creyó morir habiéndola matado / con su falo ensangrentado. / [...] la mujer abrió los ojos / y le sonrió». Aub también practica el calambur y la paronomasia, como en el poema del brasileño Justo Jiménez Martínez de Ostos, donde juega con el léxico y la ortografía, y construye una pieza sustancialmente integrada por neologismos absurdos y observaciones escatológicas. Una explosión de poliptotos y repeticiones sostiene otras composiciones, como el poema renacentista de Bertrand de Crenne, en el que no faltan tampoco las paradojas: «Tú fuiste, vida, en vida, toda vida, / mi vida viva cuando me esperabas; / cuando te esperaba, moría / y esa muerte era vida. / Vacío, miro mi mano vacía». El soneto de Jaime García Terrés, en fin –poeta mexicano, director de la colección en la que se publicó la *Antología traducida*–, es paródico y poliglósico: el último endecasílabo está en inglés y cierra una rima en -ax, lo que recuerda vagamente el célebre soneto en -ix de Mallarmé; y el antepenúltimo, metapoético, como todo en este libro, remite asimismo a otro soneto famoso: «Un soneto me manda hacer Violante», de Lope de Vega: «Conste, pues, no sin gala de los ripios, /

mi tributo leal: si muy escueto, / no menos minucioso, caro Max. // Y ahora, satisfechos los principios, / ¿cómo diablos concluyo mi soneto? / *I shall have to forget it, and relax*».

Pero *Versiones* no es solo un desvarío o un divertimento. Sus preocupaciones son fuertes, ahincadas en una visión negra de la existencia. Y no es extraño que sea así: los humoristas suelen ser grandes pesimistas. La angustia por el paso del tiempo recorre todos los poemas: las criaturas de Aub luchan a veces por recuperar lo perdido, o por dilucidar si ha llegado siquiera a existir, como Robert Richardson; otros intentan sustraerse a su fluir deletéreo situándolo en un solo punto, en una suerte de aleph metafísico en el que convergen pasado, presente y futuro, como en el «Madrigal de viejo», de Iván M. Ivanov, o en este monóstico del propio Aub: «Eres lo que fue y será». En *La tierra baldía*, Eliot ya había sostenido que el presente y el pasado quizá estuvieran contenidos en el futuro, y este en el pasado. Pero es la muerte lo que más acecha al espíritu que aquí se despliega. La muerte puntea el conjunto, desde el dístico de la tableta agnóstica del siglo VI a. C.: «¿Por qué temes a la muerte? / El futuro le pertenece», hasta el grito descarnado del heterodoxo maniqueo Teodoro bar Addai: «Todo es dolor y muerte. / ¡Libérame de estas tinieblas!», pasando por el delirio hiperbólico del veronés Vincenzo Dalla Robbia: «Un día / los muertos frenarán / el rodar de la tierra». Otro asunto que preocupa a Aub es lo judío, una inquietud que tiene fácil explicación en alguien, de madre judía, que ha vivido de cerca el Holocausto. Aub incluye en *Versiones* un poema de Simón Gómez, judío portugués abrasado por la Inquisición, y otro de Alfredo de Alcalá, judío converso. También el «Anatema de un converso holandés», de

Gustav Rosenbluth, jefe del partido cristiano-demócrata y colaborador de los nazis, en el que el poeta enumera diez proposiciones ferozmente antisemitas, donde se reconocen todos los tópicos contra los judíos inventados por la Iglesia y los totalitarismos contemporáneos. Cierta aire jocoso y las alusiones a personajes coetáneos no le restan dureza; por el contrario, la exageración paródica acentúa la crítica: «5. ¡Matasteis al padre, vosotros los ateos! ¡Todos los ateos son judíos! / [...] 8. Ese Buñuel del demonio, hijo del Bosco; ese Picasso, judío del diablo... / 9. ¡Esos judíos! ¡Esos judíos que asuelan el mundo! ¡Hijos de Erasmo y de Américo Castro! / 10. ¡De ellos son! ¡De ellos son! ¡A ellos! No dejéis uno».

Subversiones, la segunda parte del volumen, recoge poemas ciertos de autores existentes, aunque, dados los antecedentes de Aub, se haya sospechado que tampoco lo eran. Pero Xelo Candel, el responsable de la edición, afirma que los libros que constituyen las fuentes de la traducción de Aub existen: «Yo mismo he podido manejar los originales citados», remacha. Esos libros son tres: *La Preghiera dell'Uomo* (1975); *Trésor de la Poésie Universelle* (1958) y *Prolegómenos*, del historiador árabe Aben Jaldún, traducidos al francés y publicados en París por el barón de Slane en 1934. De ellos dice Aub haber seleccionado y vertido al castellano un conjunto de poemas pertenecientes a todas las lenguas y tradiciones literarias, la mayoría cantos religiosos anónimos –los cánticos fan del fuego y la muerte, la danza pigmea de los animales, los cantos de iniciación caníbal, los ceremoniales al dios Hisiniamui o gnósticos de Cristo, las plegarias romanas por la inmortalidad o las hindús dedicadas a las plantas–, pero también sendas piezas de Antonin Artaud,

el extenso «La cara humana», y de Tristan Tzara, el vallejiano «Tu grito, España...». El canibalismo parece interesar especialmente a Aub, que incluye, además del mencionado canto de iniciación, una «Glorificación de un caníbal difunto». Son traducciones, sí, pero también pueden considerarse creaciones propias, porque Aub subraya el proceso de renacimiento que, paradójicamente, siguen poemas una y otra vez traducidos. Su traducción, la última hasta el momento, cobra así un perfil propio, desgajado, después de tantos asedios, del texto primigenio. «Versión de versiones, subversiones, pues —escribe Aub en sus “palabras preliminares”—, y no es chiste, porque, al fin y al cabo, el paso de tanta lengua a otra, a la fuerza ha de llevar al trastorno, la perturbación y la destrucción que, según el diccionario, viene a ser la subversión, aunque aquí solo emplee el vocablo en su sentido exacto de versión, a la fuerza inferior por haber pasado por tantas aproximaciones».

En «El arte de componer (con elegancia) en verso y en prosa no depende de las ideas, sino de las palabras», Aben Jaldún formula una certera reivindicación del *ars combinatoria* que es la literatura, en general, y la poesía, en particular. Se trata de una posición mallarmeana, muy moderna, o posmoderna, aunque ya la sostuviera Raimundo Lulio en el siglo XIII. El espíritu de Mallarmé flota en la danza pigmea de los animales, compuesta por monosílabos onomatopéyicos, entre los que se insertan fragmentos llenos de alegría y prisa como este: «El pájaro vuela, / Vuela, vuela, vuela, / Va, vuelve, pasa, / Sube, se cierne, baja. / Hago el pájaro. / Todo vive, baila, canta».

La muerte sigue presente en esta segunda parte, con un protagonismo especial, como demuestran los himnos caníbales o este

canto religioso de Tenka, un valle del bajo Nilo: «En el tiempo en que Dios creó cuanto hay, creó el sol. / Y el sol nace, muere y vuelve. / Creó la luna, y ella nace, muere y vuelve. / Creó estrellas, y las estrellas nacen, mueren, vuelven. / Creó el hombre. / Y el hombre nace, crece, mas no vuelve». Como puede verse, las repeticiones, haciendo bueno el alegato permutativo de Abén Jaldún, recorren *Subversiones*, llenándolo de primitivismo y musicalidad. Además de en los poemas ya citados, los encontramos, en forma de anáforas, geminaciones y paralelismos, en el canto fúnebre de África Ecuatorial, el canto gnóstico de Cristo y la fabulosa plegaria por la inmortalidad: «Señor, tú [...] Guardián del fuego, Creador de la luz, Dios de hálito de fuego, Dios de Corazón de fuego, Espíritu de luz, tú a quien el fuego da luz, tú a quien el fuego alegra, esplendor de luz...».

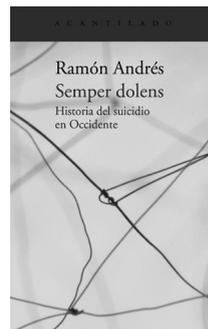
A la edición de *Versiones y subversiones* solo puede ponérsele un pero: su responsable —que, por otra parte, realiza un diligente trabajo crítico— afirma haber «corregido las erratas y [...] actualizado la sintaxis, los signos de puntuación y de acentuación». Sin embargo, la lista de erratas es larga, y la puntuación y las tildes no son un dechado de pulcritud: «melifluro», «volviose» y «recluido» no llevan acento (pp. 22, 40 y 51); no es «muerte», sino «muerta» (p. 39); «imprimió» ha de ir en mayúscula (p. 42); el poeta inglés no es «Shelly», sino «Shelley» (p. 44); en los versos «¿Qué soy o qué somos / sino tu reflejo?», «sino» ha de ir junto (p. 55); no es «cuando mejores», sino «cuanto mejores» (p. 62); tampoco «proyectaba», sino «proyectada» (p. 90); y sospecho que no debe decirse «esplendor da luz», sino «esplendor de luz» (p. 81), ni «sabias», sino «savias», porque está hablando de las plantas (p. 83).

Ramón Andrés:

Semper Dolens. Historia del suicidio en Occidente

El acantilado, Barcelona, 2015.

512 páginas, 24.90€



Cuando la vida no vale la pena

Por JOSÉ MARÍA HERRERA

Hay gente que prefiere estar muerta a seguir viviendo con nosotros. La Asociación Internacional para la Prevención del Suicidio calculó en 2011 que entre veinte y treinta millones de personas. De ellas lograron su objetivo de quitarse la vida ese año la décima parte. No es mucho comparado con la población total, pero tampoco se trata de una cifra insignificante. Pensemos que en España, país con bajo índice de suicidios, los fallecidos en accidente de tráfico representan un tercio de los que eligen matarse voluntariamente. Aunque la tendencia actual es suponer que esta clase de muertes guarda relación con problemas patológicos asociados a malos hábitos –alcoholismo, consumo de drogas, etc.–, las dificultades del hombre para vivir son mayores de las que suelen reconocerse.

Nuestra mentalidad cambia a lo largo de los tiempos, pero «el malestar y la *desperatio* –leemos en *Semper dolens*– son consustanciales al ser humano». Hablar de suicidio es, pues, hablar de dolor, una forma de percibir la realidad que va acompañada a veces de la impresión de que la vida es una carga insostenible.

La civilización es el esfuerzo por suprimir el dolor, un esfuerzo abocado al fracaso porque el dolor siempre le lleva ventaja, igual que Aquiles a la tortuga. Erradicarlo parece imposible. Ni en el paraíso sabe el hombre estar contento. Para la mayoría, sin embargo, su existencia, la existencia del dolor, no impide seguir adelante. Hay que estar muy loco o enfermo para renunciar a la vida de manera voluntaria. Eso no quita, por supuesto, que

la muerte sea una posibilidad que cualquiera puede hacer suya convirtiéndola en un acto de insumisión frente a la realidad. Desearla, decidirla, no constituye a la fuerza un signo de que algo va mal. Al fin y al cabo, la libertad, el poder de revolverse contra la naturaleza, pertenece a la esencia del ser humano.

El suicida es el hombre que toma el camino de la nada confiando en que, por malo que sea, no puede ser peor que el camino del ser. Con esto se vulneran todas las ideas que conforman el sentido común. La sociedad se defiende insinuando que el suicidio no es nunca un acto verdaderamente libre. Hoy, por ejemplo, se insiste en que se trata de un efecto de la enfermedad. Ahora bien, atribuir el deseo de quitarse la vida únicamente a trastornos depresivos de naturaleza orgánica, más que explicar el problema, lo empobrece, dejando fuera multitud de excepciones. Pensemos en el incremento de suicidios durante las crisis económicas o en la profunda relación entre suicidio y desencanto sentimental. Una de las utilidades de una historia del suicidio es justamente que permite tomar cierta distancia de los arraigados lugares comunes de la sociedad y observar con cuidado hasta qué punto y con qué intensidad imprime cada época su sello en la valoración del fenómeno. Esencial, en este sentido, es hacer lo que hace Andrés en su libro: no dar por supuesto nada, ni siquiera que la existencia sea necesariamente lo más deseable. Recordemos a Lázaro, el hermano resucitado de Marta y María, quien después de dejar el reino de los muertos no volvió a abrir la boca ni siquiera para comentar su experiencia. Rembrandt, con su sutileza habitual, lo representó por ese motivo con cara de pocos amigos, como si hubiera sido obligado a abandonar por la fuerza una situación inmejorable.

El apego a la vida y su desprecio responden, según Freud, a dos instintos básicos y contrapuestos: el sexual y el de muerte. El conflicto Eros-Tanatos pone de relieve que la existencia no es esa cosa fácil que se sugiere desde un ingenuo racionalismo incapaz de reconocer otra posibilidad que la libidinosa voluntad de afirmación en el mundo. Dentro de cada persona hay algo que la empuja a afirmarse en el devenir y algo que le incita a arrojar la toalla. Tratándose de seres humanos, o sea, de seres que llevan en su interior esa grieta, resulta arriesgado descartar la posibilidad de una enmienda a la totalidad. *Semper dolens* se llama el libro que estamos comentando, un título que además de aludir a la naturaleza humana, esconde ricas connotaciones para los aficionados a la música, campo donde el autor goza de merecido prestigio.

Si tener que sufrir está en el destino humano, mientras haya hombres habrá quien no aguarde a que le llegue el turno para dejar el mundo. Esa impaciencia empezó a ser conocida como «suicidio» en el siglo XVII. No es que antes la gente no se quitase la vida, sino que ciertos escrúpulos desaconsejaban emplear una palabra específica para referirse a ello. Matarse por propia voluntad era costumbre de paganos o pecadores corrompidos por el maligno. Los primeros, de hecho, en utilizar el vocablo fueron los ingleses, pueblo que en la época barroca, tan proclive al gusano y la calavera, tenía fama de practicarlo con entusiasmo. Andrés explica la propensión con una cita de Moratín: «las circunstancias exaltan el temperamento melancólico de esa gente y, a fuerza de razonar, concluyen que es necesario matarse». El lector de la obra comprobará a buen seguro que esta conexión entre suicidio y raciocinio —uno de sus hilos conductores— es menos significativa a la hora de

explicar la idiosincrasia inglesa que el problema del suicidio. La cantidad de páginas dedicadas a la melancolía, sentimiento típico de temperamentos propensos a sufrir fuertes oscilaciones de ánimo y, por ello mismo, al menos según Aristóteles, dotados de genio creativo, no es ciertamente casual. Tampoco lo es, claro, que el hombre de fe, aquel que subordina su intelecto a la disciplina de una verdad situada más allá de su poder de comprensión, rechace la tentación de apresurar su marcha de este mundo. Se lo impide la creencia en que la muerte no mata del todo, dogma supremo de la religión, y la idea de que la vida es un préstamo concedido por Dios que hay que devolver con intereses en la eternidad.

A lo largo de la historia, los motivos por los que la gente se ha quitado la vida han sido aproximadamente los mismos: desesperación, miseria, cansancio, injusticia, soledad, tedio, exclusión social, vergüenza, etc. Cada uno aisladamente o varios en combinación llevan al suicida a la creencia de que no tiene sentido seguir viviendo. Estos motivos no tienen que ser, sin embargo, universalmente comprensibles. Hoy poca gente entendería lo que dijo Séneca cuando comentó que si el destino lo redujese a la condición de hombre común que debe trabajar para vivir no haría de ello un drama, sino que simplemente se suicidaría. Menos aún comprenderíamos el caso citado por Ramón Andrés de una amiga de Dylan Thomas, la poetisa Anna Wickham, que se ahorcó, según ella misma dejó dicho, porque había subido el precio del tabaco y no se lo podía permitir. Estos ejemplos, al igual que otros muchos que encontraremos en el libro, son anecdóticos y nada revelan salvo algo ya sabido: que cada cual decide sobre lo que importa en la vida.

La nómina de personajes conocidos que se han suicidado es larga y se remonta a

Gilgamesh, el héroe mesopotámico que, después de encontrar la planta de la inmortalidad y perderla, se dio muerte junto a su esposa e hijos. La reprobación del suicidio resulta, en cambio, un fenómeno relativamente reciente, vinculado al cristianismo. Este rechazo de plano la muerte voluntaria, considerándola un atentado contra Dios y la comunidad. Bajo ninguna circunstancia, a no ser la defensa de la propia virtud, justifica el suicidio. Ni la enfermedad, ni la miseria, ni las dudas espirituales, ni la melancolía, ni siquiera la pérdida de la libertad. Incluso en el caso de tener que escoger entre diversos tipos de muerte, el suicidio nunca es una buena opción, pues lo que se pone en riesgo con él es el destino de nuestra alma inmortal. Por eso, a fin de impedir que los suicidas cometieran un error tan grande, la Europa cristiana adoptó severas normas contra ellos. La más conocida es la prohibición de ser enterrado en sagrado, una medida de poca monta comparada con el maltrato público de los cadáveres, la expropiación de los bienes o la estigmatización de la familia del suicida. Obviamente, si las admoniciones contra el suicidio fueron muy severas durante los períodos en que se creyó con fuerza en la inmortalidad, las exhortaciones a su favor coinciden con la pérdida generalizada de la fe. El arraigo de dichas costumbres en Europa, profusamente documentado en la obra de Andrés, quizá sea una de las causas por las que aún cuesta hablar con libertad de la muerte voluntaria.

Frente a la concepción del suicidio como pecado o locura hubo de todos modos siempre en Europa la tendencia a verlo, asimismo, como un acto de valentía o afirmación de la vida. El suicida se mata no porque la vida le parezca poco valiosa, sino también porque la ama. Precisamente porque la ama, porque la vida es para él lo más hermoso, pre-

fiere morir a vivir de cualquier manera. Esta idea, que hunde sus raíces en la tradición clásica, resurgió como tantas otras durante el Renacimiento. Desde Tomás Moro, que reivindicó la tolerancia hacia quienes deciden acortar su existencia, a Montaigne, quien defendió la muerte como derecho, multitud de autores replantean en aquella época el asunto. Andrés invoca a muchos de ellos y presta especial atención a uno, John Donne, de cuya pluma surgió *Biathanatos*, obra que es también una historia del suicidio en la que son repasadas las posiciones y juicios tradicionales. Poco a poco fue desarrollándose en Occidente la convicción de que nadie debería tomarse la facultad de juzgar las decisiones íntimas y que en un tema como el del suicidio no hay motivo para someterse a la opinión pública, pensamientos que vuelven a invocarse hoy por quienes consideran que nuestros sistemas legislativos deberían considerar la posibilidad, acorde con las opciones indoloras que ofrece la técnica, de que cualquiera interrumpa su existencia si esta llega a un punto en el que resulta imposible desplegarla aceptablemente.

Semper dolens es un libro de cerca de quinientas páginas lleno de informaciones y reflexiones interesantes donde se aborda el problema del suicidio desde los inicios de la civilización hasta nuestros días. Salvo una mención a la Torre del Suicidio de Heliogábalo, no se echa de menos nada, más bien lo contrario. Su autor pertenece a esa estirpe de sabios –Plutarco, Valerio Máximo, Montaigne– que apabullan con su erudición. Aunque tras ella se intuye al hombre que medita, el único momento en que abandona la distancia del estudioso es el capítulo dedicado a la secularización. Casi de pasada, deja caer allí que el motivo que le indujo a emprender su escrito fue similar al que llevó a

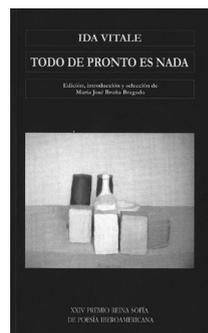
Goethe a redactar *Werther*. Nosotros sabemos que este tomó de un caso real la historia del hombre que se mata a causa de un amor no correspondido: el de su amigo Carl Wilhelm Jerusalem. ¿En qué modo habrá afectado ese misterioso suceso vagamente aludido a su planteamiento de la cuestión? Es difícil saberlo. De Ramón Andrés se puede decir lo mismo que él dijo de Bach: que es un espíritu que no se deja empañar por nada. Hay un detalle que llama, sin embargo, la atención: su lectura de Camus. Andrés no está en absoluto de acuerdo con lo que este sostiene en *El mito de Sísifo* («No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena de vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía»). Le parece que el pensador francés convierte el suicidio en una simple cuestión de ideas, algo así como una respuesta lógica al problema de la vida, en vez de lo contrario, la filosofía en una cuestión vital. Se trata de una interpretación poco afortunada, me atrevería a decir incluso que contradictoria, pues oponer a esa supuesta idea algo más profundo, más «humilde y esencial, más interior y natural, más llano y poderoso», como hace Andrés en su libro, tal vez le sirva para asimilar la enigmática muerte que lo inspira, pero lo coloca también junto a aquellos que critica, todos esos que explican el suicidio en claves patológicas. Y es que si lo que desencadena el sentimiento trágico es la falta de identificación con la realidad, tesis que el autor acaba suscribiendo, Camus no se equivocó. De hecho, es lo mismo que han defendido la mayor parte de los filósofos desde aquel lejano día en que comenzaron a mirar con malos ojos los discursos fundados en la tradición: que el hombre es un ser que necesita conocer el mundo y reconocerse en él.

Ida Vitale:*Todo de pronto es nada*

(Ed. e introducción de María José Bruña Bragado).

Universidad de Salamanca, 2015.

300 páginas, 18€



Ida Vitale: nada de pronto es todo

Por JOSÉ LUIS GÓMEZ TORÉ

La antología *Todo de pronto es nada*, preparada a raíz de la reciente concesión del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana a la uruguaya Ida Vitale (Montevideo, 1923), ha corrido a cargo de la profesora María José Bruña Bragado, quien ha llevado a cabo una cuidadosa selección de la poesía de la autora en la que no faltan incluso sus propuestas más lúdicas, presentes en libros como *El ABC de Byobu*. Las incursiones en cierto experimentalismo, lejos de desmentir la poética de Vitale, la corroboran al mostrar que la preocupación por el lenguaje y sus posibilidades han estado siempre en el centro de su escritura. No faltan los textos metapoéticos en sus libros, y esta antología no deja de mostrarlo. Sin embargo, como en buena parte de la mejor poesía del siglo XX, esa

mirada reflexiva sobre la propia escritura se ofrece por lo general de manera implícita, sin subrayado alguno, puesto que no hay una diferencia fundamental entre escribir sobre la poesía o escribir sobre ese hilo con que se teje la existencia y que en buena medida también está hecho –en cuanto que esa realidad es humana– de materia verbal. Se escribe para sorprender el movimiento de la vida, para captar sus desajustes o el anclaje preciso que hace del devenir experiencia del mundo. En este sentido, la introducción de Bruña Bragado a los poemas resulta como poco pertinente. En primer lugar porque, si bien existen estudios sobre la autora, la importancia de su obra no se corresponde con lo exiguo del aparato crítico suscitado en torno a la misma. Como subraya la antóloga,

en consonancia con afirmaciones semejantes de Helena Corbellini y Tomás G. Brena, con frecuencia se ha aludido a lo inclasificable de su propuesta como excusa para no ofrecer una lectura en profundidad de sus libros, actitud que afortunadamente se evita aquí. Así, en segundo lugar, hay que valorar el esfuerzo de María José Bruña por atender a la textura verbal de esta poesía, sin caer por ello en el formalismo, desde la certeza de que la magia de la autora no brota de indescifrables arcanos, sino que es, ante todo, una magia lingüística que logra aunar rigor y ligereza en el difícil empeño, como diría Unamuno, de «esculpir la niebla».

En uno de los poemas del *Diván de Oriente y Occidente*, Goethe alude al arte poética como la capacidad de convertir el agua que fluye en cristal. La imagen podría completarse, al hilo de la poesía de Vitale, con la de un cristal que conserva, en secreto, la fluidez y el rumor del agua. En efecto, hay en la uruguayana una búsqueda de la precisión, de la palabra justa, pero desde la consciencia de que ese «*mot juste*» no es sino un breve milagro, un precario puente sobre una realidad en perpetuo devenir, que se corresponde con un magma lingüístico en constante ebullición. La mirada poética, lejos de congelar ese movimiento, lo acompaña, se entrega al baile de significantes y significados, al desplazamiento semántico que arroja unas palabras sobre otras en una lengua que siempre es mestiza. Por ello, el gusto por imágenes como la paronomasia («Expectantes palabras / [...] airosas, / aéreas /, airadas / ariadnas») es mucho más que un simple procedimiento retórico. Se trata de jugar, pero de jugar en serio, como juegan los niños. Como ha señalado con acierto Eduardo Milán, estamos ante una «Poesía riquísima en aliteraciones, antítesis, paronomasias y

toda la danza poética del significante que quiere evidenciar su cuerpo. Porque sólo quien acepta el tiempo puede jugar. Y sólo quien entra al tiempo con plena convicción puede jugar bien».

Es preciso detenerse en esta aguda conciencia de la temporalidad que señala Milán y que, en efecto, atraviesa toda la escritura de Vitale. La suya es palabra en el tiempo, pero en un sentido no del todo coincidente con el de Antonio Machado. Al leer los poemas de la uruguayana, intuimos que asumir el carácter temporal de la lírica es comprender lo precario de nuestra condición humana y, por ende, de la propia poesía. Es saber que la muerte está ahí acechando, que andamos siempre al borde del no ser —quizá no es casual que el miedo sea una presencia intermitente, pero repetida en varios de los poemas—. Pero, asimismo, supone ser consciente de que el tiempo es la propia sustancia de la vida, que una vida más allá del tiempo se parecería sospechosamente a la muerte. El yo poético se percibe así, no en el cotidiano morir barroco, sino en el estupor de descubrirse «feliz naciendo / de la muerte», en un constante renacer. Para no mentir, la lengua debe reflejar la rueda del nacer y el morir que es toda vida, ese juego de constantes metamorfosis. Escribe Ida Vitale: «Las palabras son nómadas; la mala poesía las vuelve sedentarias». Poesía es, quizá, el nombre que damos a ese poner en movimiento al lenguaje.

En el lenguaje cotidiano el significado tiende a esclerotizarse, a cristalizar en frases hechas y pensamientos prefabricados. Como se señala con humor en un texto recogido en esta recopilación de *El ABC de Byobu*, todos tendemos a creer que tenemos ideas propias, pero «nadie puede estar seguro de que las que descubre en su cabeza

lo sean». Frente a esa herencia muerta, en la que una retórica vacía está al servicio de un pensar igualmente huero, la poesía invita a estar alerta, a dejarse asombrar. Bruña Bragado ha titulado la tercera sección de su antología «Asombro, lenguaje, asombro» –la que, en su opinión, constituye la última etapa de la poesía de la uruguay, iniciada en 1994 con *Léxico de afinidades*–. La citada crítica habla de un «círculo vicioso» o «más bien una espiral de revelaciones sucesivas». Círculo virtuoso, podríamos, en cambio, decir, o círculo hermenéutico, puesto que es el lenguaje el territorio en el que es posible, paradójicamente, quedarse sin palabras: círculos concéntricos en torno a un centro que siempre se escapa, tal vez porque no existe o tal vez porque no siempre sea el mismo. La capacidad de maravillarse ante la realidad de todos los días es, por otra parte, signo de una fidelidad terrestre. Es en la inmanencia, y no en un más allá, donde se busca la raíz del milagro, como se afirma en el poema «Este mundo», en el que la enumeración final con su extraña combinación de tiempos y modos verbales recalca a la vez la precaria posición del sujeto hablante y su obstinado anclarse en lo mundano: «A veces su luz cambia, / es el infierno; / a veces, rara vez, / el paraíso. / Alguien podrá quizás / entreabrir puertas, / ver más allá promesas, sucesiones. / Yo sólo en él habito, / de él espero / y hay suficiente asombro. / En él estoy / me quede, / renaciera».

El título elegido por la antóloga para su edición –tomado del verso final del poema «Encuentro y pérdida», aquí incluido– no puede resultar más acertado, pues capta a la perfección ese fondo amenazante sobre el que se construye un «laberinto / donde, solo, tuviste luz / unos minutos». Sin embargo, si se me permite el retruécano, en esta poe-

sía sentimos efectivamente que todo de pronto es nada, pero con igual fuerza que nada de pronto es todo («Esperábamos algo: / y bajó la alegría / como una escala prevenida»). Precisamente porque Vitale es una maestra de la levedad –que no es lo contrario de la profundidad, sino tal vez su marca–, de pronto los signos se confabulan para dar lugar a ese asombro al que ya nos hemos referido y que da la medida de su fidelidad al más acá. Aunque la palabra poética no renuncia al «dulce fragor de lo distante», se obstina en la presencia mundana de las cosas, de los seres cuya sustancia íntima es el tiempo. Asombro, por supuesto, del lector ante la difícil belleza de los versos de la escritora, pero también asombro del yo poético ante una realidad que en cualquier momento ofrece una luz inesperada, una claridad que podría haberse apagado sin que nadie la hubiese percibido si no la hubiera albergado –o creado– el poema. Es esa la «tarea» que se impone la autora en el poema del mismo título: «Abrir palabra por palabra el páramo, / abrírnos y mirar hacia la significante abertura, / sufrir para labrar el sitio de la brasa, / luego extinguirla y mitigar la queja del quemado».

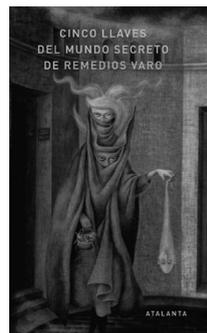
En efecto, la escritura de Vitale es simultáneamente bálsamo y herida, quemadura y lenitivo que duele y consuela al mismo tiempo. Por supuesto, el milagro siempre está a punto de no producirse, como la misma escritora confiesa en «Palabra», y, si se produce, no hay lugar para narcisismos autocomplacientes, porque el poema, si es logrado, suplanta la voz del precario yo: «Un breve error / las vuelve ornamentales. / Su indescriptible exactitud / nos borra». La escritura no ofrece sucedáneos de salvación. Tan sólo lucidez, intensidad, y ello ya es bastante: «Y sigues penetrando / en la floresta silenciosa, / aunque la veas cerrarse / tras tus pasos».

VV.AA.:

Cinco llaves del mundo secreto de Remedios Varo

Atalanta, Gerona, 2015

224 páginas, 45€



Remedios Varo: la música de los astros

Por JULIO SERRANO

En un cementerio de las afueras de la ciudad de México se halla la tumba de la pintora Remedios Varo (Anglés, Gerona, 1908-Ciudad de México, 1963) de la que surge, desde la tierra misma, con más fuerza que la lápida de cierre, un eucalipto rodeado de hiedra. Un guiño póstumo hacia aquello en lo que creía la pintora –la interconexión entre distintas realidades, algún tipo de continuidad tras la muerte– que en parte se hizo cierto. Murió repentinamente a los cincuenta y cinco años, mientras estaba pintando su única tela sin figura humana, *Naturaleza muerta resucitando*: un cuadro del que Remedios Varo había escapado –no hay referencia humana ni alter ego–, pues sólo vemos en él el ascenso circular de una naturaleza muerta que se eleva desde la mesa de una estancia.

La pintura de Remedios Varo es subyugante, enigmática. Sus obras dan pie a la narración, son como cuentos pictóricos o como sinfonías, ventanas en cualquier caso hacia la realidad vista de otra manera. Atalanta acaba de editar un libro que tiene algo de talismán, *Cinco llaves del mundo secreto de Remedios Varo*, una minuciosa edición con ilustraciones magníficamente reproducidas acompañadas de textos que no pretenden ser académicos sin más, sino llaves hacia el mundo secreto de la pintora. Cada texto corresponde a una llave –esotérica, arquitectónica, literaria, surrealista y onírica– con la que se pretende abrir caminos para acceder a su mundo, un mundo «visto como música: oíd las líneas de Remedios», decía Octavio Paz. Un libro en el que habita un sonido que, como el mar en una caracola,

resuena. Los mundos de Remedios Varo son los mundos que están y que no solemos ver. Su búsqueda no es hacia la exploración fantástica de otros mundos, aunque lo pareciera, sino más bien el intento de comprender qué existe en este mundo que habitamos, pero que nos es inasible; tratar de hacer visible –audible– el trasmundo. Baudelaire proponía al poeta como un descifrador de signos de la naturaleza en donde la analogía universal es el puente que permite ver o intuir. El pintor también es, cuando lo logra, una suerte de intérprete y, sin duda, Remedios Varo, interesada en la magia, el esoterismo y la ciencia, participaba de esta creencia. Paz se aventuró en su texto «Apariciones y desapariciones de Remedios Varo» a decirnos cuál es «el tema secreto de su obra: la consonancia-la paridad perdida». En su pintura todo está interconectado por hilos, por pentagramas o por tejidos, el universo es una trama y el hombre –el microcosmos– es uno con la naturaleza y está en constante relación con el universo –el macrocosmos–. Remedios se nos presenta como una tejedora de mitos enraizados en influencias que van de la tradición hermenéutica a los elementos órficos o el azar que el surrealismo dotó de significado como puerta hacia lo desconocido.

Vivió con gran intensidad, en continua búsqueda de un lenguaje propio –diferente por lo sincrético– que va a resultar de la integración de mundos y técnicas que en su pintura tienden a no excluirse. Remedios va sumando, por lo tanto no es de extrañar que lo mejor de su obra se halle al final de su vida. Es más rica en complejidad, más original y amplia en sus obras de madurez. En su pintura podemos rastrear huellas biográficas reconocibles, ya que estuvo vinculada a acontecimientos artísticos e históricos fundamentales del siglo XX. Nacida en un

pequeño pueblo catalán, Anglés, su infancia transcurre influida por su padre –un ingeniero librepensador y adelantado a la época– que le inculca su amor por el dibujo técnico y los libros y por una madre que tratará de aportarle una educación tradicional, que acabará rechazando. El mundo de su abuela –la costura, el tejido, las tramas, los hilos– estará presente en la formación de su concepción del universo como algo holístico. Por otra parte, frente a la mujer como objeto de deseo de los surrealistas, Remedios Varo propone a la mujer como sujeto creador, hacedora de mundo, tejedora. Su mundo infantil en Anglés, vinculado a lo atemporal, como suelen serlo ciertas infancias, permea una pintura en la que no hay huellas del tiempo, sino en la que se refleja, recurriendo de nuevo a las palabras de Paz, «los instantes en que el tiempo reposa». A este reposo contribuyen las arquitecturas que tanto aparecen en su obra, con frecuentes resonancias románicas o góticas, construidas con calculada perfección y que dotan a su pintura de una atmósfera sin tiempo a lo Giorgio de Chirico, a quien admiraba.

Siendo apenas una muchacha deja ese mundo sellado de la infancia en Anglés. Se instala con su familia en Madrid, en donde rápidamente se familiariza con los grandes maestros que puede ver en el Museo del Prado, especialmente Goya, El Bosco o El Greco, absorbiendo técnicas y motivos que irán apareciendo con el tiempo. Su capacidad de integración es notable, persistente y es fundamentalmente en sus obras de madurez cuando vemos que ese crisol de influencias de toda una vida cobrará forma definitiva y personalísima. Ingresó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1924, en donde desarrolla una gran destreza hacia un clasicismo que fácilmente se

percibe bajo su definida fantasía. Dominaba el dibujo, lo que le permitía imaginar plásticamente con gran precisión pictórica. Allí conoce a Salvador Dalí, con quien comparte esta nitidez en la representación de lo fantástico u onírico.

Por esas fechas, Madrid era un foco cultural de gran viveza, si se sabía a qué círculos aproximarse. En la Residencia de Estudiantes se alojaban Lorca, Dalí o Buñuel, además de ser centro gravitacional de la intelectualidad de aquellos años. Varo, bastante joven por aquel entonces, tuvo su primer acercamiento al surrealismo a través de diversas conferencias y charlas que pudo escuchar allí o en las animadas tertulias de los cafés. Comenzó entonces una fascinación por un movimiento que va a ser decisivo en su vida y en su obra, aunque su acercamiento a los grandes artistas surrealistas aún habrá de esperar. Contrajo matrimonio con el también pintor Gerardo Lizárraga, con quien marcha a Barcelona en 1931, tras una breve estancia en París. Barcelona era una ciudad abierta, estimulante, que vivía una efervescencia política derivada de las elecciones de la Segunda República española. No tardará en vincularse a artistas notables como Oscar Domínguez o Esteban Francés, quien será su compañero creativo y su amante. Varo incorpora entonces los procedimientos surrealistas que profundizan en el análisis de las conexiones entre el subconsciente y lo real, cuyas prácticas aglutinan la *calcomanía*, el *grattage*, el *fumage* o el cadáver exquisito, juego creativo al que eran tan aficionados Esteban Francés, Oscar Domínguez o Marcel Jean, muchos de los cuales aparecen reproducidos en *Cinco llaves del mundo secreto de Remedios Varo*, concretamente en la sección «La llave surrealista». Por mediación de Oscar Domínguez, Varo conocerá a Benjamín

Péret, amigo íntimo de André Bretón, con el que contraerá matrimonio más adelante y a través del cual entra ya de lleno en los círculos surrealistas. Las mujeres artistas llegaron al surrealismo principalmente por sus vínculos personales afectivos con algunos miembros del grupo: Dora Maar, amiga íntima de Paul Eluard y Man Ray; Leonora Carrington tuvo una relación sentimental con Max Ernst y Remedios Varo con Benjamín Péret, con el que irá a París en 1937 para no regresar nunca más a España.

La pasión y curiosidad de Remedios Varo por este círculo de artistas e intelectuales era intensa, aunque afirmaba sentirse cohibida y menor entre tantos genios. Por aquella época escucha, calla y va elaborando su lenguaje propio. Sus grandes amigos de aquella época son Benjamín Péret, Oscar Domínguez, Esteban Francés y Víctor Brauner, pintor judío rumano que despertará en ella la pasión por la magia, la alquimia y los fenómenos psíquicos que influirán decididamente en su pintura posterior. Brauner exploraba el mundo de los talismanes, interesado especialmente en cómo una imagen plástica podía tener un efecto mágico en el espectador, algo que no es ajeno al libro que Atalanta acaba de editar. La cuidada edición invita a esta relación de carácter mágico o fetichista con el libro: las ilustraciones, amplias, editadas a sangre, pueden ser una puerta hacia el hechizo.

Cuando estalla la Segunda Guerra Mundial, muchos amigos de Remedios Varo, incluido Benjamín Péret, son detenidos, interrogados o torturados por simpatizar con el comunismo. Ella misma estuvo presa, aunque sabemos poco de ese episodio, ya que fue extraordinariamente pudorosa al respecto, apenas lo menciona ni deja huellas en su pintura. Tratando de buscar la forma de huir, fueron a Marsella –Breton y su familia ya se habían ido

a los Estados Unidos— donde consiguieron un pasaporte para salir desde Casablanca y de ahí, en 1941, Varo y Pèret llegaron a México, un país generoso en su acogida a un gran número de migrantes europeos. Aún seguía casada con Lizárraga aunque unos años más tarde, en 1946, se casaría ya con Benjamín Péret. El arte que van a hallar en México como predominante era el de la escuela de los muralistas: Rivera, Siqueiros, Orozco, con una gran tendencia hacia la representación figurativa nacionalista. El primer recibimiento de estos artistas no fue el que probablemente esperaban. Diego de Rivera y Frida Kahlo, que dominaban indiscutiblemente la comunidad artística mexicana, eran notablemente hispanófilos, además de sentir animadversión por la intelectualidad de estos recién llegados artistas «colonizadores». Rápidamente crearon un círculo aparte en el que se reunían periódicamente Leonora Carrington, José Horna, Gunther Gerzso, Benjamin Péret o Miriam Wolf. Escritores como Octavio Paz se interesaron por este círculo de artistas que habían estado en estrecho contacto con los surrealistas franceses. En esta época Varo integra, no elementos mexicanos costumbristas, como sí hizo Leonora Carrington —pese a su afición por coleccionar piezas prehispánicas, algunas con connotaciones mágicas, talismanes y exvotos—, sino influencias y técnicas clásicas como el *sfumatto* de Leonardo o la perspectiva renacentista. Esta distancia con el mundo mexicano la sentirá de manera más profunda Benjamin Péret, quien nunca terminó de sentirse bien en México, por lo que regresó a París en 1947 rompiendo la relación con Remedios. No obstante mantendría siempre un vínculo especial con este país como, lo prueba la traducción que hizo, poco antes de su muerte, del poema de Octavio Paz *Piedra de sol*.

Remedios Varo, de carácter apasionado y enamorado, no tardará en volver a encontrar el amor en un joven piloto, Jean Nicola, con quien vivirá un par de años en Venezuela ganándose la vida con reproducciones pictóricas de insectos parasitarios observados a través del microscopio, un trabajo de carácter científico que también dejará sus huellas en su pintura: insectos o híbridos de insecto y ser humano aparecen en sus lienzos. Y ya en 1949, cuando regresa definitivamente a México, comienza su gran etapa creativa. Busca nuevos grupos culturales, principalmente aquellos vinculados a los líderes e integrantes de los círculos de Gurdjef y Ouspensky en México, decisivos en el cambio de su pintura. Abandona ciertas técnicas aún ligadas al surrealismo o al automatismo, para entregarse ya a una pintura caracterizada por una intensa búsqueda científica y espiritual. Del surrealismo quedará en su pintura una permeabilidad hacia el azar que tendrá algún hueco en sus cuadros. Pero ahora sus intereses pictóricos van a ser otros: plasmar percepciones acerca del tiempo y el espacio deudoras del saber científico, la relación del hombre con el cosmos, la conciencia de la intersección entre todas las cosas, la percepción de la música como generadora de vida, como vínculo entre el uno y la naturaleza, la intuición de un universo regido por leyes donde todo es relativo, donde las cosas pueden ser y no ser, planteamientos todos ellos que acaban por construir una pintura visionaria, musical. A Remedios Varo le gustaba considerarse maga y propio de magos es el desafío de retratar el sonido por medio de la pintura, que en casos como el que nos ocupa se escapa de las limitaciones materiales que le son propias. Oigamos como indicó Paz, las líneas, los pentagramas con los que Remedios Varo teje, fusiona, el canto del grillo y la música de los astros.

Ricardo Piglia:

Por un relato futuro. Conversaciones con Juan José Saer

(Ed. y prólogo de Patricia Somosa)

Anagrama, Barcelona, 2015

129 páginas, 14.90€ (e-book: 10€)



Un diálogo interminable

Por CARMEN DE EUSEBIO

Hay muchas formas de conversar sobre literatura, porque todas las disciplinas intelectuales y científicas pueden ofrecer una visión, un dato o un concepto que nos haga leer de otra forma lo que llamamos «un mismo texto», un sintagma que designa una realidad que, en apariencia la misma, cambia con el lector, las circunstancias, las épocas. En mi experiencia como entrevistadora, que supone en alguna medida el careo de una o varias obras con su autor, he podido observar que, quien ha escrito tal o cual novela, tampoco tiene un acceso privilegiado al texto, porque cuando habla sobre ella ya no es la novela misma la que se expresa, sino siempre el lector, o en el caso del autor, la memoria de quien la escribió y un lector que recuerda haberla escrito. El

trabajo de críticos y filólogos para fijar un texto –antiguo, con varias versiones, etc.– es admirable y necesario, pero esa fijeza genética es sólo una parte, ciertamente inexcusable, de lo que llamamos literatura, que supone siempre gente que lee, que habla sobre lo leído, que conversa consigo misma sobre ello, que olvida y reconstruye. No pararemos nunca de hablar sobre lo que habla; nunca sobre lo que se escribe, aunque a veces nos detenemos un momento –¿nos detenemos?– y dejamos que eso que hemos leído nos recorra, unido sobre todo a nuestros sentimientos, sin querer perturbar su presencia.

Por un relato futuro. Conversaciones con Juan José Saer, de Ricardo Piglia, está conformado por diversos diálogos públicos man-

tenidos por ambos novelistas desde 1987 a 1999 y editados por Patricia Somoza. Saer (Serodino, Santa Fe, 1937-2005) es recordado por novelas como *Nadie nunca nada* y *El entenado*, entre otras, y diversos ensayos, como *El concepto de ficción* y *La narración-objeto*. Piglia (Adrogué, Buenos Aires, 1940) ha publicado las novelas *Respiración artificial*, *Plata quemada*, *Blanco nocturno*, y cuentos y textos narrativos-reflexivos como *Formas breves*, *El último lector* y, recientemente el primero de los tres volúmenes de sus diarios. Ambos han sido profesores, tanto dentro de su país como fuera –Saer en Francia; Piglia en USA–, y ambos se han preocupado siempre de problemas literarios, tanto de aspectos internos a la obra como en su relación a la lectura, la sociedad, la historia. En estos diálogos se hace evidente la mistad y admiración mutua, y en este sentido este libro es un breve capítulo de una amistad –que, por otro lado es uno de los temas de la narrativa de Saer–, pero sobre todo nos interesa por sus opiniones sobre sus propias tareas y por el significado y sentido de la novela. Pero no quiero terminar este párrafo sin citar a Piglia en lo que sin duda es un homenaje a Saer y, que, por su fuerza también le define a él: «Saer tiene (no pienso escribir *tenía*) el don de la amistad. Siempre será suyo ese esplendor».

«Por un relato futuro» es una frase que nos hace pensar en Blanchot, pero la verdad es que quizás tenga más que ver con el muy citado por Saer, Walter Benjamin. Aunque sea azaroso, parece acertado que el primer diálogo tenga que ver con la relación entre lírica y narración, un asunto que tanto ha impregnado, a veces permeado, la novela y la narración del siglo XX. En relación a su propia obra, Saer afirma que cree «haber tratado de incorporar relaciones más com-

plejas entre un sistema de elaboración poética o un sistema de lírica –poética en el sentido de la poesía como género– y las leyes de organización de la prosa, esa búsqueda de nudos en los que el nivel denotativo persiste. Piglia, por su parte, concibe la novela «o más bien la ficción, como un tipo de trabajo particular con la lengua, que supone la posibilidad de elaborar los materiales más variados». Saer hace genealogía y nos recuerda, siguiendo alguna lectura de Michel Butor, que Balzac introduce algo nuevo, «la reaparición de los personajes», algo que caracteriza a Proust, Joyce, Musil y, afirma, quizás ya en Cervantes, cuando hace aparecer al Quijote en la segunda parte. Ambos piensan en la renovación de la ficción, trabajando con hechos «reales», por ejemplo, y Piglia nos habla de Manuel Puig y Rodolfo Walsh, sin duda muy distintos y hasta distantes, pero que elaboran aspectos de no-ficción.

Como un eco de ciertas consideraciones de Borges, al que de vez en cuando traen a colación, ambos hablan mucho de «el sistema de la literatura argentina». Es uno de los temas clave de sus diálogos, quizás porque ambos sufren un poco la angustia de cuál es el papel que ocupan en ella. Pero lo más notorio es, pensando en Faulkner, que Piglia piensa que ciertas obras del autor sureño son más importantes según el país donde se lean. Para la tradición argentina, *Las palmeras salvajes* –traducida por Borges–, aun siendo inferior a *El sonido y la furia*, ocupa un lugar más destacado que en el contexto estadounidense. Aquí interviene el espinoso tema de las traiciones nacionales, que ambos reconocen como real, aunque nunca como la verdadera realidad literaria, porque –afirma Piglia– quizás ni siquiera sea pertinente hablar del concep-

to de literatura latinoamericana. Me parece que nunca se podrá perfilar del todo esto, porque fatalmente pertenecemos a una lengua, a uno o dos lugares. Pero Saer no duda en que lo que hace un escritor «tiene que ser válido para todo tiempo y lugar, tenga o no lectores. «Los poemas de Vallejo y de Neruda son objetos absolutos que persisten o deben persistir durante todo el tiempo en que exista la posibilidad de ser leídos». Bueno, no sé si son absolutos o qué pueda significar esta palabra, cómo comprobarlo, pero lo que Saer parece sugerir es que toda verdadera obra, aunque no se la lea en periodos muy extensos –y hay varias que pueden citarse–, tiene la facultad de estar latente hasta que un lector o lectora la pone en pie, la revive al tiempo que se da, a sí mismo, nueva vida. No sé si es esto a lo que se refiere, pero es algo que Borges y algún crítico inglés de comienzos del siglo XX ya dijeron. En fin, ¿es posible «la verdadera lengua de la literatura». Piglia retoma esta idea y afirma: «La idea de una lengua que vacila, que no termina de poder decir todo..., eso es la literatura. En este sentido, es lo contrario de la política». El autor de *Respiración artificial*, retoma su idea y remacha: «Habría un núcleo en la literatura que no es solamente la eficacia verbal de un texto. Saer lo llama pulsión. Yo lo llamo pasión. Es lo mismo». De nuevo hay una tensión, entre forma –obra– y lo que está más allá, sea esa realidad que el realismo creyó entender y reflejar, o lo que no es verbal. En cualquiera de los casos, me pregunto cómo podría entonces ser la obra abso-

luta. Dos nombres son barajados por ambos novelistas: Borges y Arlt. Es curioso que Saer considere al notable autor de *El jorabado* «un clásico en el mismo plano que lo es Borges».

Hay otros temas, como la literatura de género que, por pretender ser cerrado, Saer critica, al menos que se tome ciertos elementos de un género y se inserte en otro, con lo cual está aludiendo a la tradición moderna de la novela. También se ocuparon del viejo tema de la tradición y la vanguardia, pero ya añaden poco, creo, y es más importante las pequeñas confesiones, los gustos y disgustos. Saer no duda en afirmar que algunos textos estructuralistas de Barthes –al que admira como escritor– «son verdaderamente estalinistas, como su artículo sobre la poética del relato». Piglia afirma que el movimiento vanguardista comienza con el Romanticismo –otros dirían la *modernidad*–; Saer, volviendo una vez más a Benjamin, nos sitúa nuevamente en la tensión: «Benjamin distingue entre el novelista y el narrador: novelista es el sedentario, y narrador el viajero». O esto que nos hace también pensar: *El Quijote* es prácticamente un libro inmóvil. Pero quizás –apostillo por mi cuenta– sea otro tipo de movimiento: una obra que se refleja a sí misma, incluidos los personajes. Terminemos esta invitación a seguir dialogando con las observaciones de Saer de que *El Quijote* representa la moral del fracaso –opuesta a la epopeya–, y que *Huckleberry Finn* es una novela feliz «acaso la única novela feliz», en opinión de Borges.

cuadernos hispanoamericanos



RDL

Segunda época

Núm.
182

REVISTA DE

libros

Enero - febrero 2016

Islam y política

Racismos

La desigualdad entre las mujeres

Naomi Klein sobre el cambio climático

La sexualidad de los antiguos

Historia política de Santiago Carrillo

Genes y raza

Biología de la religiosidad

El oscuro destino de las costas españolas

Cuánto cuesta el cambio climático

¿Podemos vivir sin Dios?

Van der Weyden en su tiempo

Javier Cercas: España

y las identidades postizas

También el copista crea

Zweig y el elogio de la amistad

Las dos vidas de Perucho

Las verdades de Tsvietáieva

Las magias de Bolaño

El nuevo diccionario de la Academia

**Nueva edición en papel de la más
prestigiosa revista española de libros**

Suscripciones: rdl@triacastela.com

915 441 266

www.triacastela.com | www.revistadelibros.com

LLAMAN A LA PUERTA

Europa ante la inmigración: solidaridad y miedo

CON UNA SELECCIÓN DE ARTÍCULOS DE

R. PUIG DE LA BELLACASA * JOAQUÍN TÁMARA * RAFFAELE SIMONE * DANIEL VERDÚ
FÉLIX OVEJERO LUCAS * JAVIER TAJADURA * MANUEL ATIENZA * FRANCIS KORN
FEDERICO AZNAR * ÁLVARO GARCÍA ORMAECHEA * ANTONIO ROVIRA * MANUEL NEILA

FUNDADA POR JAVIER PRADERA / DIRECTOR: FERNANDO SAVATER

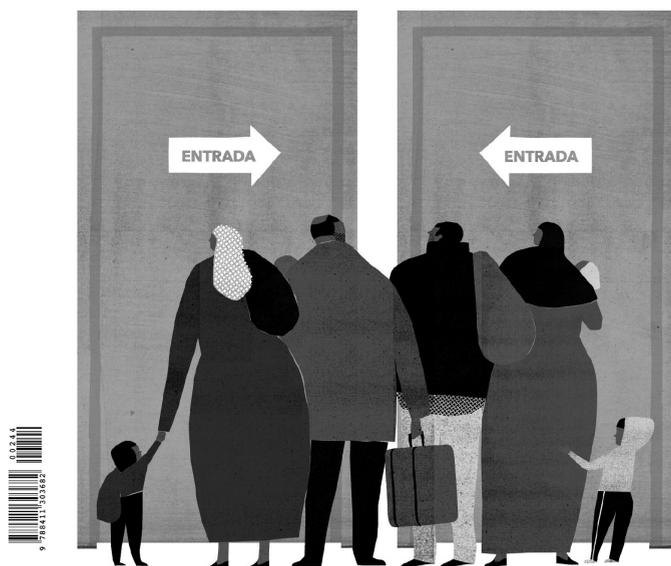
2ª ÉPOCA

CLAVES

DE RAZÓN PRÁCTICA

Enero / Febrero 2016
Precio 8€

244



R. PUIG DE LA BELLACASA * JOAQUÍN TÁMARA * RAFFAELE SIMONE * DANIEL VERDÚ

LLAMAN A LA PUERTA

Europa ante la inmigración: solidaridad y miedo

POLÍTICA: Félix Ovejero Lucas / Javier Tajadura / ENSAYO: Manuel Atienza / Francis Korn /
LIBROS: Federico Aznar / Álvaro García Ormaechea / Antonio Rovira / SEMBLANZAS: Manuel Neila

Dirigida por Fernando Savater.

Suscripciones: 902 101 146 prisarevistas.com/claves

Disponible en:



cuadernos

hispanoamericanos

Don _____
Con residencia en _____
c/ _____ n° _____
Ciudad _____ CP _____

Se suscribe a la revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de _____
A partir del número _____
Cuyo importe de _____

Se compromete a pagar mediante talón bancario a nombre de:
CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

El suscriptor _____ de _____ de 2015
Remítase a _____

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(IVA no incluido)

España

Anual (12m): 52€

Ejemplar mes: 5€

Europa

Anual (12m): 109€

Ejemplar mes: 10€

Resto del mundo

Anual (12m): 120€

Ejemplar mes: 12€

Pedidos y correspondencia

Administración: CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.
AECID, Avda. de los Reyes Católicos, 4. 28040. Madrid, España.
T. 915827945. E-mail: mcarmen.fernandez@aecid.es

AVISO LEGAL PARA SOLICITANTES DE INFORMACIÓN

De conformidad con lo dispuesto en la Ley Orgánica 15/1999, de 13 de diciembre, de protección de datos de carácter personal, le informamos de que sus datos de carácter personal son incorporados en ficheros titularidad de la AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO denominados «Publicaciones», cuyo objetivo es la gestión de las suscripciones o solicitudes de envío de las publicaciones solicitadas y las acciones que eso conlleva.

Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición previstos en la ley, puede dirigirse por escrito al área de ASUNTOS JURÍDICOS DE LA AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO, calle Almansa 105, 28040 Madrid.

Precio: 5€

